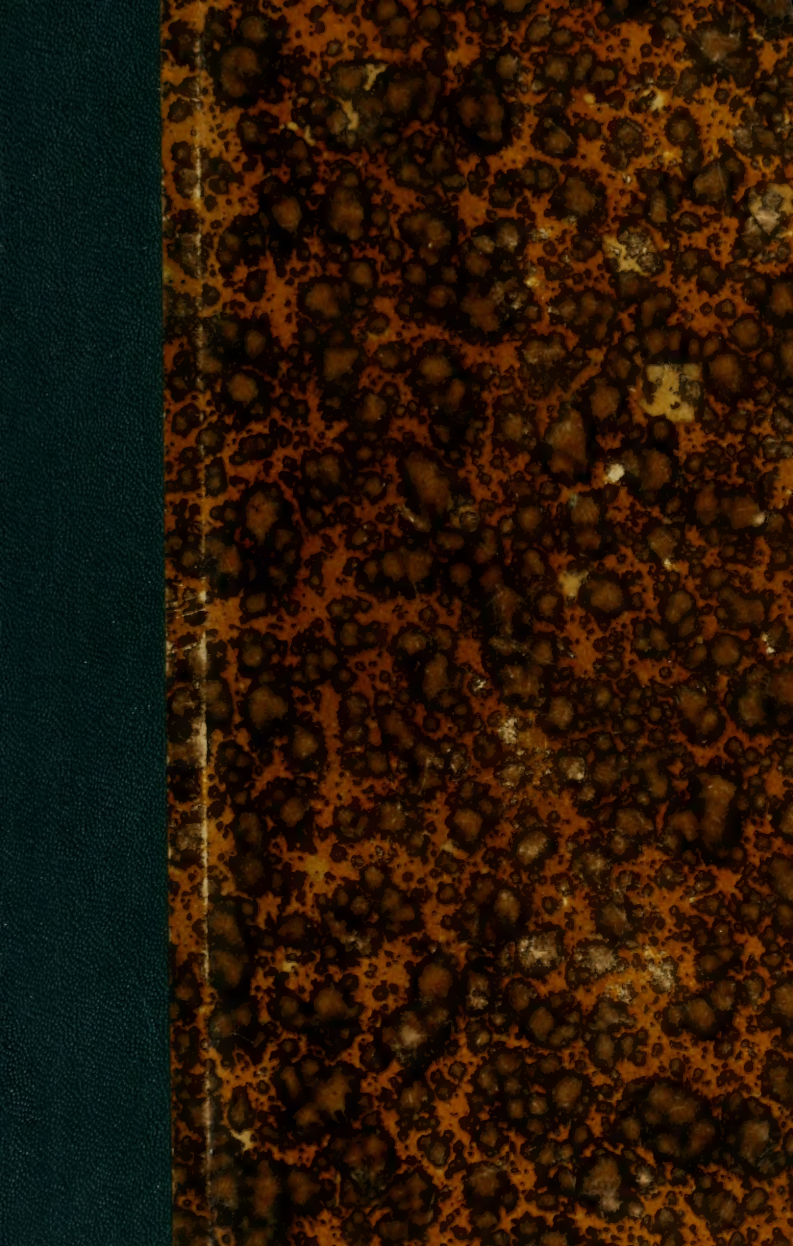
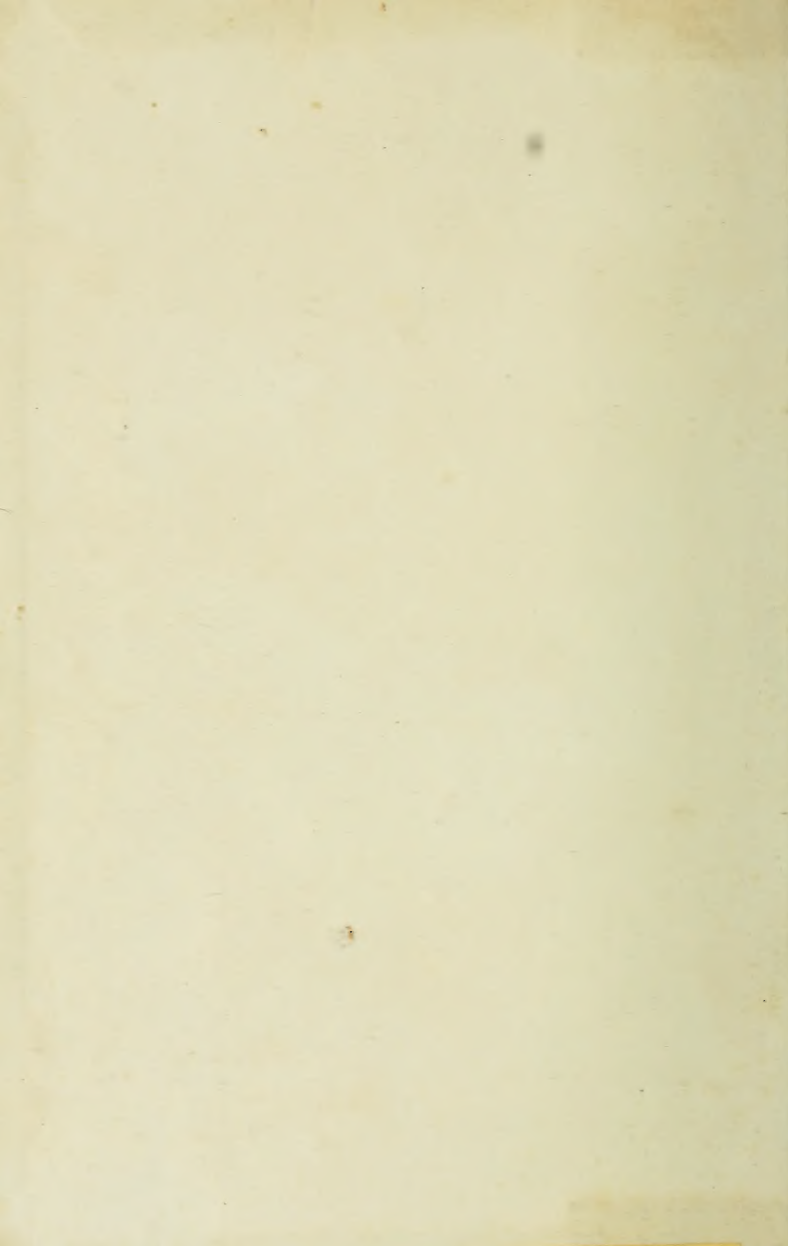
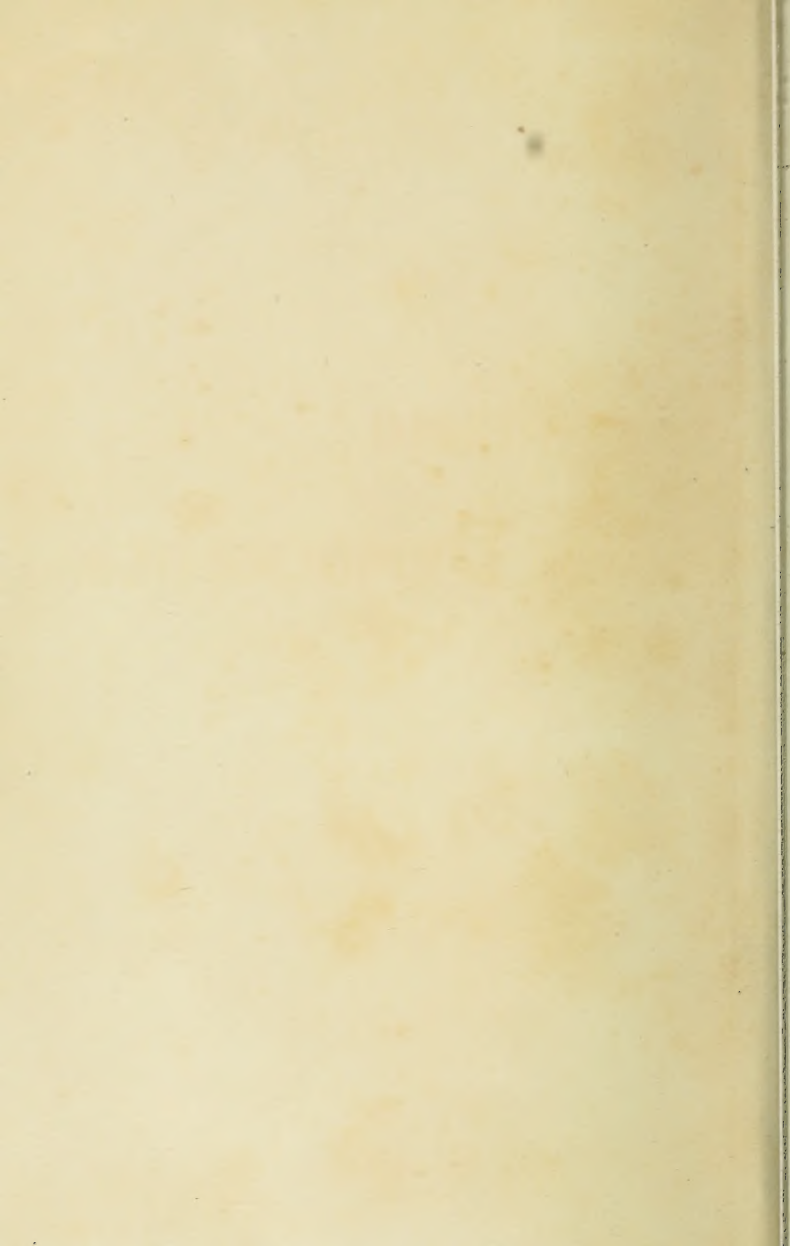








Digitized by the Internet Archive
in 2010 with funding from
University of Toronto

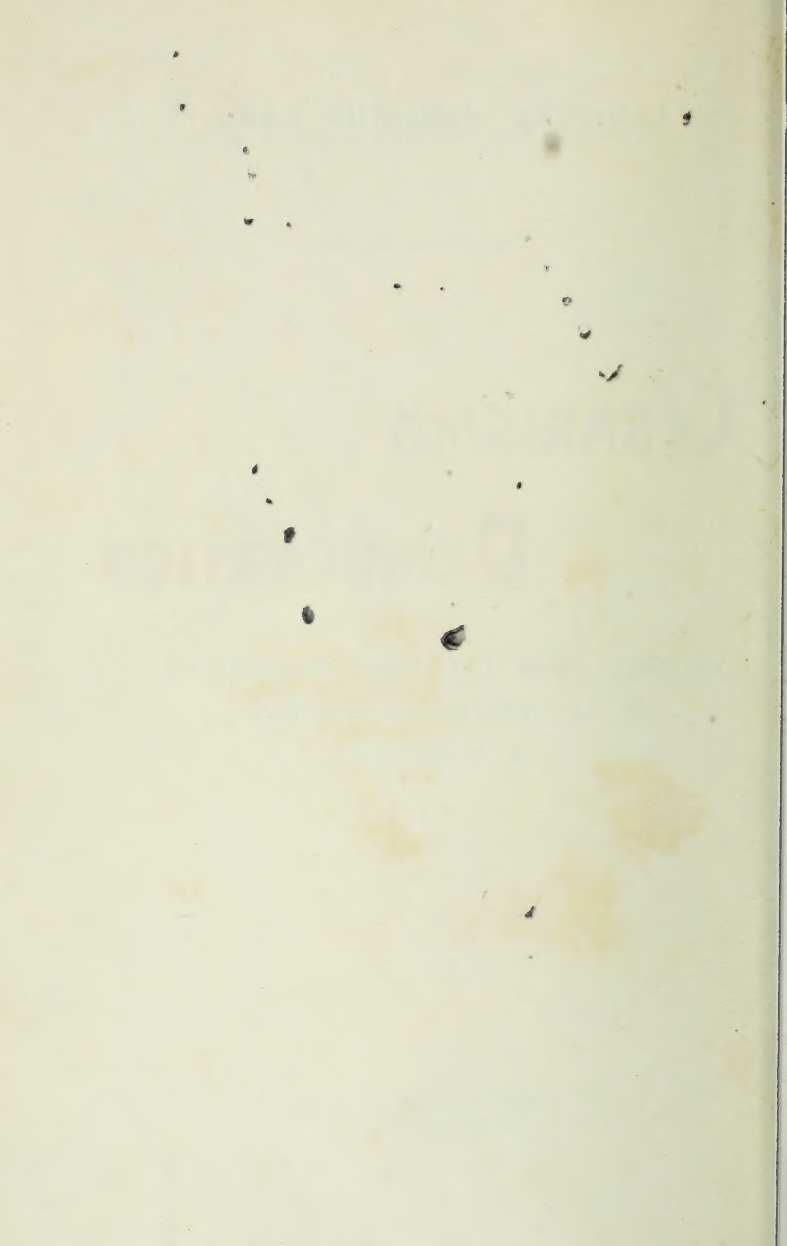


Laureano Valledilla Lanz

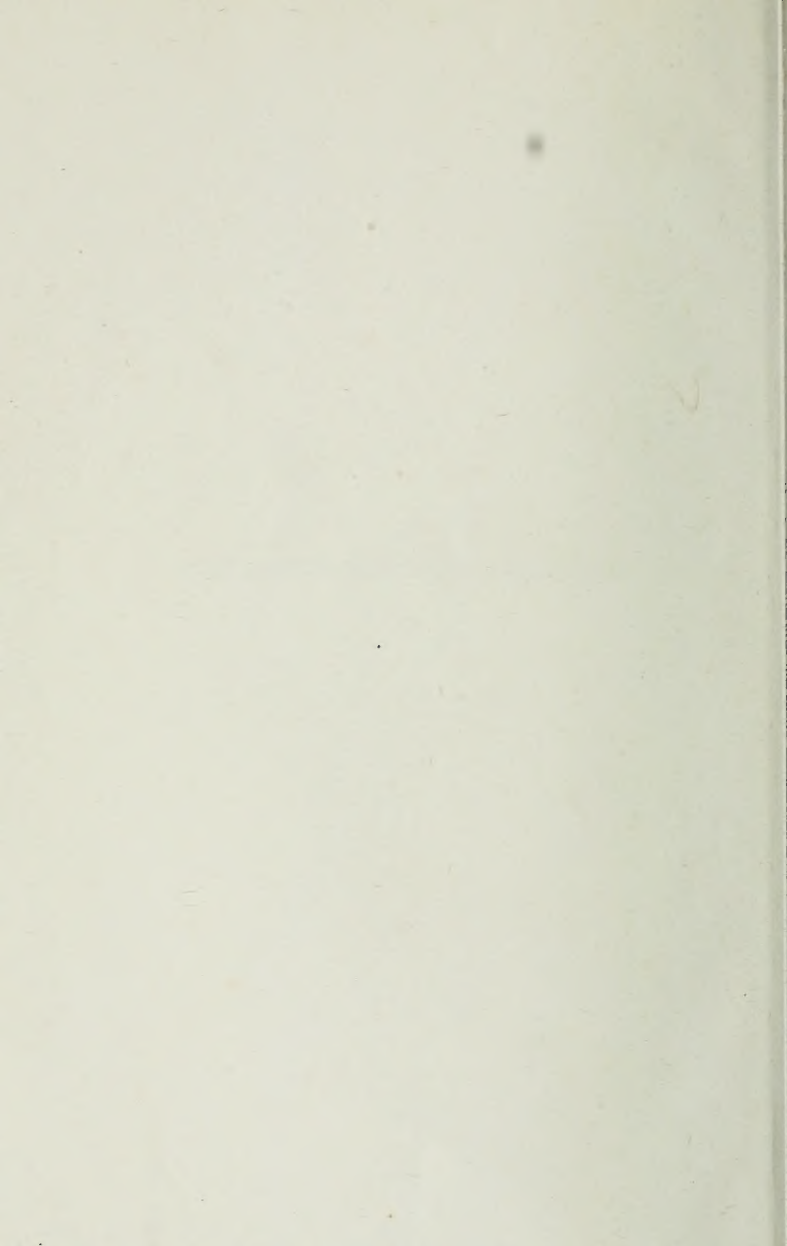
CESARISMO DEMOCRÁTICO

**ESTUDIOS SOBRE LAS BASES SOCIOLOGICAS
DE LA CONSTITUCION EFECTIVA
DE VENEZUELA**

**EMPRESA EL COJO
CARACAS - 1919**



CESARISMO DEMOCRATICO



HSA m
V1849c

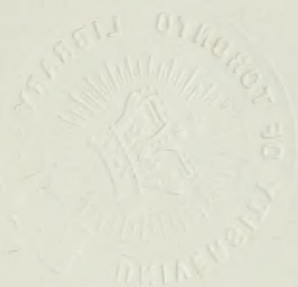
LAUREANO VALLENILLA LANZ

CESARISMO DEMOCRATICO

ESTUDIOS SOBRE LAS BASES SOCIOLOGICAS
DE LA CONSTITUCION EFECTIVA
DE VENEZUELA

EMPRESA EL COJO
CARACAS - 1919

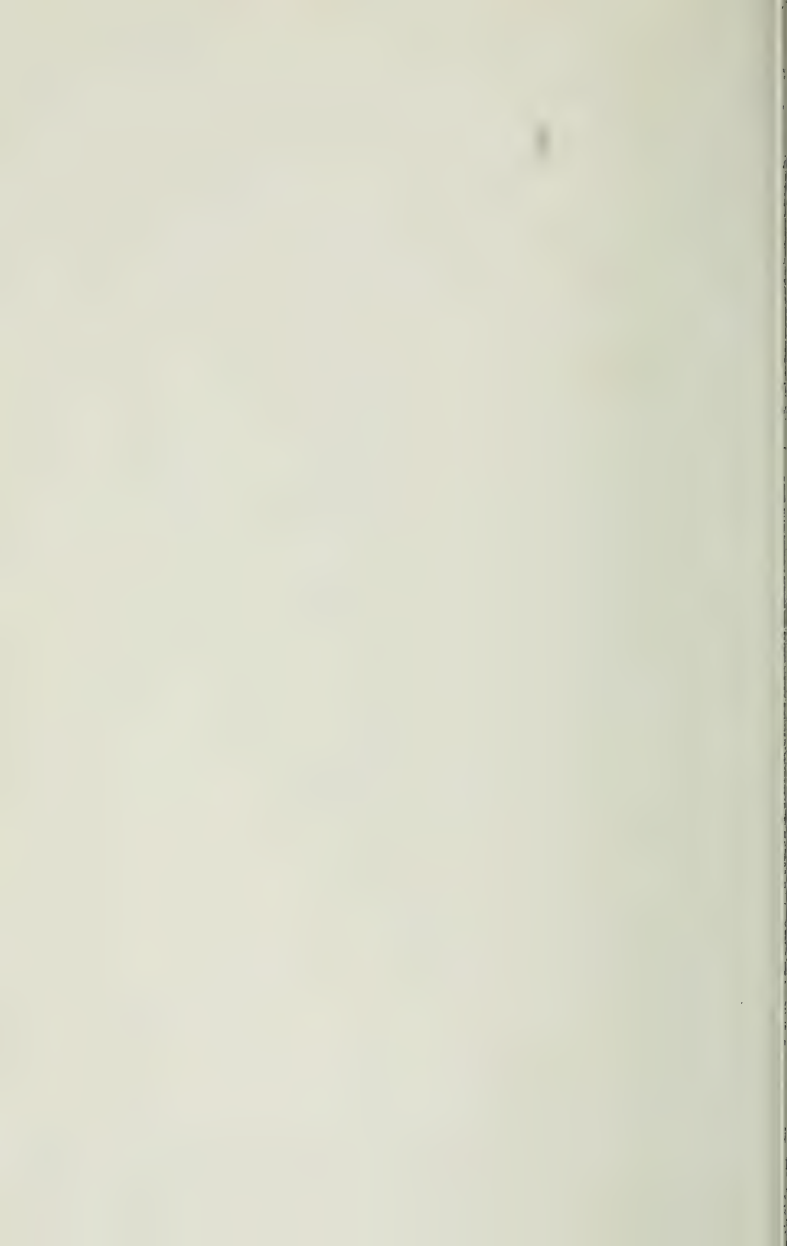
398841
16.12.41



A la grata memoria de mi hermano

BALTASAR VALLENILLA LANZ

muerto en el vigor de la edad, cuando por su carácter y por su talento, representaba en el concepto de cuantos le conocieron una esperanza para Venezuela. Fué el mejor de los hermanos, el más franco y generoso de los amigos, el compañero más constante de mis luchas y de mis esfuerzos intelectuales. Si sus ojos apagados para siempre en aquella ciudad, cerebro del mundo, pudieran recorrer estas páginas, cuántos conceptos hallaría en ellas depurados en nuestras largas conversaciones sobre el pasado y el porvenir de la Patria.



Il n'y a pas dans le monde une raison assez forte pour empêcher un homme de science de publier ce qu'il croit être la vérité

RENAN.



Al adoptar como prólogo para este libro el artículo del señor doctor Antonio Gómez Restrepo, publicado en «El Nuevo Tiempo», de Bogotá, correspondiente al 6 de junio del presente año, hemos querido demostrar nuestra gratitud al eminente escritor colombiano, quien al par de otros amigos nuestros, nos ha estimulado con sus espontáneos y generosos conceptos a recoger en volumen nuestros modestos trabajos. Es este el primero de la serie que nos proponemos publicar.

EN el grupo de brillantes historiadores que honran actualmente a la vecina República de Venezuela, ocupa lugar prominente don Laureano Vallenilla Lanz.

Reúne el señor Vallenilla dos condiciones que no siempre andan unidas en las personas que se consagran a las investigaciones históricas: la precisión en el método y la elegancia literaria de la exposición.

Tarea muy meritoria realizan los que siguiendo el rigor científico de la historiografía moderna, gastan largas vigili-

en la tarea inamena de precisar una fecha, de compulsar un texto. Sin esta labor de pura erudición, la historia carecería de bases ciertas y seguras; y seguirían gozando de crédito, errores propalados por la ignorancia y que sólo se disipan ante la exhibición del dato fehaciente, de la prueba irrefutable de la verdad.

Pero tales trabajadores suelen contentarse con el fruto de la investigación científica y no pretenden o no pueden pretender alcanzar además las flores de la belleza literaria. Sus trabajos son tan indispensables como modestos; y se requiere, sin duda, una vocación decidida y en ocasiones heroica, para consagrar tal vez los mejores años de la vida a la penosa tarea de revolver archivos, no siempre bien ordenados; de descifrar documentos casi ilegibles, de andar, durante meses, a caza de un dato nuevo, de una publicación no conocida.

Otros historiadores han hallado más cómodo prescindir de este aparato erudito y se han entregado a las inspiraciones de la fantasía o se han atenido a datos y narraciones tradicionalmente repetidos, y que no tienen otro fundamento que el haberse reproducido mecánicamente de año en año, sin que nadie se haya tomado el trabajo de comprobar su exactitud. Historiadores

de esta clase han sabido hacer obras que podrían merecer la calificación de bellas infieles que se ha aplicado a ciertas traducciones, y más que historiadores merecerían calificarse de novelistas que han tomado por tema asuntos históricos.

En la moderna escuela de historiadores franceses se advierte esa deseada unión entre la ciencia y el arte, pues las obras de Houssaye, de Sorel, de Hanotaux, de Vandal y de tantos otros, ofrecen una documentación severamente analizada, como base de narraciones animadas y artísticas, que hacen grata la lectura de trabajos monumentales. Hasta obras de carácter tan circunscrito como la enorme de Masson sobre "Napoleón y su familia" presentan, además de la investigación más minuciosa, los primores del arte de narrar.

El señor Vallenilla Lanz es, a par de un investigador de primer orden, un escritor distinguidísimo; sus estudios se dejan leer con el mayor agrado por el estilo limpio, elegante, incisivo; por la argumentación sólida y precisa; por la discreta ironía con que el polemista sabe reducir a polvo las argumentaciones de sus contrarios.

Nació don Laureano Vallenilla Lanz en Barcelona de Venezuela, en el año de 1870. Tiene antepasados notorios en

la historia de su país; y esto sin duda ha contribuido a desarrollar sus aficiones de investigador, pues él que tiene antecesores preclaros, se complace en recordar sus hechos y en conocer las épocas que ellos ilustraron. El señor Vallenilla descende en línea directa de españoles que vinieron a la conquista y colonización de las regiones orientales de Venezuela, llamadas de la Nueva Andalucía. Figuran entre sus antepasados los conquistadores Damián del Barrio y Garcí-Fernández de Zerpa. Esto por lo que se refiere al período colonial. La abuela materna de nuestro historiador, doña Francisca de la Cova, era parienta cercana del Gran Mariscal de Ayacucho. Don Mariano de la Cova aparece firmando el acta de declaración de la Independencia de Venezuela, el día 5 de julio de 1811. Y su abuelo materno, don José Prudencio Lanz, prócer también de la Independencia, fué Secretario del Consejo de Gobierno en Angostura en 1819, y firmó como Diputado por Caracas en el Congreso del Rosario en Cúcuta, la Constitución de la Gran Colombia en 1821.

Con tales antecedentes, se comprende sin dificultad que para el señor Vallenilla Lanz el amor de la patria se confunde con el culto familiar; y que esos dos afectos, lejos de debilitarse o excluirse, se fortifiquen y aviven con su

mutuo cultivo. El descendiente es digno de la sangre que corre por sus venas; pues si no le ha tocado repetir las hazañas heroicas de sus abuelos, ha mantenido el lustre de su progenie con trabajos propios de la edad en que le ha tocado vivir; no maneja la lanza del conquistador ni el arcabuz del patriota, sino una pluma con la cual sabe dar brillo a las glorias legítimas de su patria.

El señor Vallenilla Lanz pertenece a muchas academias y corporaciones científicas; pero su verdadera ejecutoria no está en los varios títulos con que se puede adornar, sino en su vasta y sólida ilustración histórica, que lo ha constituido en una verdadera autoridad en su patria y fuera de ella, y en sus estudios de crítica, que pueden citarse como modelos de erudición y de juicio penetrante y certero.

Véase, por ejemplo, su folleto titulado «Refutación a un libro argentino», destinado a combatir, en la persona de don Ricardo Rojas, paladín de la «Argentinidad», la tendencia de ciertos escritores del Sur, empeñados en hacer de las Provincias del Río de la Plata, el centro principal del movimiento emancipador y de don José de San Martín el gran Libertador de América. Con cuánta discreción aplaude Vallenilla el pro-

pósito que anima a esos escritores de despertar en los variados elementos que componen el pueblo argentino, el sentimiento de la nacionalidad, y con cuánta finura advierte que para llegar a ese fin es camino tortuoso y equivocado el de fundar el orgullo patrio sobre el falseamiento de la verdad histórica. Con qué delicada ironía alude a escritores ignaros que han llegado a publicar el retrato del Libertador, con esta inverosímil leyenda: "Simón Bolívar, prócer argentino". El señor Vallenilla, con elevado criterio filosófico, realza la importancia del movimiento emancipador, haciendo notar que en los centros coloniales más apartados entre sí, estalló espontáneamente y casi a un mismo tiempo el grito de rebelión, por lo cual no hay cómo calificar el contrasentido histórico de quien pretende limitar a los pueblos de la región argentina el honor de ser los únicos que, como firmantes del acta de Tucumán, proclamaron la independencia de América. Y avanzando por este camino el señor Vallenilla, como experto sociólogo, hace notar la diferencia que existe entre la manera como se realizó la evolución nacional en la Argentina y en los pueblos colombianos, pues en estos se cumplió «bajo la égida de la independencia, con todas las glorias que constituyen la historia más grande que

pueblo alguno pueda ostentar en América, personificada en Simón Bolívar», al paso que allá «se realizó muchos años más tarde, bajo el predominio de un tirano como Rosas, sin otro ideal que sus instintos despóticos».

Iguales dotes de polemista y de crítico histórico despliega Vallenilla para combatir, no ya a un escritor extraño, empeñado en engrandecer a su patria a costa de las naciones hermanas, sino a un historiador venezolano, que llevado por una preocupación sistemática, llega a conclusiones análogas a las de los delatores extranjeros, con mengua de la más alta de sus glorias nacionales. Don Carlos A. Villanueva, laborioso investigador, ha tenido la suerte de ser el primero en aprovechar los archivos diplomáticos europeos en todo cuanto se relaciona con la guerra de la Independencia y el reconocimiento de las repúblicas americanas por las grandes potencias. La publicación de despachos diplomáticos hasta ahora desconocidos da grande importancia a sus libros, los cuales tendrían valor mucho mayor si el señor Villanueva no se hubiera empeñado en sostener y probar una tesis, a cuyo servicio quiere poner los documentos aplicándoles una interpretación las más de las veces violenta y aun temeraria. El señor Villanueva porfia en presentarnos a Bolívar como un eterno

pretendiente a la corona de Monarca de los Andes; y aun los hechos y palabras más inocentes adquieren tinte sospechoso bajo su prevenida pluma. El señor Vallenilla reduce a la nada toda aquella aparatosa demostración y sin querer convertir a Bolívar en un sér impecable extraño a las flaquezas de la naturaleza humana, deja en su punto la gloria incomparable del Libertador de Colombia.

Es de lamentarse que el señor Vallenilla no haya coleccionado en volumen las varias monografías y estudios históricos que ha publicado en breves folletos, en revistas y aun en las columnas fugaces de la Prensa diaria. Reunida, en forma metódica, su abundante producción, se apreciaría mejor la rara calidad de su erudición, la precisión de su crítica, la elegancia de su estilo; y serían más fáciles de aprovechar los muchos y curiosos datos con que ha contribuido a ilustrar la historia de Venezuela. Hacemos votos por que el señor Vallenilla satisfaga pronto a esta necesidad, para honra suya y satisfacción de sus admiradores y amigos.

Antonio Gómez Restrepo.

Bogotá: junio de 1919.

FUE UNA GUERRA CIVIL (1)

LA sola enunciación del asunto que vamos a tratar ha despertado cierta curiosidad temerosa en algunos espíritus tan cultos como patriotas, los cuales comprendiendo la necesidad que tienen los pueblos de abrigar un ideal y de profesar una religión, temen que yo venga aquí a cometer un atentado contra las glorias más puras de la patria, diciendo y comprobando que aquella guerra, a la que debemos el bien inestimable de llamarnos ciudadanos de una nación y no colonos, puede colocarse en la misma categoría que cualquiera de nuestras fre-

(1) En el presente estudio están refundidos la conferencia pronunciada en el Instituto Nacional de Bellas Artes de Caracas, la noche del 11 de octubre de 1911 y unos fragmentos publicados en la revista «Alma Venezolana».

cuentes matazones; de las cuales, sea dicho de paso, tampoco tenemos razón de avergonzarnos: pues las revoluciones, como fenómenos sociales, caen bajo el dominio del determinismo sociológico en que apenas toma una parte muy pequeña la flaca voluntad humana; y porque la guerra, fácil sería comprobarlo, ha sido aquí como en todos los tiempos y en todos los países, uno de los factores más poderosos en la evolución progresiva de la humanidad.

Decir que la guerra de la Independencia fué una guerra civil, no amengua en nada la gloria de nuestros Libertadores. «Toda guerra entre hombres, dijo Víctor Hugo, es una guerra entre hermanos, la única distinción que puede hacerse es la de guerra justa y guerra injusta»; y la humanidad hace mucho tiempo considera como las más justas de todas las revoluciones aquellas que llevan por objeto la emancipación de los pueblos y el acrecentamiento de la dignidad humana.

I

Nuestra guerra de Independencia tuvo una doble orientación, pues a tiempo que se rompían los lazos políticos

que nos unían con la madre patria, en el seno del organismo colonial comenzaba a realizarse una evolución liberadora en cuyo trabajo hemos consumido toda una centuria, hasta llegar al estado social en que nos hallamos, reclamandó los dos grandes remedios de todos nuestros males: población para dejar de ser un miserable desierto y hacer efectiva la democracia por la uniformidad de la raza, y educación para elevar el nivel moral de nuestro pueblo y dejar de presentar la paradoja de una república sin ciudadanos. No sabemos, en verdad, por qué habrá de ser menos meritoria la obra de los revolucionarios del 10 y del 11 y de los guerreros que realizaron o consolidaron la Independencia de Hispano-América porque sus contendores fuesen en la mayor parte americanos. Ni tampoco por qué habrá de empequeñecerse la gloria de Páez en la Mata de la Miel y en el Yagual, porque el ejército realista estuviese mandado por el Padre Torrellas y Facundo Mirabal. Ni que los laureles de Las Queseras hayan de empalidecerse cuando se recuerde que el más terrible contendor de ese día glorioso fué el caraqueño Narciso López, en

aquella carga formidable, en que Rondón, llenando de asombro al mismo Páez, contesta a los aplausos de éste con una de las frases más épicas en la historia militar de la América: «Cuando vi a Rondón—dice Páez—recoger tantos laureles en el campo de batalla, no pude menos que exclamar: Bravo, bravísimo, comandante.—General,—me contestó él, aludiendo a una reprensión que yo le había hecho después de la carga que dieron a López (al mismo Narciso) pocos días antes—General: así se batien los hijos del Alto Llano» (1).

Y por qué ha de ser un baldón para Venezuela el hecho de que los degolladores capitaneados por Boves, Yañes, Morales, Calzada, fuesen venezolanos? No! señores! Tan franceses fueron los guillotinadoes como los guillotinaadores de la Revolución, y nadie discute que aquella *orgía de sangre* «arrojara sobre la tierra torrentes de civilización».

Yo creo—y me baso en el estudio circunstanciado que he hecho de nuestra historia—que lejos de ser una deshonra para nuestros Libertadores el ha-

(1). Páez.—Autobiografía, pág. 182.

ber combatido casi siempre contra los propios hijos del país, su heroísmo y su perseverancia cobran, por ese mismo hecho, mayores quilates. ¿Cómo podría explicarse la prolongación de aquella guerra, la más encarnizada de Hispano-América, si nuestros próceres hubieran tenido que combatir únicamente contra los quince mil soldados que España nos envió durante todo el curso de la guerra?

La independencia de casi todas las Repúblicas de Sur-América fué decidida en una gran batalla. En Carabobo se conquistó a Caracas, pero la guerra, que ya tenía diez años, continuó en el resto del país casi con la misma intensidad. No quedaban ejércitos peninsulares; apenas se señalaba uno que otro oficial expedicionario, pero poblaciones enteras continuaron proclamando al Rey de España hasta 1827, con la revolución de Agustín Bescanza, y el 29 con Arizábalo, en cuyos movimientos estaban comprometidos multitud de venezolanos cuyos apellidos estamos pronunciando todos los días (1).

(1). O'Leary. Correspondencia del General Páez. II págs. 102 y sigtes.

La actuación de las tropas peninsulares en Venezuela no tuvo la enorme influencia que se ha creído y puede decirse que nada favoreció más la causa de la Patria como la llegada del Ejército Expedicionario de Morillo, pues se ve claramente cómo después que pisan tierra los españoles combatientes de Napoleón, comienzan a brotar patriotas de aquel suelo que parecía agostado por el caballo de Boves.

Pero para mayor claridad vamos a decir con números cómo fué que España no hizo sino auxiliar tardía y mezquinamente a la gran mayoría de venezolanos que sostuvieron sus banderas. Así tuve ocasión de comprobarlo en Madrid en 1908 a algunos de mis colegas en la Real Academia de la Historia, que criticaban la tenacidad con que España había sostenido una lucha imposible.

En Maturín, en la tremenda derrota que sufrió Monteverde el año 13, dice Heredia que sucumbió toda la poca tropa española que había en Venezuela. Del año 13 en adelante, hasta la llegada de Morillo, apenas arriban a nuestras playas alrededor de 1.500 hombres; y es de hacer notar que en ese

período es cuando Bolívar realiza su prodigiosa campaña desde Cúcuta con las batallas de Niquitao, Barquisimeto, Bárbula, Las Trincheras y Araure; en que José Félix Ribas combate en La Victoria con la juventud de Caracas contra los puros llaneros del Guárico; en que Campo-Elías, tan español como Boves, combate contra éste mandando ambos tropas venezolanas; en que Rafael Urdaneta sostiene el sitio de Valencia contra esos mismos llaneros, que luégo invaden a Caracas, persiguen la emigración hasta el Oriente, llenan de sangre y de cadáveres las trescientas leguas que separan a Caracas de Maturín y de Urica, y después de la muerte de Boves reciben en Carúpano, bajo las órdenes de Morales, en número de cuatro mil, al Ejército Expedicionario de Morillo. En todo ese largo período de cruentísima guerra yo no veo otra cosa que una lucha entre hermanos, una guerra intestina, una contienda civil y por más que lo busco no encuentro el carácter internacional que ha querido darle la leyenda (1).

(1). El total de las tropas salidas de España con destino a todas las colonias insurrectas desde 1811 hasta 1819 fué de 42.167 soldados de todas las armas. De 1811 a 1815 sólo vinieron a Venezuela alrededor de 1.800

Hay un hecho digno de tomarse en cuenta y que no he sido yo el primero en observar. Los hombres que mandaron las montoneras delincuentes de aquellos años, aunque isleños y peninsulares muchos de ellos, tenían largos años de residencia en el país, habían ejercido los oficios y profesiones que los ponían más en contacto con la gente del pueblo, (1) y en presencia del

hombres; 1.000 traídos en 1814 por el Coronel Salomón y el resto enviados en pequeñas partidas por las autoridades de Cuba y Puerto Rico. De los 10.000 que componían la expedición de Morillo, 1.700 siguieron al Perú y 600 a Puerto Rico. [Memoria presentada a las Cortes por el Ministro de la Guerra, Marqués de las Amarillas, el 14 de julio de 1820]. Para este mismo año, según los estados recibidos en el Ministerio de la Guerra en Madrid, el Ejército realista en toda la América alcanzaba a 95.578 hombres de los cuales sólo eran expedicionarios 23.400. De modo que el número de soldados americanos montaba a 73.178. En Venezuela el número total era de 12.016, clasificados de este modo:

Expedicionarios	5 811
Veteranos del país.....	6.080
Milicianos	125

Total..... 12.016

El número de caballos alcanzaba en Venezuela a 6.426. De estos, sólo 426 habían sido traídos de España. Debe tomarse en cuenta respecto de Venezuela, que desde 1.816 la mayor parte de los venezolanos que componían los ejércitos de Boves y de Yañes, se habían ido pasando a la Patria y servían bajo las órdenes de Páez, Monagas, Zaraza, Cedeño, Rojas, etc. Véanse: Blanco y Azpurúa.—Doc. Vol. VII. Págs. 190 a 192.—Restrepo. Hist. Tomo II, Pág. 430, en nota. Páez.—Autobiografía, Tomo I, Pág. 135. *Passim*.

(1). «El uno era un antiguo pirata, el otro un doméstico servil e ignorante: cual de ratero había pasado a jefe militar y éste era un figonero soez» Baralt. Hist. I. pág. 186.

Ejército Expedicionario eran tan extraños como cualquiera de los llaneros del Guárico o de Apure, de Barcelona o de Barinas.

Morillo hizo con mucho acierto esta misma observación y hablando del coronel Sebastián de la Calzada, dice que: «aunque valiente, sumamente práctico en las provincias y con gran influjo entre sus habitantes a cuyo carácter y costumbres ha sabido atemperarse, ha sido más a propósito para manejar las grandes reuniones de gente del país, que para mandar una división de Europeos» (1). Calzada era, pues, un general tan criollo como cualquiera de los que han figurado en nuestras guerras civiles; y como Calzada existían muchísimos otros que unidos al suelo venezolano y vinculados estrechamente con sus habitantes, luchaban en aquella guerra por intereses y pasiones veladas entonces con el nombre del Rey de España, como se han velado más tarde con otros nombres más abstractos, los mismos intereses y las mismas pasiones.

(1). Rodríguez Villa.—Biog. de Morillo. III, pág. 481.

II

Hasta 1815, la inmensa mayoría del pueblo de Venezuela fué realista o *goda*, es decir, enemiga de los patriotas; (1) sólo aquellos que lo hayan olvidado pueden haberse sorprendido del tema de esta conferencia. El historiador Restrepo, que para seguir la táctica política de declamar contra la crueldad española, se olvida a veces hasta de sus propias palabras, al relatar los sucesos de aquellos años crudísimos, se pregunta sorprendido: «Cuáles habían sido las causas para que desde las márgenes del Unare hasta el lago de Maracaibo y desde el Orinoco y el Meta hasta las costas del Atlántico, la mayor parte de los pueblos hubieran tomado las armas y se degollaran unos a otros, acaso el mayor número en favor de un

(1). Al capitular Maracaibo en 1823, se embarcaron para Cuba «más de mil habitantes que por su desafección a la causa de la Independencia no querían sujetarse al Gobierno de la República».—Restrepo.—Hist.—III pág. 333. De Coro, de Cumaná, de Caracas, las familias realistas huían a la llegada de los patriotas como si un ejército conquistador hubiera ocupado el territorio. —Cuando el Libertador pasó por Coro a fines del año 26 le dice a Urdaneta: «el resto del pueblo es tan goda como antes. Ni aun por mi llegada se acercan a verme, como que los pastores son Jefes Españoles (realistas)».—Yo creo que si los españoles se acercan a estas costas, levantarán cuatro o cinco mil indios en esta sola provincia. O'Leary.—Cartas del Libertador, XXX, pág. 300.

rey prisionero que no conocían?» (1). «A fines del año 13—dice más adelante—ningún patriota podía habitar en los campos ni andar solo por los caminos. Era necesario vivir en las ciudades y lugares populosos o marchar reunidos en cuerpos armados».

El General Rafael Urdaneta, el ilustre guerrero que fué después Presidente de la Gran Colombia, nos ha dejado también una pintura pavorosa del estado en que se hallaban los pueblos en aquellos mismos días: «De aquí para adelante (hacia Caracas), decía desde Trujillo, son tantos los ladrones, cuantos habitantes tiene Venezuela. Los pueblos se oponen a su bien y el soldado republicano es mirado con horror; no hay un hombre que no sea enemigo nuestro; voluntariamente se reúnen en los campos a hacernos la guerra; nuestras tropas transitan por los países más abundantes y no encuentran qué comer; los pueblos quedan desiertos al acercarse nuestras tropas y sus habitantes se van a los montes, nos alejan los ganados y toda clase de víveres, y el soldado infeliz que se separa de sus camaradas,

(1). Historia de la República de Colombia, II 213

tal vez en busca de alimentos, es sacrificado».

Y bien, señores: esos pueblos de que habla el general Urdaneta no se componían de españoles; ellos eran tan venezolanos como los soldados que acompañaban al heroico defensor de Valencia, y por más que busco no encuentro la razón de que aquella guerra no fuese una guerra entre hermanos, es decir, una guerra intestina (1).

El Libertador mismo, que tanto empeño tuvo con el decreto de Trujillo y con sus frecuentes indultos en establecer una honda separación entre venezolanos y españoles, y que en los documentos públicos, guiado por el interés político habló algunas veces de guerra internacional, nos ha dejado la más

(1). En la Capitanía General de Venezuela, según el censo de 1810, existían únicamente 12.000 españoles nacidos en la Península y en Canarias. Revela ignorancia, quien hable de *millones de españoles residentes en Venezuela*, y de *cincuenta mil españoles hábiles para las armas*. El censo generalmente aceptado por los historiadores es el siguiente:

Indios de raza pura	120.000
Esclavos negros	62.000
Blancos europeos e isleños.....	12.000
Criollos blancos Hispano - Americanos	200.000
Castas mixtas de todas razas.....	406.000

Total.....	<u>800.000</u>
------------	----------------

evidente comprobación de lo que estamos diciendo.

Al participar a los pueblos de Venezuela, desde San Carlos, la victoria de Araure, les dice: «La buena causa ha triunfado de la maldad: la justicia, la libertad y la paz empiezan a colmaros con sus dones Tenemos que lamentar, entretanto, un mal harto sensible: el de que nuestros compatriotas se hayan prestado a ser el instrumento odioso de los malvados españoles. Dispuesto a tratarlos con indulgencia a pesar de sus crímenes, se obstinan no obstante en sus delitos, y los unos entregados al robo han establecido en los desiertos su residencia, y los otros huyen por los montes, prefiriendo esta suerte desesperada a volver al seno de sus hermanos, y a acogerse a la protección del Gobierno que trabaja por su bien. Mis sentimientos de humanidad no han podido contemplar sin compasión el estado deplorable a que os habéis reducido vosotros, americanos, demasiado fáciles en alistaros bajo las banderas de los asesinos de vuestros conciudadanos» (1).

(1). O'Leary—XIII—pág. 40s.

Estos eran los conceptos del Grande Hombre, en pleno triunfo cuando realizaba su gloriosa campaña de 1813. Un año más tarde, cuando después de las derrotas que comenzaron en La Puerta ve sucumbir la Patria bajo los cascos de los caballos llaneros, decepcionado y violento, lanza contra aquellos mismos pueblos, enemigos de la Independencia esta tremenda acusación:

«Si el destino inconstante hizo alternar la victoria entre los enemigos y nosotros, fué sólo en favor de pueblos americanos que una inconcebible demencia hizo tomar las armas para destruir a sus libertadores y restituir el cetro a sus tiranos. Así parece que el cielo, para nuestra humillación y nuestra gloria, ha permitido que nuestros vencedores sean nuestros hermanos y que nuestros hermanos únicamente triunfen de nosotros.... (1). No os lamentéis, pues, sino de vuestros compatriotas, que instigados por los furores de la discordia os han sumergido en ese piélago de calamidades, cuyo aspecto sólo hace

(1). Estos hermanos, estos compatriotas de que hablaba el Libertador, eran los defensores del rey de España comandados por Boves, Yañes, Morales, etc: eran venezolanos, a quienes un patriotismo mal entendido quiere convertir en españoles peninsulares para satisfacer necias ilusiones.

estremecer a la naturaleza, y que sería tan horroroso como imposible pintarlos.

«Vuestros hermanos y no los españoles han desgarrado vuestro seno, derramado vuestra sangre, incendiado vuestros hogares y os han condenado a la expatriación. Vuestros clamores deben dirigirse contra esos ciegos esclavos que pretenden legaros a las cadenas que ellos mismos arrastran. Un corto número de sucesos por parte de nuestros contrarios ha desplomado el edificio de nuestra gloria, estando la masa de los pueblos descarriada por el fanatismo religioso y seducida por el incentivo de la anarquía» (1).

III

Con un velo pudoroso ha pretendido ocultarse siempre a los ojos de la posteridad este mecanismo íntimo de nuestra revolución, esta guerra social, sin darnos cuenta de la enorme trascendencia que tuvo esa anarquía de los elementos propios del país, tanto en nuestro desarrollo histórico como en la suerte de casi toda la América del Sur. Venezuela fué, por esa causa, una escuela de guerra para todo el continente.

(1). O'Leary, XIII, pág. 457 y sgtes.

Si el levantamiento contra España hubiera sido unánime; si todos los núcleos pobladores de Venezuela hubieran levantado el estandarte revolucionario, conservándose desde luego—como sucedió en Norte América aun en medio de la guerra—la organización social de la Colonia, muy otra habría sido la historia nacional; y el ejemplo de Chile es bastante a comprobar nuestro aserto. (1). España, entonces, no hubiera podido sostener la guerra por largo tiempo y sólo en dos batallas como Chacabuco y Maipó, hubiéramos asegurado la Independencia de Venezuela y la de Nueva Granada. Jamás nuestros caballos llaneros hubieran pisado las altas cumbres de los Andes meridionales y nuestro Libertador tendría en la Histo-

(1). «Si la Gran Bretaña hubiera podido contar a lo menos con 40 o 50,000 hombres adictos a su causa en los diferentes puntos de nuestro país y que estos hubieran poseído la mayor parte del capital activo y ejercido los principales empleos públicos, habría sido infructuosa nuestra resistencia» Brackenridge — Hist. de la Independencia de los Estados Unidos.—Comparando Laboulaye la revolución norte-americana con la francesa, dice: «Agréguese que esta revolución no se parecía a la nuestra, pues todas las clases de ciudadanos estaban acordes: el enemigo era un amo extranjero, que quería imponerse a la América: no existían enemigos interiores. La resistencia estaba por donde quiera, la anarquía en parte alguna». —Estudios sobre la Constitución de los Estados Unidos. Pág. 125.—Chile está aún gobernado por una oligarquía que procede de la clase dominante de la Colonia.

ría más o menos las mismas proporciones que el General José de San Martín.

Pero otro habría sido también nuestro desenvolvimiento social y político. Porque Venezuela ganó en glorias lo que perdió en elementos de reorganización social, en tranquilidad futura y en progreso moral y material efectivos. Nosotros dimos a la Independencia de América todo lo que tuvimos de grande: la flor de nuestra sociedad sucumbió bajo la cuchilla de la barbarie, y de la clase alta y noble que produjo a Simón Bolívar, no quedaban después de Carabobo sino unos despojos vivientes que vagaban dispersos por las Antillas y otros despojos mortales que cubrían ese largo camino de glorias desde el Avila hasta el Potosí (1).

De manera que cuando el Libertador regresó del Perú el año 27 era un hombre exótico en Venezuela le faltaba el ambiente en que había vivido, en que se había formado su alma y su cerebro.

(1). Desde el principio de la guerra han ido extinguiéndose poco a poco los blancos y ya en los pueblos de tierra adentro, apenas se ve alguno de ellos, siendo negros y mulatos la mayor parte de los habitantes, hasta en las mismas costas. Comunicación del General Morillo al Gobierno de España. Rodríguez Villa. Biog. de Morillo, III, pág. 433.

Nada más elocuente, nada más sugestivo que la célebre carta escrita desde Cuzco a su tío D. Esteban Palacios emigrado a Europa desde los comienzos de la revolución, porque esas debieron ser las propias impresiones del Libertador cuando pisó su ciudad natal después de los desastres de 1814:

«Usted se encontrará en Caracas como un duende que viene de la otra vida y observará que nada es de lo que fué.

«Usted dejó una dilatada y hermosa familia: ella ha sido segada por una hoz sanguinaria; usted dejó una patria naciente que desenvolvía los primeros gérmenes de la creación y los primeros elementos de la sociedad; y usted lo encuentra todo en escombros, todo en memorias.

«Los vivientes han desaparecido: las obras de los hombres, las cosas de Dios y hasta los campos han sentido el estrago formidable de la naturaleza (1).

«Usted se preguntará, asimismo ¿dónde están mis padres, dónde mis hermanos, dónde mis sobrinos?

(1). El Libertador, como cualquier sociólogo moderno, consideraba las revoluciones como fenómenos naturales.

«Los más felices fueron sepultados dentro del asilo de sus mansiones domésticas, (1) y los más desgraciados han cubierto los campos de Venezuela con sus huesos, después de haberlos regado con su sangre. Por el solo delito de haber amado la justicia! Los campos regados por el sudor de trescientos años han sido agostados por una fatal combinación de los meteoros y de los crímenes. ¿Dónde está Caracas? preguntará usted.

«Caracas no existe!»

Y en verdad, aquella Caracas que tuvo en su seno una de las sociedades más brillantes de Hispano - América; aquel grupo de mujeres encantadoras que tanto subyugaron al Conde de Segur; aquellas mansiones que parecían el asilo de la felicidad, todo había sido arrasado, todo había sido destruído, no por los españoles sino por el torrente incontenible de la democracia. La libertad proclamada tan generosamente, tan cándidamente por los nobles patricios que iniciaron la revolución, había tomado las formas de aquella rastrera y horrorosa

(1). Muertos por el terremoto del año 12.

serpiente de que nos habla Lord Macaulay en su hermosa perífrasis.

Ya lo tenemos escrito en otra parte! Cuando el alma popular se siente sacudida por una conmoción repentina y violenta, lanza a lo lejos su grito o su sollozo, como el tañido de una campana que repercute en el espacio; pero como la liga del metal que vibra, el sentimiento popular es siempre impuro. El vaso donde se condensan los sentimientos de las multitudes tiene en el fondo un sedimento que toda sacudida puede hacer subir a la superficie cubriendo de una espuma de vergüenza el licor brillante y generoso. Eso es lo que sucede en todos los grandes trastornos de la naturaleza: en los ciclones, en los terremotos, en las revoluciones. Todos los pueblos han sufrido esa dolorosa experiencia: los hombres que permanecen en la sombra en tanto que el orden impera, se rebelan, desde que el freno social desaparece, con sus instintos de asesinato, de destrucción y de rapiña.

En nuestra guerra de Independencia la faz más interesante para el sociólogo, la más digna de estudio es aquella en que la anarquía de todas las clases sociales dió

empuje al movimiento igualitario que ha llenado la historia de todo este siglo de vida independiente (1).

IV

La lucha entre los patriotas y los españoles enviados expresamente de la Península a sostener la guerra, no llena sino unas pocas páginas de nuestra historia. Los ejércitos de Morillo no podían de ningún modo enfrentarse, en un territorio y en un clima como los nuestros, a aquellas montoneras heroicas, a aquellos formidables llaneros que atravesaban a nado ríos caudalosos cuando los europeos habían menester de puentes. Estos pedían los alimentos a que estaban habituados y las asistencias todas de los ejércitos regulares, cuando los venezolanos comían carne sin sal, andaban desnudos y se curaban las heridas con cocuiza (2).

(1). «Cada día me lastima más la suerte de mi patria, decía el Libertador, y cada día parece más irremediable. En esta infausta revolución, tan infaustas son la derrota como la victoria: siempre hemos de derramar lágrimas sobre nuestra suerte. Los españoles se acabarán bien pronto; pero nosotros ¿cuándo? Semejantes a la corza herida, llevamos en nuestro seno la flecha y ella nos dará la muerte sin remedio, porque nuestra propia sangre es nuestra ponzoña». Bolívar a Peñalver.—Chancay, 10 de noviembre de 1824.—O'Leary, XXX, pág. 11.

(2). Páez. *Autob.*—Santander, *Apuntamientos Hist.*

La correspondencia de Morillo con el Gobierno español es un largo lamento por el abandono en que le habían dejado; pero es a la vez un himno al valor y a la constancia de nuestros Libertadores.

Cuatro años después de haber llegado a Costa Firme aquella expedición que parecía iba a restaurar para siempre la dominación española en América, el ejército de Morillo estaba reducido a menos de la tercera parte.

«Varias veces he informado a V. E. —decía al Ministro de la Guerra— de la inclemencia de este clima y de estos llanos para tropas europeas, cuyo rigor se hace sentir tan duramente en la salud del soldado... Los continuos pasos de ríos y de caños, atravesando días enteros pantanos y lodazales, con el agua a la cintura, unido al escaso y miserable alimento del soldado en los arenales ardientes del Llano, ha ocasionado muchos enfermos de gravedad, y son muchos también los heridos por las «rayas» y mordeduras de los pescados llamados «caribes» y «tembladores», y muchos los devorados por los caimanes. En medio de tantos trabajos y

sufrimientos, de la desnudez y miseria de algunos cuerpos y de la pobreza general de todos, puedo asegurar a V. E. que jamás se ha visto un ejército con mayores privaciones, ni con mayor ardor por sostener los sagrados derechos de su amado soberano» (1).

“La infantería europea que vino conmigo a Apure—dice en otra comunicación a su gobierno—se ha disminuido en muy pocos días de marcha a una tercera parte, por las calenturas y las llagas, quedando el resto débil y sin fuerzas para continuar la fatiga en algún tiempo, no tanto por el sufrimiento de los ardores del sol y de marchar constantemente por barrizales y agua hasta la cintura, como por la falta de alimento que nunca ha sido más que carne, con falta de sal muchas veces, y siempre con la de toda clase de recursos». Y en la misma nota establece el contraste con los llaneros: «..... el equipaje no les estorba, porque todos están en cueros, y las subsistencias no

(1). Don Pascual Enrile enviado a España en solicitud de recursos, declara en junio de 1817 al Ministro de Guerra el estado desastroso en que se hallaba el ejército: «Presente todo lo dicho, se deduce que la fuerza principal del General Morillo es de la gente del país, y que en el Ejército tiene más de la mitad de bajas». Rodríguez Villa. Ob. cit., III, pág. 296 y sigtes.

les dan cuidados porque viven sanos y robustos con la carne; hacen movimientos rápidos y felices que no pueden evitarse por más esfuerzos que en las marchas hagan nuestros soldados. Los llaneros se arrojan a caballo desde la barranca del río, con la silla en la cabeza y la lanza en la boca, y pasan dos o tres mil caballos en un cuarto de hora como si pasasen por un ancho puente sin temor de ahogarse ni perder el armamento ni la ropa. De esta manera fatigan las columnas que les persiguen en marchas las más penosas que pueden darse, se pierde en pocos días un gran número de soldados que enferman en aquel pantanoso terreno y cuando consideran estas bajas, y el cansancio e inutilidad de nuestros caballos que no tiene donde repararse, vienen a atacarnos o esperan el combate, como sucedió el 27 de enero de este año (1817) en la sabana de Mucuritas, donde el Brigadier La Torre, que los perseguía desde Casanare (sobre 150 leguas) apenas pudo hacer más que resistir el ímpetu de su numerosa caballería» (1)

No obstante, el heroico soldado, sostuvo tres años más aquella tremenda

(1) Ob. cit., t. III, *passim*.

lucha, porque todavía, durante ese lapso de tiempo, contaba con tropas venezolanas. Cuando resolvió irse a España y echar sobre La Torre la responsabilidad de la derrota final, era porque ya la deserción de los venezolanos había llegado a ser incontenible.

Morillo, que el año 16 creía que con sus diez mil europeos, después de su paseo triunfal por la Nueva Granada, podía asegurar la paz de toda la América, pedía en 1819 treinta mil hombres, sin asegurar el éxito en Venezuela.

Pero nada más natural, porque en la misma fecha de la comunicación que he leído pinta la situación de los patriotas con los más hermosos colores: «La Guayana—dice—ha sido surtida con profusión de armas, municiones, víveres, vestuarios y buques de guerra. Bolívar, después de haber vestido y armado su ejército, tiene, según los avisos más ciertos, depósitos considerables de cuanto pueda necesitar y le llegan socorros de todas partes». Y da un detalle interesantísimo que no debemos dejar pasar inadvertido: «Hemos visto por primera vez—dice el General Morillo—las tropas rebeldes vestidas a la

inglesa completamente, y a los llaneros de Apure con morrienes y monturas de la caballería británica» (1).

Esto nos da lugar a reivindicar la probidad histórica de nuestro eminente artista Don Martín Tovar y Tovar, cuando en su hermoso cuadro de la batalla de Carabobo, presenta al ejército patriota lujosamente uniformado. Allí aparece el Negro Primero de dormán encarnado, con polainas y sin zapatos. Lo cual constituye una verdadera reconstrucción.

El Negro Primero, como todo hombre primitivo, tenía un grande amor por los uniformes brillantes. Cuando el Libertador iba a encontrarse por primera vez con el General Páez, dice éste, que el negro «recomendaba a todos muy vivamente que no fueran a decirle al Libertador que él había servido en el ejército realista». Semejante recomendación bastó para que a su llegada le hablaran a Bolívar del negro con entusiasmo, refiriéndole el empeño que tenía en que no supiese que él había estado al servicio del rey.

(1). Ob. cit., III, pág. 1.

Cuando Bolívar le vió por primera vez, se le acercó con mucho afecto, y después de congratularse con él por su valor, le dijo:

—Pero, qué le movió a usted a servir en las filas de nuestros enemigos?

Miró el negro a los circunstantes como si quisiera enrostrarles la indiscreción que habían cometido, y dijo después:

—Señor: la codicia.

—Cómo así?—preguntó Bolívar.

—Yo había notado—continuó el negro—que todo el mundo iba a la guerra sin camisa y sin una peseta y volvía después vestido con un uniforme muy bonito y con dinero en el bolsillo. Entonces yo quise ir también a buscar fortuna y más que nada a conseguir tres aperos de plata: uno para el negro Mindola, otro para Juan Rafael y otro para mí.

La primera batalla que tuvimos con los patriotas fue la de Araure; ellos tenían más de mil hombres, como yo se lo decía a mi compadre José Félix; nosotros teníamos mucha más gente y yo gritaba que me diesen cual-

quier arma con qué pelear, porque yo estaba seguro que nosotros íbamos a vencer. Cuando creí que se había acabado la pelea, me apeé de mi caballo y fuí a quitarle una casaca muy bonita a un blanco que estaba tendido y muerto en el suelo. En ese momento vino el Comandante gritando: «A caballo!»—Cómo es eso—dije yo—pues no se acabó esta guerra?—Acabarse, nada de eso; venía tanta gente que parecía una zamurada.

—Qué decía usted entonces? —dijo Bolívar.

—Deseaba que fuésemos a tomar pacas. No hubo más remedio que huir y yo eché a correr en mi mula, pero el maldito animal se cansó y tuve que coger el monte a pie. El día siguiente yo y José Félix fuimos a un hato a ver si nos daban que comer; pero su dueño cuando supo que yo era de las tropas de Ñaña (Yañes) me miró con tan malos ojos que me pareció mejor huir e irme a Apure.

—Dicen—le interrumpió Bolívar—que allí mataba usted las vacas que no le pertenecían.

—Por supuesto, replicó, y si no, ¿qué

comía? En fin, vino el Mayordomo (así llamaban los llaneros a Páez) a Apure y nos enseñó lo que era la Patria y que la diablocracia no era ninguna cosa mala, y desde entonces estoy sirviendo con los patriotas» (1).

Esta anécdota es de una gran significación histórica, porque revela la mentalidad de la mayoría de los hombres que después de haber servido con Boves y Yañes, cometiendo los más espantosos crímenes, convirtiendo el territorio entero de Venezuela “en un vasto campo de carnicería” vinieron a ser con Páez, Monagas, Cedeño, Zaraza, los heroicos defensores de la Independencia; y además comprueba el prestigio que iba conquistando la causa de la Patria en el seno de las bajas clases populares, a los esfuerzos enormes de los próceres. Ya la Patria podía ofrecer a los que abandonaban las filas realistas, lo que constituía para ellos una ilusión: un uniforme y un apero; ya podía abrirles el camino de los honores, elevando hasta los esclavos, como Pedro Camejo, a las altas jerarquías militares.

(1). Páez.—Autobiografía, vol. I.

V

De 1819 en adelante el General Morillo siente cómo España va perdiendo su antiguo prestigio. «La opinión pública ha cambiado de una manera asombrosa—decía—aun en los pueblos más decididos por la causa del rey». Aquel ejército «compuesto por la mayor parte de los naturales» desertaba a millares. «Aquí se nos presentan por puntas» decía desde Guayana el General Soublette, empleando un término llanero.

Sin embargo el Doctor Juan Germán Roscio, al dar parte al Libertadar de las proposiciones de paz dirigidas por Morillo a los patriotas a mediados de 1820, le dice: «Mientras los españoles tengan criollos con qué hacernos la guerra, yo no espero otro género de proposiciones de paz que las de Morillo; mientras luchen con nosotros a nuestra propia costa, no variarán de sistema».

.....

«Al jurarse la Constitución española les hicieron creer que nosotros nos someteríamos a ella; el resultado contrario les indica que somos fuertes para la repulsa y para seguir la lucha, o que somos ya más poderosos que Mo-

rillo y sus comitentes; y la consecuencia es pasarse a nosotros.....

«Si prosigue el abandono de su partido por los criollos, la España está obligada a hacer la paz; pero si no, nó; porque la España en esta guerra ha contado siempre por fuerza principal suya la de los criollos guerreros y contribuyentes. Bien sabía esto el oficial español, que interrogado por un extranjero sobre el término de esta contienda, le respondió: «ella terminará cuando nos falten los criollos que nos ayudan».

Y cuando tiene noticia de que los realistas venezolanos se estaban pasando por millares, es aún más explícito: «A este paso llegaremos menos tarde al término a que aspiramos, porque la España nos ha hecho la guerra con hombres criollos, con dinero criollo, con provisiones criollas, con frailes y clérigos criollos, con caballos criollos y con casi todo lo criollo; y mientras pueda continuarla del mismo modo y a nuestra costa, no hay que esperar de ella paz con reconocimiento de nuestra independencia». (1)

(1). O'Leary.—Memorias VIII. pág. 495 y siguientes.

Sería fastidioso continuar haciendo todas las citas que comprueban nuestra tesis. Basta agregar que hemos tenido el cuidado de recoger, tanto aquí como en España, más de trescientos apellidos de familias venezolanas muy distinguidas, cuyos progenitores sostuvieron por todos los medios la causa del Rey de España, o para hablar con más propiedad, lucharon en contra de los independientes. (1)

Por eso afirmamos, que ocultar el carácter de guerra civil que tuvo la revolución, no

(1). Aquellos que no conocen de nuestros anales, por propia confesión, sino lo aprendido en los bancos de la escuela y se erigen sin embargo en críticos (Geroncios de la Historia!) no se dan cuenta del empeño que ponían Bolívar y los escritores patriotas en dar a aquella guerra intestina el carácter de guerra internacional, con el fin de obtener el reconocimiento de la beligerancia por los Estados Unidos, Inglaterra, Rusia y Francia y obligar a España a reconocer la Independencia. «Aunque se interpongan en favor de ésta [la Independencia] los Estados Unidos, la Inglaterra, la Rusia y la Francia, España les manifestará las listas y estados de su fuerza armada en América, COMPUESTA CASI TODA DE CRIOLLOS: les enseñará el censo de las provincias que le obedecen y que han jurado la Constitución: les mostrará el registro de contribuciones, donativos, suplementos etc., desembolsados por la gente criolla.....LA MAYORÍA de los americanos obedientes al enemigo, es el obstáculo para el reconocimiento de nuestra independencia; sobre lo cual insisten mucho los escritores enemigos, y ellos mismos confiesan que sin el auxilio de ESTA MAYORIA habría sido la más desesperada tenacidad hacernos la guerra».—Correspondencia del Doctor Juan Germán Roscio con el Libertador en las *Memorias del General O'Leary*, Tomo VIII, páginas 495 y siguientes. Estas cartas están fechadas en setiembre de 1820: diez meses antes de la batalla de Carabobo y nueve años después del 19 de abril.

sólo en Venezuela, sino en todo Hispano-América, es no sólo amenguar la talla de los Libertadores, sino establecer soluciones de continuidad en nuestra evolución social y política, dejando sin explicación posible los hechos más trascendentales de nuestra historia.

VI

La creencia demasiado generalizada de que los sostenedores del antiguo régimen surgieran únicamente de las clases bajas de la colonia, por ignorantes y fanáticas, es absolutamente errónea. Entre los realistas de Venezuela, como de todo Hispano-América, figuraron multitud de hombres notables que permanecieron en el país luchando en los campos de batalla, en la prensa, en las funciones públicas, en los tribunales de justicia, cooperando con su actividad, con su talento o con su dinero a sostener la lucha; o emigraron a las Antillas españolas y a la misma Madre Patria demostrando a toda hora su fidelidad al gobierno de España.

Si militares como los Torrellas, los Iturbe, los Ramos, los López, los Quero, los Arcaya, Carrera y Colina, Armas,

Meserón, Rubin, Capó (1), Olavarría, Lizarraga, Ramos, Gorrín Llamozas, Osío, Cárdenas, Casas, Camero, Inchauspe, Baca, Izquierdo, Illas, los Monagas (de Valencia), y mil combatientes más constituyeron el formidable apoyo con que contó España durante todo el curso de la guerra, multitud de hombres civiles entre los cuales se señalaron los doctores José Manuel Oropeza, Andrés Level de Goda, Felipe Fermín Paúl, Francisco Rodríguez Tosta, Ramón Monzón, José de los Reyes Piñal, Juan Antonio Zárraga, Pedro de Echezuría, Tomás José Hernández Sanabria, José María Gragirena, Juan Vicente Arévalo y con ellos Juan Rodríguez del Toro, Nicolás de Castro, Feliciano Palacios, José María Correa, Vegas y Mendoza, Herrera, Mijares, Troconis, Michelena, Rojas, Fortique, Aguerrevere, Quintero, Planas, Bescanza, Blanco y Plaza, Escorihuela, Burgos, Elizondo, Alvarado, Gallegos, Vaamonde, Altuna, Ezpelosín, y tantos otros cuyos nombres hemos recogido cuidadosamente, constituían junto con

(1). Los dos hermanos, Francisco y Benito, naturales de Mallorca, residían en Barcelona desde hacía largos años y estaban casados en aquella ciudad. Sus descendientes figuraron después en el partido *godo*, como tantos otros hijos de españoles realistas.

una multitud de españoles y canarios casados en Venezuela y con larga residencia, comerciantes, propietarios, procuradores y empleados en la administración, un poderoso partido de donde salieron los más íntimos consejeros de Monteverde, de Boves, de Morales, de Morillo y hasta de Rosete, quien tuvo como asesor al Doctor Tosta. Eran estos los que formulaban aquellas listas de proscripción y de muerte; componían las juntas de secuestros, formaban los Ayuntamientos que protestaban a cada paso contra la independencia; [1] clamaban en todos los tonos por el total exterminio de los patriotas, y muchos de ellos llegaron a merecer, por la tremenda exaltación de las pasiones, por la insaciable ferocidad de sus odios, aun de los mismos funcionarios españoles, el mote de *somatenes*. (2)

En cambio, los españoles recién llegados, o de elevada posición social,

(1) Véase, por ejemplo el *Manifiesto de las Provincias de Venezuela a todas las naciones civilizadas de Europa*, llamado generalmente *manifiesto trilingüe*, porque fué publicado en español, francés e inglés, suscrita en su totalidad por venezolanos que componían los Cabildos el año de 1819. Blanco y Azpurúa.—Documentos. t. VI, ps. 648 y siguientes.

(2) Heredia.—Memorias, p. 220.—«Así llamaban por apodo a los *godos* exaltados.»

en quienes no podían existir aquellas pasiones, que no eran sino la explosión de resentimientos acumulados durante largos años, en una sociedad como la colonial, compuesta de elementos heterogéneos y socavada por hostilidades latentes o declaradas, y cuyo equilibrio se sostenía merced al inmovilismo y al misoneísmo en que España mantenía a sus posesiones, pretendieron muchas veces dominar aquellas facciones exaltadas, solicitar medios de conciliación con los que ellos llamaban *insurgentes* y restablecer el orden por el imperio de la justicia y la equidad de los procedimientos, distinguiéndose entre ellos, militares como Cagigal, Correa, Miyares, La Torre, Ureña, calificados por los mismos patriotas de «humanos y generosos»; y jueces impecables como Heredia, Vilches, Urcelay, Castro y Gali, que tantas veces fueron víctimas de los ultrajes y calumnias de los *godos* venezolanos y de los desalmados, que desconocieron su autoridad y en ocasiones pretendieron asesinarlos. Bolívar mismo estableció esa distinción, cuando en 1821, dirigiéndose a los *godos* caraqueños que se preparaban a emigrar les dice: “*Realistas!* Vuestro temor con respecto a las armas del

rey en sus terribles reacciones, no es ya fundado, porque los jefes españoles son los Generales La Torre y Correa; no son Boves ni Morales." (1)

En los inmensos crímenes atribuidos exclusivamente a España, la mayor responsabilidad corresponde sin duda alguna a los realistas venezolanos y a los españoles y canarios que como Boves, Yañes, Morales, Rosete, Calzada, estaban establecidos en el país desde hacía largos años, ejerciendo los mismos oficios de las clases bajas y participando naturalmente de sus instintos y de sus pasiones. (2) Pero la razón política ha venido influyendo de tal manera en la tradición y en la historia, que, es casi general la creencia de que en aquella lucha, se destacaron, tanto en Venezuela como en los otros países de Hispano-América, dos bandos perfectamente definidos: de un lado los americanos «que luchaban por independizarse de un poder extraño, de una nación extranjera, usurpadora de sus más sagrados derechos»

(1) Blanco y Aspurrúa t. VII, p. 610.

(2) Véase el sesudo estudio del Dr. Angel César Rivas, titulado *La Segunda Misión a España de Don Fermín Toro*. «Ensayos de Historia Política y Diplomática» ps. 256 y 257, donde expone la influencia del elemento peninsular y canario en la guerra de Independencia y en las guerras civiles subsecuentes.

y del otro, «los españoles, los extranjeros representantes de aquella horrible tiranía, que luchaban por mantener el ominoso yugo». Y se ha creído siempre un deber patriótico ocultar los verdaderos caracteres de la revolución, que fué, sin duda alguna, la primera de esa larga serie de contiendas civiles que han llenado el primer siglo de vida independiente en todas estas naciones, y que dió en la nuestra origen a los dos bandos políticos, que bajo diversas denominaciones y proclamando los principios abstractos del jacobinismo, perpetuaban inconscientemente los odios engendrados en aquella lucha sangrienta.

Boves, Morales, Yañes, Rosete, Puig, Antoñanzas, Zuazola, execrados por la leyenda y por la historia, no fueron ni más tenaces, ni más valientes, ni más crueles, ni más perjudiciales a la causa de la Patria que la multitud de venezolanos realistas que componían sus ejércitos y cuyos nombres ha sido necesario ir descubriendo cuidadosamente, sacarlos de entre la maraña en que los ocultaba el interés y la costumbre, que persistió en llamar *españoles* a todos los que servían en las filas realistas; y españoles y con el título de *Don* apa-

recen en la historia hasta los hombres de color.

La necesidad imponía que fuesen a todo trance *españoles* y *canarios* los autores de aquellos espantosos atentados que con brillante pluma denunciaron ante el mundo Bolívar y Muñoz Tébar en el aciago año de 14.... Pero Caracas y Cumaná habrían aclamado a Boves para quitarse del cuello la cuchilla insaciable del caraqueño Nepomuceno Quero y del cumanés Miguel Gaspar de Salaverría; y en razones justificadísimas se apoyó Antoñanzas para acusar ante la Regencia de España al Doctor Andrés Level de Goda, cuando como Gobernador Civil de Cumaná, cometió tales excesos contra sus compatriotas, que «comparando su administración con la de Antoñanzas, parecía éste un hombre justo y sostenedor de las leyes» (1).

(1) Restrepo.—Hist. de Colombia, t. II, p. 115. «Aseguran las memorias de aquel tiempo desgraciado de haberse mostrado Quero más cruel que el mismo Boves, quien se dejaba influir por los consejos de algunos realistas de probidad, como los Joves, Navas Espinola y José Domingo Duarte; así fue que se tuvo como una gran desgracia su pronta marcha de Caracas». Id. id. p. 207. «En los días siguientes continuó la matanza por el gobernador que Boves nombrara, llamado Miguel Gaspar Salaverría, hijo de Cumaná. Este fué el feroz asesino de sus compatriotas». Id. id. p. 281.

VII

Los calificativos de españoles y patriotas no aparecen sino en los documentos oficiales. *Godo* se llamó el partido realista en Venezuela como en casi toda la América, y *godos* continuaron llamándose entre nosotros los antiguos realistas, que merced a los constantes indultos de Bolívar fueron acogándose a las banderas de la Patria y tomaron parte activa en la política desde las primeras conmociones de la Gran Colombia. Nada más natural, nada más humano que aquellos hombres trajeran a las luchas políticas de la patria emancipada, los resentimientos, los odios, las pasiones y venganzas engendrados durante la cruentísima guerra de la Independencia.

Porque fué naturalmente, sobre los realistas exaltados, que se descargaron las represalias de los patriotas en los días sangrientos de la guerra a muerte. No solamente españoles y canarios sucumbieron al filo de la cuchilla inexorable de 1814, a pesar de los términos precisos del decreto de Trujillo; junto con ellos, que en su mayoría estaban casados en Venezuela, cayeron muchos hijos del país.

Cuántas familias, cuyos apellidos figuran en las contiendas civiles de la República, fueron heridas en sus afectos y en sus intereses por las terribles represalias de aquellos años pavorosos! Cuántas emigraron a playas extranjeras llevando en el alma los recuerdos inextinguibles de aquel drama de muerte y de exterminio, sometidas, del mismo modo que las familias patriotas, a los horrores de la miseria a que las condenaba la confiscación y destrucción de sus propiedades!

Téngase en cuenta además, que en las matanzas de 1814, según todos los historiadores, «...la espada de la retribución hirió indistintamente al inocente y al culpable y que en los inexcrutables designios de la Providencia estaba dispuesto que al pacífico e inofensivo ciudadano, cupiese la misma suerte que al criminal, que bien merecía tan terrible fin» (1). Despertando a la vida en medio de aquellos grandes dolores; educados en el horror y el odio que debían inspirarles los autores de aquellas medidas fatales, llevadas a cabo en interés de una causa política, considerada por sus progenitores como un delito contra el rey y contra los más sa-

(1) O' Leary.—Narración. t. I, pag. 192.

grados principios de la sociedad, se formaron muchos hombres que, al independizarse definitivamente el territorio venezolano, volverán al reclamo de sus antiguos hogares, se acojerán a las leyes de indulto y a los preceptos de la constitución, que acordaban «igualdad de derechos» a todos los nativos, sin tener para nada en cuenta las pasadas opiniones, pero trayendo sembradas en el alma, con todas las fuerzas de las tradiciones de familia, los odios y resentimientos que iban a perpetuar la división y la anarquía.

Juan Vicente González precisa con su genial talento toda la trascendencia que necesariamente tuvieron aquellos hechos en las conmociones que por largos años agitaron la vida nacional: «...¿por qué—exclama el grande escritor—envolver en la proscripción, a multitud de hombres laboriosos y de honestas costumbres, que fecundaban los campos, enlazados con los venezolanos, padres de compatriotas nuestros, que iban a ser enemigos necesariamente de los que inmolaban a los autores de sus días? ... Hijo el venezolano del español con una madre, esposa de aquel, ¿no era terrible alternativa colocarle entre la patria y sus padres, parricida en uno u otro caso? Hacer de la fe de bautismo un

título a la muerte, proscribir padres, tíos, parientes ¿no era sembrar la discordia en las familias, romper los lazos más santos, destruir el respeto, *preparar los días que atravesamos?*... «Pura de sangre la revolución por su heroico amor a la humanidad—dice más adelante—ella no nos habría legado el presente» (1). Esto lo decía González en presencia de acontecimientos que tenían su origen en la guerra civil de la independencia, y viendo cómo el correr de los años, no hacía sino avivar los odios que nacieron entonces. ¿No estaba observando que casi medio siglo después de *La Guerra a Muerte* figuraban en los dos partidos contendores los mismos apellidos de la magna lucha? De un lado los *Godos*: Torrellas, Rubín, Capó, Baca, Gorrín, Cárdenas, Unceín, Ramos, Casas, Camero, Illas, Quintero, Quintana, Vegas, Rivas, y la inmensa mayoría de los apellidos civiles del realismo; del otro los *patriotas, liberales, federales*: Urdaneta, Briceño, Arismendi, Monagas, Pulido, Ayala, Alcántara, Sotillo, toda la legión de los descendientes de los Libertadores y de los Próceres civiles,

(1) Biografía de José Félix Ribas. págs. 59 y 61

siendo raras las excepciones, (1) en uno y otro bando?

VIII

Fueron los realistas, militares y civiles, y sus descendientes inmediatos, quienes unidos a los patriotas adversarios del Libertador y contrarios a la unión colombiana, constituyeron aquel partido poderoso que desde 1822 se apoderó de la prensa y de los Ayuntamientos, convirtiéndolos como en el antiguo régimen, en intérpretes y defensores de sus intereses y de sus pasiones, comenzando por protestar contra la Constitución del Rosario de Cúcuta. En 1825, acusa a Páez que hasta entonces había permanecido más o menos sometido al Libertador y al Gobierno de Bogotá, por la ejecución de la ley de milicias, para rodearle un año más tarde cuando se alce contra la Constitución y desconozca la autoridad del Vice-Presidente. Mantendrá a Venezuela en un estado de constante agitación proclamando los más opuestos principios políticos, interviniendo en las elecciones hasta llevar sus representantes al Congreso, apode-

(1) En otros estudios tratamos ampliamente este asunto, pues creemos con Fustel de Coulanges en la enorme importancia que tienen los nombres de familia para el estudio de la evolución de las sociedades.

rándose de los tribunales de justicia, de las jefaturas políticas de las localidades; y por último con Páez a la cabeza, promoverá el movimiento eminentemente popular de la disolución de la Gran República, para fundar sobre bases absolutamente opuestas a las ideas reaccionarias del partido boliviano en los últimos días de Colombia, y a las naturales tendencias de predominio de los Libertadores, la República centro-federal de 1830. Fué aquella la primera *fusión* que se realizó en Venezuela; una corta tregua en la lucha de los partidos, y como consecuencia inmediata la reacción violenta de los patriotas, con las revoluciones de los años 31 y 35.

Fueron los realistas, con la cooperación de uno que otro de sus antiguos adversarios, quienes apoderados de la dirección de la República, pretendieron revivir las disciplinas tradicionales, las fuerzas conservadoras de la sociedad, casi desaparecidas en el movimiento tumultuoso y oclocrático de la revolución, y establecer, a pesar de los principios constitucionales y llamándose *los amigos del orden*, una especie de mandarinato, fundado principalmente en una oligarquía caraqueña de «tenderos enriquecidos con actitudes

de personajes», y llevando sus energías y su audacia hasta cometer el error de sustituir a Páez, el genuino exponente de la revolución social victoriosa, con el Doctor José María Vargas, quien en medio de un pueblo militarizado, no tenía otras credenciales que las del saber y la virtud, y a quien con sobrados fundamentos calificaban de *Godo* los patriotas intransigentes y engreídos.

Los historiadores que no se han detenido a observar las diversas etapas de nuestra evolución política y social, que no han tenido en cuenta que la Revolución de la Independencia fué al mismo tiempo una guerra civil, una lucha intestina entre dos partidos compuestos igualmente de venezolanos, surgidos de todas las clases sociales de la colonia, no aciertan a comprender la verdadera significación, el origen preciso del calificativo de *Godo*, con que se designó al núcleo de realistas e hijos de realistas que rodeó al General Páez desde 1826 (1).

(1) En aquel mismo año escribía el General Pedro Bri-ceño Méndez al Libertador: «Con respecto a la opinión pública, yo hallo que no hay de temer sino de parte de los *godos*, porque efectivamente es el partido dominante». — O' Leary, Correspondencia VIII, p. 232. El General Rafael Urdaneta le dice también al General Páez reprochándole su rebelión contra el Gobierno de Bogotá: «.....no lo dude, compañero, Ud. está cercado de *godos* y de mal-

La significación política de la batalla de Carabobo, y su influencia en la evolución interna de Venezuela no han sido apreciadas aún en toda su importancia. El espléndido triunfo de Páez que necesariamente decidió al Libertador a colocarle en el mando supremo de la parte central de Venezuela, como Comandante General del Departamento, fué una singular fortuna para aquellos tiempos. Páez era el único hombre capaz de contener con su autoridad y su prestigio, a las hordas llaneras, dispuestas a repetir a cada instante, sobre las poblaciones sedentarias los mismos crímenes que en 1814; y ser al mismo

vados. . . . Vuelvo a repetirle mi súplica y a llamar su atención al último paso de los *godos*: es un hecho que estamos sembrados de espías para dividirnos ¿y será posible que Ud. involuntariamente concorra a hacerles este servicio? Ob. cit. VI ps 137 y sigtes. En otros estudios pormenorizaremos estos hechos. *Godo* no significó nunca en nuestra jerga política, ni Doctor, ni hacendado, ni mucho menos blanco y aristócrata, como erróneamente se ha estado creyendo. *Godo* se llamó al antiguo realista y a su descendiente, cualesquiera que fuesen su condición social, su posición económica, el color de su piel y sus principios políticos; y de *godos* calificaron también a los antiguos patriotas y a sus descendientes que, individualmente y por consecuencias naturales de la política se unieron a sus antiguos adversarios en las luchas civiles subsiguientes; del mismo modo y por iguales razones se llamaron *liberales* a algunos descendientes de realistas, que individualmente se unieron a los antiguos patriotas desde 1835. Estas excepciones, de las cuales hacemos mención en otra parte, no hacen sino confirmar la existencia en plena República de los dos mismos bandos antagónicos que combatieron durante la guerra civil de la Independencia, lo cual echa por tierra el falso concepto de la creación de un *partido liberal* en 1840.

tiempo, por especiales circunstancias, una especie de providencia para los numerosos elementos realistas que hasta última hora combatieron contra la Patria. Ya el nombre del Caudillo debía de serle grato a aquel partido por su conducta para con los antiguos subalternos de Boves y de Yañes que él había sabido atraer con rara sagacidad a las filas de la independencia; ahora en el mando de Venezuela se convierte en el protector del elemento civil, en el amparo de los *somatenes*, de los emigrados, llegando hasta desobedecer al propio gobierno de Bogotá, al oponerse a la ejecución del Decreto de 1823 que mandaba a expulsar del país a los desafectos a la Independencia (1). Páez no había

(1) Urdaneta dice a Páez en la carta a que hemos hecho referencia: «... Cuando en 1823 esa misma gente (los *godos*) se alarmó contra el decreto de expulsión que en toda la República tuvo efecto, menos en Venezuela, entonces consiguieron un gran triunfo con la oposición que U. mostró a la ejecución de dicho decreto; U. que perseguía esa facción era entonces el único cuerpo que gravitaba sobre ella, pero con aquel paso formaron la idea de enseñorearse de U. y les fué fácil. O' Leary. Correspondencia, VI, p. 140. Véase además la Correspondencia del General Carlos Soublette y varios folletos de la época que existen en la Biblioteca Nacional, donde se ve claramente el tacto y la sagacidad política con que procedió el General Páez, pues los realistas comprendidos en el decreto, estaban íntimamente ligados por relaciones de familia y muchos otros nexos con personas influyentes como el Marqués del Toro, Tomás Lander, Pedro Pablo Díaz (tenido y habido por *godo*—dice el General Urdaneta—y, como tal, reputado por todos los patriotas) y el mismo General Francisco Carabaño que acababa de regresar de España, a donde fué enviado prisionero en 1812,

figurado en las sangrientas tragedias de 1814, su nombre no estaba asociado a ninguno de aquellos hechos engendrados de odios y de venganzas inextinguibles, y era por tanto el más llamado a unificar bajo su autoridad a todos aquellos núcleos en quienes había desaparecido ya la esperanza de ver restaurado el antiguo régimen, pero que necesariamente traían a la política todas sus pasiones en contra de los independientes; sus principios de conservación social y sus ambiciones de predominio, en una Patria, que si ellos no habían creado, no por eso dejaba de pertenecerles, ni podían dejar de amarla con la misma intensidad que sus adversarios. Ellos habían sido también patriotas a su manera, y luchando a favor de España, creyeron sinceramente que defendían una causa justa. ¿No hay todavía quien afirme que la revolución de la independencia fue prematura?

Sin estudiar con criterio libre de prejuicios todos los antecedentes que hemos anotado; sin aplicar a nuestra copiosa documentación los métodos establecidos

junto con el General Miranda. Es curioso el dato de que entre los que debían expulsarse figurara Antonio Leocadio Guzmán, quien después pretendió llamarse Ilustre Prócer de la Independencia, Coronel, Secretario del Libertador, etc., etc.

por los maestros de la ciencia, haciendo una crítica profunda de «Interpretación, de Sinceridad y de Exactitud» es de todo punto imposible explicar la reacción antiboliviana, limpiar al pueblo venezolano de la mancha de ingratitud que han arrojado sobre él los historiadores superficiales, y exponer las razones esencialmente humanas de aquella explosión de odios que se descargó sobre el Padre de la Patria; y estudiar por último, de acuerdo con el determinismo sociológico, el origen y desenvolvimiento necesario y fatal de todos los gérmenes anárquicos que brotaron como cizañas venenosas al romperse la disciplina social de la colonia y que de manera tan poderosa han influído en todos los acontecimientos de nuestra vida nacional.

LOS INICIADORES DE LA REVOLUCION

I

CUANDO se estudia la historia de nuestra independencia, lo primero que salta a la vista es el fenómeno de que las clases elevadas de la Colonia no sólo fuesen las que iniciaran la Revolución, sino que al mismo tiempo proclamaran los derechos del hombre y pretendieran fundar la República de 1811 sobre las bases de la democracia y del federalismo. (1)

¿Cuál era el origen de aquellas ideas? ¿Cómo podían proclamarse tan avanzados principios en la Capital de una oscura y olvidada provincia, la más ignorada de cuantas integraban los vastos dominios de España en América?

[1] Juan Vicente González.—*Diario de la Tarde*, Caracas: 2 de agosto de 1846.—«Es a la inteligencia a quien concedió el cielo la dirección y el mando. Nace de ella todo movimiento saludable, todo progreso, toda idea útil y provechosa. Por esto el 19 de abril fué obra de cuanto vale en Venezuela. Lo que llaman pueblo, no tuvo parte en él. Preguntó el Canónigo Madariaga si querían a Empan, y el pueblo respondió sí, añadiendo luego, no, a las señales esforzadas del patriota que interrogaba».

Sustraigamos el espíritu a los prejuicios, y guiados siquiera por la tendencia analítica de nuestra época, busquemos los orígenes, los antecedentes históricos de ese fenómeno, atribuído, según las viejas teorías, a una especie de fiat bíblico, o al accidente y al caso de los racionalistas.

Los primeros legisladores de la República, los revolucionarios del 19 de abril y los constituyentes de 1811, salidos, de la más rancia aristocracia colonial, «criollos indolentes y engreídos», que «gozaban para con el populacho de una consideración tan elevada cual jamás la tuvieron los grandes de España en la capital del Reyno» proclamaron, sin embargo, el dogma de la soberanía popular, llamando al ejercicio de los derechos ciudadanos al mismo pueblo por ellos despreciado. Sobre la desigualdad social en que fundaban su poder, sobre la heterogeneidad de razas que daba sustento a sus preocupaciones de casta, levantaron el edificio de la República democrática.

Según estos principios, la tradición colonial desapareció para siempre el día mismo en que fueron proclamados los derechos de los venezolanos. De modo que,

política y socialmente, los hombres de la Independencia venían a la vida a la edad que contaban, pues al golpe mágico de la revolución, habían dejado entre las ruinas del «oprobioso régimen» todo el legado hereditario de tres siglos de coloniaje y de miles de años anteriores a la Conquista.

La herencia psicológica formada por los instintos y los prejuicios inconscientes, las opiniones, los gustos, las inclinaciones naturales, los sentimientos, las preocupaciones religiosas y sociales, el desprecio del blanco criollo por el hombre de color, el odio de éste hacia el criollo, las rivalidades e intransigencias de cada grupo social ... todos los móviles en fin que determinan la cruel y eterna lucha de la humanidad en todos los tiempos y en todos los países, desaparecieron para siempre a la sola enunciación de los derechos ciudadanos.

Al suprimir las profundas desigualdades que por siglos habían caracterizado el organismo social de la colonia, no quedó más que el hombre abstracto. No ser esclavo, haber cumplido veintiún años y tener una vida honesta, he allí cuanto

se exigía a un hombre (2) cualquiera que fuese el color de su piel para poder ejercer derechos y aspirar, desde luégo, a las más elevadas dignidades de la naciente República.

Aquellas nuevas teorías, predominantes en el mundo civilizado e iluminadas con el incendio de la Revolución Francesa, habían venido introduciéndose clandestinamente junto con las mercaderías que entraban de contrabando de las Antillas vecinas, en connivencia con los infieles agentes del gobierno español. Teorías que los criollos adoptaban sin examen y profesaban con entusiasmo; principios abstractos que tenían para ellos el atractivo picante y estimulador de la prohibición, bebidos como néctar sabroso a la luz de una bujía, en el silencio profundo de la noche, en una ciudad colonial que se entrega al sueño al toque de oraciones.

La aparición de esas mismas teorías había sido en Francia el producto de un

[2] El Supremo Congreso de Venezuela ha creído que el olvido y desprecio de los Derechos del Pueblo ha sido hasta ahora la causa de los males que ha sufrido por tres siglos..... Deberes del hombre en Sociedad.—IV Ninguno será buen ciudadano si no es buen padre, buen hijo, buen hermano, buen amigo y buen esposo. V. Ninguno es hombre de bien, si no es franco, fiel y religioso observador de las Leyes. La práctica de las virtudes privadas y domésticas es la base de las virtudes públicas. Documentos para la vida pública del Libertador, etc. Tomo III, página 125.

largo trabajo de elaboración; sin embargo, Taine encuentra que en los aristócratas, los principios democráticos se quedaban en el piso superior del espíritu, y cuando proclamaban la igualdad en el parlamento y acogían en sus salones a los plebeyos esclarecidos por el talento, los prejuicios de clase asomábanse al menor razonamiento o estallaban indignados en la sinceridad de la alcoba.

«Entre los dos pisos del espíritu humano, el superior es donde se elaboran los razonamientos puros, y el inferior es donde se asientan las creencias activas; la comunicación no es pronta ni completa. Hay muchos principios que no salen del piso superior; permanecen en él en estado de curiosidad; son mecanismos delicados, ingeniosos, de los cuales se alardea con placer pero que casi nunca se emplean. Si a veces el propietario los trasporta al piso inferior, no se sirve de ellos sino a medias; restringen su uso, costumbres establecidas, intereses o instintos anteriores y de mayor fuerza. Y no obra de mala fé, se conduce como hombre; todos profesamos verdades que no practicamos. Una noche, como el abogado Target tomase un polvo de la caja de la mariscala de Beauvan, ésta, cuyo salón

es un pequeño club-democrático, quedó atónita ante una familiaridad tan monstruosa. Más adelante, Mirabeau, que vuelve a su casa después de haber votado la abolición de los títulos de nobleza, coge a su ayuda de cámara por las orejas y le dice con su voz tonante: «Tú, pillastre, espero que para tí, continuaré siendo el señor conde». Esto demuestra hasta qué punto, en un cerebro aristocrático, quedan admitidas las nuevas ideas». (1)

Allá en Francia, las ideas democráticas habían ido invadiendo poco a poco todas las clases sociales. La filosofía, las ciencias naturales y exactas, la literatura, la política, la economía política, el conjunto armónico de todos los ramos de la inteligencia humana, habían tomado lentamente un nuevo rumbo e introduciéndose por todos los intersticios del edificio social hasta invadir las altas clases, hasta apoderarse de los cerebros aristocráticos. Los filósofos, los literatos, los hombres de ciencia hacía largo tiempo que se codeaban con la nobleza; el saber era un título legítimo para conquistar las más grandes distinciones; las

[1] H. Taine. L'ancien Regimen.

personas invadían al par que las ideas. Sin embargo, ya hemos visto cuánto poder tienen las preocupaciones nobiliarias. (1)

En la evolución de Venezuela el proceso es mucho más rápido. La nobleza colonial pasa de uno a otro extremo, sin preparación alguna; y como son ellos, casi exclusivamente, los poseedores de la ilustración, los únicos que tienen el raro privilegio de instruirse, la evolución toma un carácter completamente distinto.

II

En 1796 los nobles de Caracas; (2) aquella fuerte y poderosa oligarquía constituída en Cabildo, acusa ante el Rey de España a los Magistrados que venían de la Metrópoli, por «la abierta protección que escandalosamente prestan a los Mulatos o Pardos y toda gente vil para menoscobar la estimación de las familias antiguas, distinguidas y honradas»; y

[1] «Los salones del siglo XVIII prepararon la igualdad de los hombres, no sólo porque en ellos se reuniesen y confundiesen los nobles con los hombres de letras, sino porque prevaleciendo el talento por sobre todos los demás, los plebeyos hallaban la ocasión de compensar con la superioridad intelectual, la inferioridad del nacimiento: en el Reino de la Inteligencia un expósito puede ser Rey». Bouglé. *Les Idées Egalitaires*. Pág. 202.

[2] Véanse las Actas del Ayuntamiento de Caracas.

porque «dejando correr la pluma sobre pueriles fundamentos y la superficie de las cosas, pintan muy distinto de lo que es en realidad el estado de la Provincia, el modo de pensar de las familias distinguidas y limpias, su total separación en el trato y comercio con los Mulatos o Pardos, olvidando la gravedad de la injuria que concibe una persona Blanca en que sólo se diga que se roza con ellos o entre en sus casas, y la imposibilidad de que este concepto se borre aunque se interponga la ley, el privilegio o la gracia».

Aquellos Nobles Vasallos de Caracas que hasta 1801 protestan contra las «gracias» otorgadas por el Monarca a la numerosa clase de pardos, quinterones, cuarterones y «blancos de orilla» que constituyen la gran masa pobladora de las ciudades; y que consideran como un grave ultraje el «franquear a los Pardos y facilitarles por medio de la dispensación de su baxa calidad la instrucción de que hasta ahora han carecido y deben carecer en lo adelante»; aquellos fidelísimos vasallos, entre quienes figuran muchos de los que pocos años más tarde van a ser factores o principales promotores de la Revolución y apóstoles fervientes de la democracia, no pueden

soportar de ningún modo que el Rey de España, obedeciendo a los informes de sus agentes en Caracas, eleve hasta ellos a las «clases viles» en cambio de unos cuantos miles de reales de vellón de que bastante necesitaba entonces el Real tesoro. (1)

Son ellos, o sus descendientes inmediatos, quienes poseídos por un puro idealismo democrático, nacido al calor de los principios abstractos preconizados por los filósofos franceses, van a posponer por un momento en las juntas patrióticas y en el Congreso sus arraigadas preocupaciones de casta; y borrando de una plumada las «odias distinciones», llamarán a aquellas mismas «clases viles» a compartir con ellos

[1] Esta Cédula llamada de «Gracias al Sacar» fué expedida en 1797; el Cabildo o Ayuntamiento de Caracas lo mismo que el de Coro se negó a ponerla en vigencia. Es un Arancel sumamente curioso en virtud del cual, el hombre de origen más oscuro y de más humilde cuna adquiriría las prerrogativas nobiliarias mediante unos cuantos miles de reales de vellón. Cap. 48. Por legitimación a un hijo para heredar y gozar o hija que sus padres le hubieren siendo solteros —5.500. Cap. 49. Por las legitimaciones extraordinarias para heredar y gozar de la nobleza de sus padres a hijos de caballeros profesos de las órdenes militares y casados y otros de clérigos, deberán servirse unos y otros con 33.000. Cap. 50. Por las otras legitimaciones de la misma clase de las anteriores a hijos habidos en mujeres solteras siendo sus padres casados, con 25.800. Cap. 51. Privilegios de hidalguía, cada uno con 107.000. Cap. 63. Por la concesión del distintivo de *Don*, 1.400. Cap. 69. Por la dispensación de calidad de pardo deberá servirse con 700. Cap. 70. Id de la calidad de quinterón se deberá servir con 1.100, etc. Blanco y Azpurúa. Doc. 11, pág. 44 y siguientes.

los honores y preeminencias de la soñada República democrático-federativa.

Los hombres de las «clases baxas afeados por toda especie de bastardías y de torpezas» que en 1796 «tienen la avilantés de andar por las calles vestidos contra las leyes y con gran escándalo de las personas distinguidas» podrán en 1810 confundirse con éstas en virtud de una simple declaratoria. La «terrible igualdad» decretada por el Monarca concediendo gracias y prerrogativas a la plebe y que los nobles consideraron como causa segura de «un descrden social que vendría a convertir esta preciosa parte del universo en un conjunto asqueroso y hediondo de pecados, delitos y maldades de todo género», será al estallar la rebelión una «reivindicación de los fueros sagrados de la naturaleza, ultrajados por el despotismo de España». Un decreto, un solo decreto, unos simples rasgos de pluma de ganso, obrarán el prodigio.

La «Junta Suprema» de Caracas decreta «la igualdad de todos los hombres libres»; y el Congreso Constituyente «confiere al noble y virtuoso pueblo de Venezuela la digna y honrosa investidura de ciudadanos libres, el verdadero título del

hombre racional», y «proscribe las preocupaciones insensatas, odios y personalidades que tanto detestan las sabias máximas naturales, políticas y religiosas». (1)

Las disposiciones de esa real cédula de «Gracias al Sacar» que en 1796 y en 1801 constituían en el concepto de los nobles de Venezuela un peligro para la sociedad, y que tan profundamente conmueven al Ayuntamiento de Caracas, serán pálidas ante la amplia declaración de derechos expedida por el mismo Ayuntamiento transformado en Junta Suprema y en Congreso. La amenaza de que los «Pardos, quinterones, mestizos, blancos de orilla, curanderos, comerciantes, etc., dispensados de su baxa calidad» pudieran quedar habilitados para los oficios y dignidades exclusivas de personas blancas, no existirá nueve años más tarde al proclamarse la Independencia y la República; «la inmensa distancia que por siglos había separado a las clases sociales de la Colonia; la ventaja y superioridad de los

[1] Blanco y Azpurúa.—Op. cit.—Cuanto va entre corchetas es extractado de la representación de los Nobles al Rey, protestando contra la cédula citada. —Es un documento de inmenso valor histórico. Algunos otros de la misma índole existen inéditos en el Archivo Nacional y de ellos hacemos mención en otros estudios.

Blancos y la baxeza y subordinación de los Pardos habrán desaparecido para siempre».

Una sola diferencia puede observarse entre ambas disposiciones. El Rey de España elevaba a los Pardos a la dignidad de blancos, mediante unos miles de reales; la revolución encabezada por los nobles nivela a todas las clases libres y las confunde bajo la denominación de ciudadanos, en virtud de los principios abstractos que habían conmovido los tronos, y que por un encadenamiento lógico de los sucesos, pusieron en manos de un plebeyo, consagrado por su genio «Rey de los Reyes», los destinos del mundo. A sus piés se arrastró como un vasallo, y depuso cobardemente el cetro, el propio dueño y señor de estos dominios.

Cuando el Rey lo ordenaba, aquel tránsito era espantoso para los blancos, vecinos y naturales de América. ¿Cómo era posible—preguntaban los nobles—que S. M. confundiese los vasallos limpios, distinguidos y honrados con unos hombres de linaje vil y detestable? Si S. M., obedeciendo a los apasionados informes de los empleados españoles, persistiere

en el propósito de otorgarles «la gracia», ellos, los mantuanos, «llorosos y compungidos, renunciarían a sus oficios y dexarían la Sala Capitular para que la ocupasen pulperos, gentes de barrios y otros viles».

III

¿De qué modo se había realizado aquella rápida y profunda transición en el espíritu y la mentalidad de nuestra nobleza criolla?

La Revolución de «mímicas» que derrocó a Emparan, convirtiendo a los nobles en demócratas y republicanos, había hecho de aquellos otros «hombres afeados por un encadenamiento de bastardías y torpezas», un pueblo virtuoso, noble, inteligente, capaz de levantarse a la elevada dignidad de ciudadano.

Olvidados, extinguidos para siempre quedaban los odios, enredos y chismes, que hasta entre los propios nobles, originaban aquellos pleitos interminables sobre limpieza de sangre, (1) que casi ocuparon

[1]. «También es verdad que hay muchos pleitos promovidos por Pardos que pretenden acreditar que son Blancos» *ibid* —En el Archivo del Registro Público de Caracas existen numerosos expedientes de estos pleitos, de donde hemos tomado datos sumamente curiosos. Poseemos también un expediente original de un pleito de

por completo los tribunales durante doscientos años. Ya no se emplearían en las iglesias parroquiales los libros llamados de «Pardos», donde se perpetuaban las odiosas distinciones de castas al tiempo de recibir el párvulo el Santo Sacramento del Bautismo, y que, como una mácula oprobiosa, desdoraba su descendencia en muchas generaciones. Ya no volverían a practicarse aquellas terribles prolijas inquisiciones genealógicas, imprescindibles no solamente para contraer matrimonio y recibir las sagradas órdenes, sino para llegar a ocupar puestos en los Ayuntamientos, en los Tribunales, en los Cabildos eclesiásticos, en el Real Colegio de Abogados, en el Consulado, en la Real Universidad Pontificia, en todas aquellas instituciones reservadas únicamente a las clases elevadas.

«Instituimos y mandamos—dice la Real Cédula que crea el Colegio de Abogados de Caracas—que para ser recibido cualquier abogado en nuestro Colegio, haya de ser de buena vida y costumbres, apto para desempeñar su oficio,

esta naturaleza, promovido entre dos familias orientales, progenitores de muchos hombres distinguidos en la política y en la ciencia. Años y mucho dinero gastaron probando su nobleza, hasta que habiendo apelado a España, el Rey las declaró a ambas igualmente nobles.

hijo legítimo o natural (?) de padres conocidos, y no bastardo ni espúreo, que así los pretendientes como sus padres y abuelos paternos y maternos hayan sido cristianos viejos, limpios de toda mala raza de negros, mulatos u otras semejantes, y sin nota alguna de moros, judíos ni recién convertidos a nuestra Santa Fe Católica, ni otra que irrogue infamia, y que faltando alguna de estas circunstancias, no sea admitido....»

El pretendiente estaba obligado a presentar «memoria de su naturaleza, la de sus padres y abuelos, con expresión individual de sus nombres y apellidos, y con las tres fés de bautismo que reconocerá con todo cuidado el Secretario si vienen en forma, y estándolo, dará cuenta al Decano, para que precediendo informe secreto de la calidad y circunstancias del pretendiente, le nombre dos informantes.... quienes si antes supieren que el pretendiente tiene alguna nota o defecto que obste, le procurarán disuadir de la pretensión».

No paraba en esto el rebuscamiento genealógico, pues aunque el pretendiente saliera airoso de las primeras inquisiciones, quedaba luégo sometido a un interro-

gatorio, en el que había de justificar «sus calidades con siete testigos mayores, de toda excepción y con las fés de bautismo suyas y de sus padres, legalizadas en bastante forma». De todas esas pruebas se formaba al fin un expediente en que, por lo regular, dadas las exageradas preocupaciones de la época, quedaban ultrajados muchos hombres de superiores facultades, que más tarde tomarán parte a favor de la causa realista por odio a la nobleza, y se distinguirán por sus crueldades.... Ya lo veremos. (1)

Este colegio fué instituído en 1792, dieciocho años antes de la Revolución, y sus estatutos fueron redactados por los abogados criollos y aprobados por el Rey. (2)

[1] Otros, sin embargo, fueron patriotas. El doctor Juan Germán Roscío, por ejemplo, que habiendo deseado pertenecer al Real Colegio de 1806, tuvo que pasar por mil humillaciones, cuyo relato debemos al señor doctor P. M. Arcaya, quien analizó el expediente en *El Cojo Ilustrado* de 19 de julio de 1911. Roscío comprobó ser mestizo, cuarterón, nieto de una india.

[2] Blanco y Azpurúa.—Op. cit. Tomo I, pág. 236 y siguientes. «El Rey—Por cuanto por parte del Colegio de Abogados de la ciudad de Caracas se me ha representado que en conformidad de lo que se le previno en Real Cédula de quince de junio del año próximo pasado, acompañaba las constituciones que para su régimen y gobierno habían formado, etc. Entre los miembros del Colegio, redactores de las constituciones, figuran, entre otros los doctores Francisco Espejo, Miguel José Sanz, José Antonio Anzola, Bartolomé Ascanio, quienes tomarán parte activa en la revolución.

En esa corporación, como en todas las otras, privaba el mismo espíritu exclusivista; y ya se ve que para nada se tomaban en cuenta las condiciones intelectuales, ni la virtud, ni el carácter, ni la idoneidad, ni ninguna de esas altas prendas morales que más tarde han servido de pedestal a muchos hombres prominentes, honra y gloria de la República en todas las esferas de la actividad social. (1).

IV

Para principios del siglo XIX, las preocupaciones aristocráticas no habían sufrido alteración alguna, pues para servir el más humilde empleo, el de portero, por ejemplo, en cualquiera de aquellas corporaciones se requería aún ser «hombre blanco y honrado».

En la representación del Cabildo, que hemos analizado, los nobles solicitan del Rey la supresión de las milicias de Pardos, «pues que sólo sirven para fomentar su soberbia y confundir las personas,

[1] El art. 1. Título IV de las instituciones, dice así: Acordamos que para que el Colegio y sus individuos tengan el lustre y estimación que es debida, no ejerza su oficio ningún abogado en la Real Audiencia, ni en los Tribunales inferiores, sin que primero sea recibido y matriculado en nuestro Colegio.—*ibid.* pág. 432.

como que muchas veces adornado un oficial de su uniforme, dragonas y espada, con un poco de color en la cara se usurpa obsequios equivocados que elevan sus pensamientos a otros objetos más altos».

Y no era únicamente Caracas el asiento de aquella casta aristocrática, hermética e intransigente; en cada una de las Capitales de Provincia y de las Ciudades Capitulares, como Barcelona, Barquisimeto, Coro, San Carlos, San Felipe, Guanare, Mérida, Trujillo, Valencia, Carora, Tucuyo, etc., y hasta en algunas villas importantes, existían grupos de nobles con iguales o peores exclusivismos, formando una oligarquía opresora y tiránica, siempre en pugna con los agentes enviados de España. (1) Ellos destituyen muchas veces a los gobernadores y Capitanes Generales; resisten al cumplimiento de las Reales Cédulas que podían menoscabar

[1]. Todavía en 1827 existía en Coro, que había sido el asiento de una de las oligarquías municipales más intransigentes, el mismo núcleo aristocrático, con la diferencia de que este fué, y siguió siendo, enemigo de los patriotas como toda la Provincia. «Ni aun por mi llegada se acercan a verme—decía el Libertador al General Urdaneta en diciembre de 1826—como que los pastores son Jefes españoles [realistas]... La nobleza de este país permanece renuente y abstraída de todo, pero cobrando millones, y Coro no ha valido jamás un millón».—Cartas del Libertador.—Memorias de O'Leary, Tomo XXX, pág. 300.

sus prerrogativas o herir sus preocupaciones de clase; se alzan contra las disposiciones emanadas de las Audiencias; forman cuerpos de milicia exclusivos para distanciarse no sólo de los pardos sino de los blancos mismos que no puedan ostentar «un linaje limpio» o ejerzan «oficios y profesiones innobles»; persiguen con insultos, chismes y calumnias que invaden hasta lo más sagrado del hogar, a los plebeyos que se atreven a usar el uniforme miliciano; obtienen de la Corte la derogación de las disposiciones que un tiempo permitían el matrimonio entre las personas blancas y pardas (1) y abrían a estas la entrada a las comunidades religiosas; velan por el estricto cumplimiento de los reglamentos suntuarios que prohíben a las mujeres de color engalanarse «con oro, seda, chales y diamantes» privándolas hasta del uso de las alfombras para hincarse o sentarse en los templos»; y por último, ocupan los tribunales y emplean una gran parte de su renta entablando pleitos sobre limpieza de sangre con

(1) Practicaban la más completa endogamia, hasta oponerse a que las mujeres de su casta se casaran con blancos europeos y de la Islas Canarias, como puede verse en los numerosos volúmenes de «Juicios de Disenso» que existen en el Archivo Nacional.

el único fin de lustrar su linaje y excluir de su círculo sacándoles, para solidificar su preponderancia, a relucir antiguas y olvidadas máculas a familias esclarecidas yá por la virtud, el trabajo y la inteligencia, y de quienes surgirán muchos personajes notables, y uno de ellos, Francisco de Miranda, llenará con su nombre páginas de gloria en la historia de dos continentes.

Recuérdese lo sucedido con Don Sebastián de Miranda, padre del Generalísimo. Cuando en 1764 se organizaron las milicias y fué nombrado Miranda Capitán de la Compañía de Blancos Isleños de Caracas, se produjo un gran escándalo entre los nobles, por el solo hecho de que Don Sebastián, como comerciante, «oficio baxo e impropio de personas blancas», pudiera «ostentar en las calles el mismo uniforme que los hombres de superior calidad y sangre limpia».

Calificado Miranda en las tertulias y en la calle de mulato, encausado, aventurero, indigno; burlado a todas horas por los nobles en los corrillos, se promovió al fin un juicio cuyos detalles pormenoriza Arístides Rojas en sus «Orí-

genes Venezolanos». Miranda triunfó en la causa, pues de su parte estuvieron las autoridades españolas, pero no pudiendo soportar las rechiflas de los enemigos pidió su retiro del batallón.

En todo ese proceso fué, como siempre, el Cabildo el baluarte poderoso de las preocupaciones y añagazas de la nobleza criolla; y quien pasando por sobre el Gobernador y los Tribunales, prohibió a Don Sebastián de Miranda «el uso del uniforme y bastón del nuevo batallón apercibiéndole que si volvía a usarlos, lo pondría en la cárcel pública por dos meses, se le recogería el bastón y el uniforme que por derecho se vendería por piezas y sus productos se aplicarían a los presos de la cárcel». (1)

Don José Solano, Gobernador para entonces de la Provincia de Venezuela y quien había inducido a Miranda a aceptar aquel nombramiento, le apoyó abiertamente, y aunque obtuvo del Rey la reprobación de todos los actos del Ayuntamiento, rebajando sus atribuciones y otorgando además a Miranda «con

1. Archivo Nacional.--Limpieza de Sangre de Don Sebastián de Miranda.

el goce de todas las preeminencias, excepciones, fueros y prerrogativas militares, el permiso de usar bastón y vestir uniforme de Capitán reformado del nuevo batallón de milicias», no pudo, por más que el Rey ordenara «perpetuo silencio sobre la indagación de su calidad y origen», y apercibiendo con prohibición de empleos y otras severas penas a cualquier militar o individuos del Ayuntamiento que por escrito o de palabra le moteje o le trate en los mismos términos que acostumbraba anteriormente»; no pudo, decimos, acallar «los chismes y enredos en que ardía la ciudad» ni sofocar las calumnias que pugnaban por ensuciarle hasta la honra a la madre del futuro Generalísimo.

Apuntando estos hechos, tratando de penetrar en el estado mental de aquellas generaciones, nos confirmamos en la creencia de que a esas rivalidades se debió en mucho la triste suerte que cupo al General Miranda en Venezuela. Recuérdese cuando en 1806 la nobleza caraqueña protestó contra las expediciones de Miranda y apoyó al Capitán General, tan decididamente como lo había hecho en la revolución de Gual

y España; (1) y cuando en 1813 la «Suprema Junta de Venezuela», en la «Alocución que dirige a los habitantes de los Distritos comarcanos de la ciudad de Coro», les dice: «El gobierno oye con la última amargura, que al comparar la actual conducta de algunos de los próceres de la ciudad de Coro con la que observaron el año de 1806, se les atribuye la nota de haber abandonado entonces sus hogares a un puñado de bandidos que insultaban los derechos de la corona. (2)

Recuérdese que esa misma Junta prohibió a Miranda la entrada a Venezuela, no por temor a sus ideas radicales respecto de la Independencia, pues es bien sabida la decisión de los directores del movimiento a realizarla, sino porque aquel hombre, a pesar de la notoriedad que había conquistado en Europa por sus eminentes cualidades, continuaba siendo para los nobles de

(1). Blanco y Azpurúa. Tomo II.—El señor Carlos B. Figueredo, que posee muy buenos documentos copiados en los archivos de España, publicó en «El Cojo Ilustrado» 19 de Dic. de 1911, una larga lista de las personas que en 1807 contribuyeron para pagar la cabeza del traidor Miranda. Es curioso observar que el único apellido noble que no aparece en la lista es el de Bolívar.

(2). Blanco y Azpurúa.—Tomo II, pág. 437.

Caracas, el mismo plebeyo, el hijo del isleño comerciante que vestía el uniforme de General francés, cuando al padre se le prohibió llevar el de Capitán de milicias urbanas. De allí que a su llegada a Caracas «fuera recibido con frialdad» y no sea aventurado suponer que en la rivalidad de los nobles hacia el hijo de Don Sebastián de Miranda, esté la clave de algunos hechos inexplicables que trajeron como consecuencia la pérdida de la República en 1812. (1)

Y nótese que en aquel proceso, en donde tan exaltadas se exhibieron las preocupaciones nobiliarias de los criollos, no se trataba de excluir a un pardo, sino a un comerciante isleño, por todos conceptos honorable, «que tenía arraigos con casa poblada y abierta» y estaba íntimamente relacionado con los altos empleados españoles.

(1). Esta opinión no es solamente nuestra; el Dr. Ricardo Becerra, en su notable «Ensayo Histórico Documentado de la vida de Don Francisco de Miranda» [págs. 9, 15, 66, 103. Tomo II] trata con extensión este asunto y demuestra cómo en 1812 prevalecían aún los antiguos rencores contra el hijo del Capitán de Milicias. Véase «El General Miranda» por el Marqués de Rojas—París 1884. Carta de Patricio Padrón al General Miranda, pág. 537. «Por lo que pueda importar, le hago presente que en una conversación de aristócratas en los Capuchinos dijeron que todos estaban impuestos de su proceder de U.d., que sólo la necesidad había obligado a darle el mando militar para que los defendiese, pero que concluido esto se pensaría políticamente para quitárselo».

V

Los reparos y distingos no se referían, como se ve, solamente a la «gente de color». La ciudad con sus 18.669 habitantes, según el censo del Obispo Martí, estaba dividida no sólo en esclavos, quinterones, cuarterones, mestizos, sino que la misma clase de blancos se dividía también en grupos denominados, despreciativamente, por el barrio en que estaban domiciliados, o bajo el calificativo general de *blancos de orilla*; (1) todos separados hondamente, y «cuyas constantes disidencias traían incendiada la población con chismes, enredos y calumnias; los jueces ocupados en decidir sobre la calidad de las personas, viéndose así en Caracas como en la mayor parte de las ciudades un número considerable de hombres despolvorando archivos y buscando piezas en que fundar las demandas, a tiempo que otros fomentaban la división

(1). Doc. cit. «.....hay una que otra familia de cuyo origen se duda, o de que vulgarmente se dice que tiene de mulato, pero la misma obscuridad, o el lapso de muchísimos años con respectivos actos posesorios, ha casi borrado de la memoria las especies, o hace impracticable la averiguación de la nota y sus fundamentos; o es de aquellas familias que habitan las extremidades de la ciudad sin influxo y consecuencia en lo público y general».

entre las familias....verdadera polilla de la sociedad, más perjudicial que el hambre y que las pestes» (1).

Cuando la sociedad se conmueva, cuando las trabas sociales y políticas que contenían hasta cierto punto aquellos odios desaparezcan, entonces se verá cómo surgen los instintos despiadados y la guerra estallará entre aquellas clases como entre hordas salvajes.

Ante esos detalles que constituyen la vida íntima de la colonia, desconocidos o desdeñados por casi todos nuestros historiadores, cabe preguntar: ¿quiénes eran en Venezuela, por una ley sociológica perfectamente definida, los verdaderos opresores de las clases populares? ¿Serían acaso los agentes venidos de la Metrópoli, que, según la propia expresión de los nobles, «miraban la provincia como una posada, contentándose con sufrir el mal por el poco tiempo que habían de durar en ella»; o aquellos que apegados al terruño, celosos de su alta posición, dominando todas las corporaciones y ejerciendo todos los empleos por sí o por medio de sus allegados, gobernaban los pueblos y los tiranizaban, siendo ellos exclusiva-

(1). Baralt.—Hist. Ant., pág.302.

mente los llamados a ejercer las funciones de Alcaldes, corregidores, síndicos, justicias mayores, tenientes de justicia, oficiales de milicias, recaudadores de los impuestos, celadores del estanco y del fisco, etc.; y componían la tropa entera de empleados municipales perpetuos y electivos que reclamaba el complicado organismo administrativo de la Colonia?

Al estallar la revolución, la mayor parte de esos agentes subalternos, españoles o criollos, se acogerán al uno o al otro bando; y cuando se organice la República, los que se hayan salvado del gran naufragio, volverán a ejercer sus antiguos empleos. Es más o menos el mismo proceso de nuestras revoluciones civiles posteriores.

De las luchas entre españoles y criollos y de las de éstos entre sí, están llenos los anales de todas las ciudades coloniales de Hispano América. Los ilustres viajeros, Don Jorge Juan y Don Antonio de Ulloa, quienes en misión científica recorrieron una gran parte de la América del Sur, nos han dejado en sus *Noticias Secretas de América* (1) una relación circunstanciada de

(1) Concluida su misión científica, se dedicaron a estudiar la situación política y social de estas colonias y

esa anarquía que nada fue parte a modificar, y cuyas funestas consecuencias debían recoger las nuevas nacionalidades.

«Es tan general este achaque—dicen aquellos autores—que no se libentan de él las primeras cabezas de los pueblos, las dignidades más respetables ni las religiones, pues ataca las personas más cultas, políticas y sabias. Las poblaciones son el teatro público de los dos partidos opuestos; los cabildos, donde desfoga su ponzoña la enemistad más irreconciliable, y las comunidades, donde continuamente se van inflamando los ánimos, pues pasa a ser infierno de sus individuos, apartando de ellos enteramente la tranquilidad y teniéndolos en un continuo desasosiego con las batallas que suscitan las varias especies de discordias que sirven de alimento al fuego del aborrecimiento».

Los mismos autores hacen notar que «las ciudades y poblaciones donde sobresalen más los escándalos de estas parcialidades son las de las serranías; lo cual proviene sin duda del ningún

escribieron su gran obra que permaneció inédita hasta 1826 en que la dió a la estampa en Londres don David Barry, en la imprenta de R. Taylor.

comercio de forasteros que hay en ellas».

De modo que tomando en cuenta la pobreza y aislamiento en que vivieron durante más de dos siglos los precarios establecimientos coloniales de Costa Firme, es de calcularse hasta qué punto subía el odio de nuestros criollos hacia los españoles así como sus preocupaciones aristocráticas. (1)

«Aunque las parcialidades de Europeos y Criollos—continúan los mismos autores—pueden haber originado de muchas causas, se descubren dos que parecen las más esenciales; éstas son la demasiada vanidad y presunción que reina en los criollos, y el miserable y desdichado estado en que llegan regularmente los europeos cuando pasan de España a aquellas partes. . . . Es de presumirse que la vanidad de los criollos y su presunción en punto a cabalidad se encumbra tanto, que cavilan continuamente en la disposición y orden de sus genealogías, de modo que les parece no tener que en-

(1) «Si se exceptúan—dice Depons—a los empleados que el gobierno envía allí y quizás comprendiendo a estos mismos empleados, puede calcularse en sólo cien personas las que anualmente pasan directamente de la metrópoli a la Capitanía General». — *Voyage a la Terre-Ferme* Tomo 19 pág. 185.

vidiar nada en nobleza y antigüedad a las primeras casas de España; y como están de continuo embelesados en este punto, se hace asunto en la primera conversación con los forasteros recién llegados, para instruirlos en la nobleza de las casas de cada uno; pero investigadas imparcialmente, se encuentran a los primeros pasos tales tropiezos que es rara la familia donde falta mezcla de sangre, y otros obstáculos de no menor consideración. Es muy gracioso lo que sucede en estos casos, y es que ellos mismos se hacen pregoneros de sus faltas recíprocamente, porque sin necesidad de indagar sobre el asunto, al paso que cada uno procura dar a entender y hacer informe de su prosapia, pintando la nobleza esclarecida de su familia, para distinguirla de las demás que hay en la misma ciudad y que no se equivoque con aquellas, saca a luz todas las flaquezas de las otras, los borrones y tachas que oscurecen su pureza, de un modo que todo sale a luz; ésto se repite del mismo modo por todas las otras contra aquella, y en breve tiempo quedan todos informados del estado de aquellas familias. Los mismos europeos que toman por mujeres a aque-

llas señoras de la primera gerarquía, no ignorando las intercadencias que padecen sus familias, tienen despique cuando se les sonroja con su anterior pobreza y estado de infelicidad (en que llegan a América), dándoles en rostro con los defectos de la ponderada calidad de que tanto blasonan, y ésto suministra bastante materia entre unos y otros para que nunca se pueda olvidar el sentimiento de los vituperios que recibe del partido contrario». (1)

Si tales cosas sucedían en las opulentas colonias del Perú, que son a las que se refieren los viajeros, donde afluían, atraídos por la riqueza de sus minas, multitud de españoles de toda condición, ¿hasta qué punto, repetimos, no subirían esas disidencias, esa guerra sorda y terrible en las ignoradas ciudades de la pobre Venezuela, donde tanto abundaba además, la gente de color?

(1) De nuestra aristocracia como de la de todas las colonias puede decirse lo que de la de Chile afirman Amunátegui y Vicuña Mackenna en su libro *La Dictadura de O'Higgins* p. 135-36: «En Chile con reducidas excepciones, la que se pretendía nobleza era una nobleza apócrifa que, por dinero, había comprado un título al Gabinete de Madrid, y que, a fuerza de cavilaciones, se había acomodado una genealogía medio decente, que tal vez no tenía más realidad que el hallarse escrita en un libro lujosamente encuadernado y de broches de oro. Otros no tenían títulos sino un simple mayorazgo y mu-

Los datos que tenemos son por demás curiosos a este respecto. [1] El Licenciado Sanz, que pertenecía a la nobleza criolla, y fué uno de los autores de las constituciones del Colegio de Abogados y más tarde de los primeros y más importantes iniciadores de la revolución, nos ha dejado el testimonio de lo que eran para entonces los prejuicios

chos aún ni siquiera eso. El tronco de esas altaneras familias había sido quizá algún pobre polizón venido de España sin más riqueza que su sombrero embreado y un chaquetón de lana, o algún honrado comerciante que había ganado sus blasones detrás del mostrador de una tienda. Sinembargo estos colonos ennoblecidos, olvidándose de la humildad de su origen, ostentaban más arrogancia que un Montmorency y exigían más acatamiento que un descendiente de los cruzados. Recuérdese lo que de nuestros mantuanos escribió José Domingo Díaz, en sus *Recuerdos de la Rebelión de Caracas*, imprecando a Bolívar: «Tú y los de tu clase que formaban la nobleza de Venezuela, y que érais conocidos con el nombre de Mantuanos, gozábais para con el populacho una consideración tan elevada, cual jamás la tuvieron los Grandes de España en la Capital del Reino. Parecía según los actos exteriores de humillación en éste, que érais formados de otra masa, o pertenecientes a otra especie». Respecto al origen de los títulos de nuestra nobleza véanse los artículos que publicamos en «El Nuevo Diario» julio de 1913: *Los Condes y Marqueses de Caracas*. Casi todos esos títulos fueron pagados con cacao, de donde viene el mote de *gran cacao*, aplicado todavía a aquellos que presumen de una superioridad infundada.

(1). Algunos años después de publicado este estudio tuvimos ocasión de confirmar cuanto en él decimos con multitud de datos tomados en los documentos inéditos del Archivo Nacional, pudiendo reconstituir la vida social de la Colonia, con sus luchas de castas, sus exclusivismos e intransigencias como puede verse en nuestros estudios titulados «La ciudad colonial», en la Revista «Cultura Venezolana» Nos. 1 y 3. Caracas - 1919.

aristocráticos entre la clase elevada de Venezuela.

Toda la generación que proclamó la Independencia había sido educada en aquellas prácticas «propias solo para formar hombres falsos e hipócritas», capaces de darle a aquel movimiento en los primeros días todos los caracteres de la política italiana en los tiempos del Cuatrocento y del Siglo XVI; política de astucias, de disimulo, de sorpresas intrigas, de procederes ambiguos, que tenía por únicas miras la absoluta dominación del país, el ejercicio de «la tiranía activa dominante» que dijo más tarde el Libertador.

«Bajo la forma de preceptos se le inculcan al niño — dice el Licenciado Sanz—máximas de orgullo y vanidad que más tarde le inclinan a abusar de las prerrogativas del nacimiento o la fortuna, cuyo objeto y fin ignora. Pocos niños hay en Caracas que no crezcan imbuidos en la necia persuasión de ser más nobles que los otros y que no estén infatuados con la idea de tener un abuelo alférez, un tío alcalde, un hermano fraile o por pariente un clérigo. ¿Y qué oyen en el hogar pater-

no para corregir esta odiosa educación? Que Pedro no era de la sangre azul como Antonio, el cual con razón podía blasonar de muy noble o emparentado, y jactarse de ser caballero; que la familia de Juan tenía tal o cual mancha, y que cuando la familia de Francisco entroncó por medio de un casamiento desigual, con la de Diego, aquesta se vistió de luto. Puerilidades y miserias estas que entorpecen el alma, influyen poderosamente en las costumbres, dividen las familias, hacen difíciles sus alianzas, mantienen entre ellas la desconfianza y rompen los lazos de la caridad, que es a un tiempo el motivo, la ocasión y el fundamento de la sociedad».

Y nótese que esas observaciones de Sanz se referían exclusivamente a las clases elevadas, a los descendientes más o menos puros de los conquistadores, quienes al estallar la guerra llevarán a la política las divisiones nacidas y fomentadas en el hogar, sostendrán ardentemente la lucha entre patriotas y realistas, y cuando la República se constituya definitivamente, continuarán divididos ellos y sus descendientes fomentando las revoluciones intestinas,

predicando los más avanzados principios políticos, agrupándose alrededor de todas las banderas; y ante la necesidad de vivir, acallando los exclusivismos de clase para rendir parias a los caudillos de toda condición, arrancados de las capas inferiores de la sociedad por el huracán de las revoluciones.

Pero no nos adelantemos.

VI

Fijémonos aún en algunos otros detalles que pondrán más de relieve esos gérmenes anárquicos que brotarán vigorosos con la revolución y nos darán la clave de algunos sucesos cuyas causas profundas permanecen todavía en la más completa obscuridad.

No eran los españoles que llegaban a Venezuela de clara prosapia. Los pocos que venían por su cuenta, huían de la miseria que allá en la Península los agobiaba, y en pos de una fortuna que imaginaban fácil; y en cuanto a los empleados no anduvo nunca muy escrupuloso el Gobierno al escogerlos. No hay más que leer muchas de las novelas y dramas españoles de hasta mediados del siglo pasado, para darse cuenta de la verdadera cali-

dad de los aventureros que en España llaman todavía indianos, representados regularmente por personajes que volvían enriquecidos de América, pero sórdidos y brutales en extremo.

Ya habían pasado los tiempos de inmigraciones de hidalgos, segundones de casas nobles, soldados distinguidos en las guerras de Flandes y de Italia, que como Damián del Barrio, García de Paredes, Garci-González de Silva, Fernández de Zerpa, Villegas, etc., realizaron los milagros de la conquista. En la imaginación popular se había desvanecido hacía ya dos siglos la leyenda del Dorado y no eran los productos de la tierra, arrancados por la labor incesante en nuestros climas ardorosos, los que pudieran despertar la codicia española, aun en los tiempos en que ya el sol de los Carlos y Felipes descendía al ocaso.

Solamente a los virreinos de México, el Perú y acaso al de la Nueva Granada, emigraba uno que otro noble arruinado favorecido con la Gobernación de una Provincia u otro empleo lucrativo en las colonias (1). Los que llega-

[1]. Véase *Memorias Secretas*, etc., pág. 58 y siguientes.

ron a Venezuela en los últimos tiempos de la dominación, debían «sus empleos a algún favorito de la ya corrompida corte», y como eran por lo regular de «baxa estirpe» tenían necesariamente que ver con ojeriza la empingorotada nobleza criolla, pronta a cerrarles las puertas y a discutirles su preponderancia oficial. (1)

Los españoles, por su parte, tenían que apoyarse en las clases bajas y favorecerlas con sus influencias. De allí aquellos informes enviados a la Corte en solicitud de prerrogativas para los blancos y los pardos del estado llano que tanto escándalo levantaron en el Cabildo, y los «pleitos promovidos por pardos que pretenden acreditar que son blancos» sentenciados en última instancia a favor de aquéllos por la Corte.

Del año de 1790 hacia adelante los pardos estuvieron favorecidos en Caracas por el Oidor D. Francisco Ignacio Cortines «que teniendo—dicen los nobles—por demás particulares motivos para

(1). En otros estudios mencionamos la oposición que hacían las familias nobles a los matrimonios con españoles. V. Archivo Nacional-Juicios de Disenso.

abominarlos por su atrevimiento, es declarado protector de ellos con tal ardor y eficacia, que comunicó sus ideas a Don Rafael Alcalde, Teniente de Gobernador de esta Provincia, que siguió ciegamente sus pasos y modo de pensar en la materia, y seduce a los otros Ministros de la Audiencia para que así mismo los protejan persuadiéndolos con informes calumniosos que apadrina bajo el pretexto del conocimiento que supone haber adquirido en el dilatado tiempo que sirve aquí, con que consigue por una especie de desprecio de los vecinos limpios y honrados, manifestar en los decretos y sentencias tal adhesión a los Mulatos, que públicamente se hace burla y escarnio de ellos por la injusticia y temeridad de declarar Blancos o en posesión de tales a personas tenidas y reputadas por Pardos, sin embargo de las representaciones de este Ayuntamiento, y de las ciudades de la Provincia; dando ocasión con tal descaro a que se pierda el respeto a la pública autoridad propalándose en las plazas y calles los motivos indecentes de semejante patrocinio, y teniéndose al expresado Cortines por autor de pretensiones tan repugnantes

y de la ruina del orden de las familias....» (1)

Como se ve, los empleados españoles trabajaban indirectamente por la evolución democrática, por la igualación de las castas; a tiempo que los nobles, los que van a proclamar en 1810 los derechos del hombre, clamarán contra el despotismo de España, lucharán hasta las mismas vísperas de la revolución por conservar las hondas desigualdades sociales. Por eso en 1796 y en 1801, «no es ya secreta, sino pública, la lucha entre los vecinos (nobles) y empleados, creyendo éstos todo el mal que se les pinta o se han imaginado y persuadidos aquéllos de que ignorándose sus derechos por unos jueces prevenidos, ningún bien deben esperar» (2). Así se justifica el hecho singular de que en el partido realista o *godo* figurara la gran mayoría de los plebeyos y gentes de color.

En vano hemos solicitado datos sobre el decantado despotismo de los empleados peninsulares en Venezuela. La Re-

[1]. Véase Blanco y Azpurúa.—Op. cit. Tomo I, págs. 294 295, 311 a 319.

(2). Id. id.

volución de Gual y España que produjo algunos patíbulos y muchas prisiones y expulsiones, encontró a la nobleza de Caracas al lado de las autoridades españolas; y a tal punto llegó su decisión a favor de España, que en el informe dirigido por el Capitán General Carbonell al Príncipe de la Paz, se exalta el celo de la nobleza y se piden recompensas al Rey, entre otros para el Marqués del Toro, para Don Francisco Espejo y Don Rafael Diego Mérida, entonces Secretario de Cámara de la Real Audiencia, y quien suscribe las sentencias contra los conspiradores. Más tarde este mismo hombre, acusado de haberse enriquecido con los bienes de las víctimas de la revolución de Gual y España, será Ministro de Bolívar, patriota exaltadísimo y revolucionario turbulento en los días de Colombia (1).

Y fué que en aquella revolución no figuraron sino unos pocos sujetos de mediana distinción social, los demás eran comerciantes, labradores, zapateros, herreros, barberos, soldados, sargentos, cabos de milicia, etc., y fá-

[1]. Memorias de O'Leary.—Cartas del Libertador.—T, XXX p. 56.

cil es descubrir la lenidad con que procedían las autoridades, pues sería ridículo que juzgáramos con el criterio del día, las leyes terribles que entonces penaban a los reos de Estado. Ni Carbonell, ni Guevara Vasconcellos, merecen el calificativo de déspotas y crueles; y en cuanto a Emparan, execrado por las exaltadas declamaciones patrióticas, que tuvieron su razón de ser en aquellos tiempos, sus miramientos para con los nobles conspiradores, antes del 19 de abril y su fácil caída, lo exhiben más bien como un hombre débil, como un gobernante inepto.

De manera que en todo el proceso justificativo de la Revolución no debe verse sino la pugna de los nobles contra las autoridades españolas, la lucha de los propietarios territoriales contra el monopolio comercial, la brega por la dominación absoluta entablada de mucho tiempo atrás por aquella clase social poderosa y absorbente, que con razón se creía dueña exclusiva de esta tierra descubierta, conquistada, colonizada, cultivada por sus antepasados. En todas estas causas se fundaba el poder y la influencia de que gozaba, y no en la pro-

blemática limpieza de sangre, que aquí, como en todas partes, no era más que un prejuicio.

LOS PREJUICIOS DE CASTA

HETEROGENEIDAD Y DEMOCRACIA

«Tengamos presente que nuestro pueblo no es el europeo ni el americano del Norte, que más bien es un compuesto de Africa y América que una emanación de la Europa, pues que hasta la España misma deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter».

EL LIBERTADOR SIMÓN BOLÍVAR.—*Discurso de Angostura.*

I

TAN aventurado es afirmar que la nobleza colonial de Hispano-América, que en Venezuela llevaba el nombre de *mantuanismo*, no tuviera en las venas una gran cantidad de sangre india y negra, como pretender que los españoles mismos, aun los de más elevada alcurnia, no estuvieran mezclados con moros y judíos, incluyendo en la primera denominación no sólo a los árabes asiáticos que implantaron su dominación en casi toda la Península, sino

a los berberiscos y negros puros procedentes de Africa, que fueron los que invadieron en mayor número, pues «sólo le bastaba atravesar el Estrecho de Gibraltar para ir a buscar fortuna en España».

En casi todo Hispano-América ha persistido por largo tiempo el prejuicio de considerar a los españoles como una raza pura, sin tomar en cuenta las diversas mezclas que durante largos siglos se realizaron entre las poblaciones autóctonas o prehistóricas de la Península y los pueblos invasores.

Después de los fenicios, los griegos, los cartagineses y los romanos que dominaron a España y se mezclaron con sus pueblos autóctonos, «los árabes se sirvieron de mujeres cristianas para poblar sus harenes y perpetuar su raza». Cuentan los cronistas, que en las primeras expediciones, treinta mil mujeres españolas fueron destinadas a aquel servicio, y todavía existe hoy en el Alcázar de Sevilla un patio llamado de las Doncellas, cuyo nombre dimana del tributo anual de un centenar de ellas, que los cristianos se veían obligados a pagar a un soberano árabe. Si se considera que estas jóvenes eran de origen

muy distinto y que corría por sus venas sangre ibera, latina, griega y visigoda, se reconocerá fácilmente que la mezcla de cristianos, berberiscos, y árabes, repetida «durante ocho siglos» (1) debía producir una raza completamente meztiza, en la cual están comprendidas todas las clases sociales. «Pues había la circunstancia de que pudiendo los árabes casarse con las cristianas y judías, sin que éstas renegasen, fué muy frecuente el caso de reyes y caudillos árabes que casaron con señoras cristianas». Altamira hace la advertencia de que la oposición de intereses políticos y la lucha constante entre los centros cristianos peninsulares y los invasores, no debe inducir a error en punto de las relaciones ordinarias entre ambos elementos. Fuera de los campos de batalla, tratábanse ambos pueblos de manera cordial e íntima. Explícase que así fuera, por las exigencias naturales del roce y de la vida próxima, y por la manera, muy diferente de la actual, con que se apreciaba entonces la misma oposición de cristianos y musulmanes, y por la comunidad de intereses o la necesidad de mutuo auxilio que a veces

(1) GUSTAVE LE BON.—*La Civilización de los Árabes*. Traducción de Luis Carreras, pág. 135.

los ligaban. No es de extrañarse, pues, que se visitasen frecuentemente, que se ayudasen en las guerras civiles, comerciasen entre sí, y aun se enlazaran por el matrimonio individuos de uno y otro pueblo; y no sólo de clases bajas y menos cultas, sino de las altas y poderosas. Así, Muza, caudillo mulsumán de Aragón, casa a una hija suya con el conde García; Doña Sancha, hija del conde aragonés Asnar Galindo, contrae matrimonio con Mahommad Altawil, rey moro de Huesca, engendrando un hijo, Muza, que fué luégo marido de Doña Dodilde, hija del rey navarro Jimén Garcés; una nieta de Iñigo Arista, llamada Doña Onneca (Iñiga) casó en segundas nupcias con el príncipe cordobés Abdal: siendo ambos abuelos de Abderrahamán III; y por último, el propio Almanzor toma por mujer a Teresa, hija de Bermudo II, y luégo a otra princesa que no se sabe si era hija del conde Sancho de Castilla o del rey de Navarra; siendo lo más extraordinario que, a pesar de no exigir la ley mahometana la conversión de la mujer, se dió el caso de que se convirtiese alguna cristiana sin escrúpulo y con consentimiento de su familia, como se sabe de la referida segunda

esposa de Almanzor. Los cruzamientos debieron ser numerosos en todas las clases sociales, obligando a ellos también la falta de mujeres en los guerreros invasores, diferente en ésto de los germanos, cuyas inmigraciones eran en masa de la población entera. (1)

Pero no fueron árabes asiáticos ni berberiscos los que únicamente se mezclaron con la población española. Desde los comienzos de la dominación romana existían en la Península negros africanos en calidad de esclavos confundidos con gentes de otras razas, caídos en esclavitud como prisioneros de guerra o extranjeros vendidos. (2) Natural es suponer que esos esclavos se cruzaron entre sí, sin reparo alguno, siendo de la misma condición social.

Otro gran aporte de sangre negra pura llevaron los portugueses, cuando, habiéndose establecido en las costas occidentales de Africa, comenzaron a hacer el comercio de hombres. Hacia la mitad del siglo XVI, Damián de Goes valoraba en diez o doce mil el número de

(1) ALTAMIRA.—*Historia de España y de la civilización española*. T. I. págs. 249-250. Primera edición.

(2) ALTAMIRA.—Ob. cit. t. I, págs. 117.

esclavos que se trasportaban anualmente del país de los negros a Lisboa; sin contar los que procedían de Marruecos. De Lisboa pasaban unos a Sevilla para trasportarlos a América, y otros al interior de España donde encontraban una condición menos dura que los primeros. (1)

Que estos negros se mezclaron inmediatamente con los españoles en la propia Península no puede dudarse, conociendo el poco escrúpulo de los meridionales de Europa para mezclarse con razas antropológicamente distintas (2). Aquí

(1) J. M. GOUNON LOUBENS.—*Essais sur l'administration de la Castille au XVI siècle*. París. 1760, pág. 92.

(2) En este sentido los españoles se diferenciaron profundamente de los ingleses, lo cual debía influir en el desarrollo de las colonias fundadas por uno y otro pueblo, así como en la evolución social y política de las naciones que de ellas surgieron. Los colonos ingleses de Norte América no se mezclaron con los indios y mucho menos con los negros. «En 1620, sintiendo los colonos la necesidad de población, encargaron a Inglaterra un cargamento de mujeres, aseguradas como puras y sin tacha, las cuales se vendieron a 75 libras de tabaco por persona. Debo decir, en honor de la justicia, que el cargamento se reputó de tan buena calidad, que los precios del artículo doblaron al siguiente año.» E. LABOULAYE. *Estudio sobre la Constitución de los Estados Unidos*. Traducción de Manuel R. García, pág. 58.

Tocqueville establece la diferencia entre los ingleses y los franceses que colonizaron en la América del Norte. A tiempo que éstos se mezclaron inmediatamente con los indios, el inglés, por el contrario, permaneciendo obstinadamente apegado a las opiniones, usos, y menores hábitos de sus padres, es, en medio de las soledades americanas, lo que era en el seno de las ciudades de Europa; no ha querido, pues establecer ningún contacto con los salvajes que despreciaba, y ha evitado cuidadosamente el mezclar su sangre con la de los bárbaros. *La Democracia en América*. Traducción de E. Chao, pág. 255, en nota.

en América fueron tan poco delicados en este sentido, que Fray Antonio de Zúñiga, hablando del Reino de Quito, le dice al Rey Felipe II en una memoria del 15 de junio de 1579: «El español tiene por querida una mestiza o negra y ésta tiene por esclava a una india». (1)

Las negras fueron en España hasta regalo de reyes; Francisco I, prisionero de Carlos V, «no pudo procurarse en aquel entonces más que una negra, obtenida a duras penas por su hermana Margarita, quien pidió noticias de ella después de su vuelta a la Francia: «el Rey,—le escriben a la princesa,—tiene siempre buen apetito; vuestra negra está con él una hora toda las mañanas.» (2)

II

Cuando la Inquisición, ejerciendo una influencia poderosa sobre las costumbres del pueblo español, despertó aquella fuerte repulsión religiosa contra los incrédulos, todas las pequeñas sociedades que podían darse leyes particulares, exigie-

(1) *Documentos inéditos de Indias*, tomo XXVI.

(2) FOKNERON. *Historia de Felipe II*, pág. 53. CHAM POLLION. *Cautividad de Francisco I*.

ron, de aquellos que deseaban entrar en ellas, pruebas más o menos rigurosas de su pureza de raza, y rechazaban todos los pretendientes que no podían suministrarlas. Este fué el origen de los estatutos de limpieza de sangre, que en Venezuela estuvieron tan en boga hasta la víspera de la revolución, y aún en la época en que Caracas volvió a caer bajo la dominación española (1814 a 1821). Las corporaciones científicas, las órdenes militares, algunas comunidades religiosas, la iglesia de Toledo y algunas otras a ejemplo suyo; las cofradías, las municipalidades, y una multitud de otras corporaciones, decretaron estatutos semejantes en virtud de los cuales se pronunciaba una exclusión absoluta contra toda persona que tuviera la desgracia de que se le comprobara descender de un judío, de un mahometano, de un hereje, o de un condenado por el Santo Oficio, cualesquiera que fuesen su mérito, su nobleza, o la pureza de su fé. (1) No podían las familias ser me-

(1) «Hasta los picapedreros decretaron sus estatutos, lo cual hizo reír al autor de los *Claros Varones de Castilla*; pero le causó indignación la ordenanza de las autoridades de Guipúzcoa, que declaraba sospechosos de alianza con los infieles a todos los habitantes del Mediodía, prohibiendo por consecuencia contraer matrimonio con ellos y aún fijarse en estas provincias.»

nos escrupulosas que las corporaciones; ellas debían serlo tanto más, cuanto cualquier mal matrimonio era suficiente para privar por siempre a todos sus descendientes de los honores y beneficios colocados bajo el imperio de los estatutos; rebajándolos a una clase tachada de infamia, como sucedía aquí con los mulatos. Los matrimonios no llegaban a efectuarse sino después de las más laboriosas investigaciones, para las cuales no se vacilaba en emprender viajes lejanos y costosos; y a la menor duda, a la más ligera sospecha de mezcla con las razas infieles o con los condenados de la inquisición, se renunciaba a los ventajosos proyectos de matrimonio. (1)

Pero no hay que tomar las cosas de manera tan absoluta. La humanidad no se encierra jamás en estos moldes inflexibles y estrechos. Muchas familias cristianas viejas, como se decía en el lenguaje de la época, cuyo patrimonio se

(1) En Venezuela, donde no existían moros, ni judíos, ni recién convertidos, los escrúpulos se redujeron a no tener mezclas de negros ni de mulatos, pues la descendencia de indígenas no se consideraba como mácula. En el Archivo Nacional existe una gran cantidad de expedientes de *Disensos* [impedimentos para contraer matrimonios], pues, según la pragmática de Carlos III, no sólo los padres y abuelos sino que, a falta de éstos, cualquier pariente podía oponerse a un matrimonio que se considerase perjudicial al honor de la familia.

había disipado en el fausto o por un manejo desordenado, se valían de tretas e influencias para unirse con moriscos y judíos convertidos y restablecer así su fortuna y conservar su rango; pues los judíos enriquecidos por la usura, y los moros laboriosos y económicos, habían conservado, en convirtiéndose, sus cualidades y su fortuna. Precisamente era para conservarlas, por lo que habían abjurado de su fé. Los cristianos viejos, no hacían, por otra parte, sino seguir el ejemplo del Príncipe, quien aceptaba y recompensaba los servicios de todos, sin distinción de origen; y el ejemplo de la misma iglesia, que confería sus beneficios y sus dignidades sin exigir otra condición que la de profesar abiertamente su credo. (1)

Durante el reinado de Carlos V los estatutos de limpieza de sangre fueron aplicados con cierta moderación; pero bajo el rigorismo de Felipe II se llegó a tal extremo, que el mismo Rey, aunque

(1) GOUNON-LOUBENS, ob. cit. FERNÁN PÉREZ DE GUZMÁN. *Generaciones y Semblanzas*, c. 26. «Vida de don Pablo, grande sabio y notable hombre.» Este judío, después de su conversión, fué nombrado obispo de Cartagena y Burgos, y más tarde Gran Canciller de Castilla, bajo Enrique III, quien lo colocó, además, en el número de sus albaceas testamentarios.

por una inclinación natural de su carácter, aprobaba la aplicación estricta de los estatutos en tanto que estuviesen vigentes, reconoció los grandes trastornos de todo género que ellos producían y, admitiendo la oportunidad de una reforma, nombró una junta especial que propuso reducir el campo de información a un espacio de cien años, para las órdenes militares, las iglesias y los colegios. (1) Pero bajo el reinado de Felipe II una reforma hubiera resultado un contrasentido y las cosas quedaron en el mismo estado.

En el reinado siguiente se discutió de nuevo la necesidad de limitar por una ley las exclusiones pronunciadas por los estatutos, y con este motivo se produjeron multitud de escritos de un gran interés histórico y social, entre los cuales se señala la obra de Fray Agustín Salucio, teólogo de la Orden de Santo Domingo. (2) El fraile resume en el libro, con tanta fuerza como moderación, los argumentos contrarios a los esta-

(1) Es decir, que bastaba comprobar que en cien años atrás el interesado no había tenido entre sus ascendientes ningún individuo reprobado por los estatutos.

(2) Discursos acerca de los estatutos de limpieza de sangre. *Semanario Erudito*, t. XV.

tutos. Con la ayuda de un cálculo sumamente sencillo demostraba que cada uno de los españoles, aun el de más ilustre prosapia, podía ser convencido sin pizca de duda, de descender de un moro o de un judío, y tener su origen en lo que había de más vil en el mundo; afirmación ésta que deben tener muy en cuenta los genealogistas, que no temen en sus investigaciones, tropezarse de repente con el negro o el indio ancestral.

Considerando los ascendientes de cualquiera de sus contemporáneos hacía ver que el número de aquellos en cada generación se acrecía, en el orden retrógrado, según una progresión geométrica cuya razón es 2, de modo que cualquiera de ellos descendía de 1.048.576 personas que habían vivido en el espacio de seis siglos atrás. Y sería insensato pretender que entre esa muchedumbre no se encontrarán algunos individuos tachados por los estatutos. Abrazando solamente el período de cien años, cada individuo contaba con 250 ascendientes, número suficiente para arrojar una absoluta obscuridad sobre el origen de las más nobles familias. Por consecuencia, concluía el dominico, es odioso y ridículo entregarse a estas inquisiciones que necesariamente tienen

que extraviarse en la más impura promiscuidad de la especie. (1)

Pero en España, el mayor número de individuos de raza indoeuropea casi absorbió por completo los elementos asiáticos y africanos, sobre todo en las regiones frías, donde el clima ayudaba a la pronta eliminación de estos últimos. (2)

En todo el Mediodía no sólo de España, sino de toda Europa, donde el número de elementos africanos fué mayor y dominó por más largo tiempo, prevalecen aún, aunque muy atenuados, sus caracteres

(1) GOUNON-LOUBENS. Ob. cit., cap. III. *Division des personnes*. El sabio biólogo francés FELIX LE DANTEC; en la introducción a su admirable obra *Les Influences Ancestrales* p. 15 hace el mismo cálculo del Padre Salucio. «La prole de un hombre o de un animal superior no es simple, un hombre proviene de dos padres quienes, cada uno por su cuenta, tenían igualmente dos padres, y así sucesivamente; nuestra ascendencia es por lo tanto infinitamente dicotómica; calculando cuatro generaciones por siglo, resulta para cada uno de nosotros, ascendiendo ocho siglos, muchos centenares de millones de antepasados *directos*, cuya estudio, así como el de las generaciones intermedias, sería indispensable para establecer todas las influencias ancestrales posibles.

(2) Este proceso de homogenización se ha verificado también en la República Argentina, en el curso de esta primera centuria de su independencia, por la enorme inmigración europea. «Aquí no ha existido—dice el doctor Ayarragaray—como en Norte América, la prevención contra el negro y contra el indio; a unos y otros, felizmente nos los hemos tragado y están ya casi digeridos y asimilados, a punto tal, que es difícil ahora entrever en muchas gentes refinadas y principalísimas al negro o al indio ancestral». *Socialismo Argentino y Legislación Obrera*, pág. 22.

somáticos y parece también que sus caracteres morales. (1)

En España como en Francia, el prejuicio religioso prevaleció sobre el prejuicio de raza; fenómeno exactamente igual al observado en los musulmanes, a quienes no choca la heterogeneidad de razas, pero no pueden soportar la heterogeneidad de religiones: sus ejércitos se componen de árabes, kurdos, berbericos, circasianos; pero no podrían soportar de cerca a un cristiano. (2)

Acá, en Venezuela, por el contrario, la gran cantidad de elementos heterogéneos hizo que se fundaran las distinciones sociales en el color de la piel. Como en la India, «diferencia de castas significó originariamente diferencia de

(1) Lombroso ha dicho que en el Sur de Italia es donde ocurren mayor número de homicidios. Si en Lombardía ocurren 22, en Calabria 286. Y añade: «Italia debe a los elementos africanos y orientales [salvo los griegos] el origen de sus homicidios, tan frecuentes en las Calabrias, Sicilia y Cerdeña, mientras su frecuencia menor [en Lombardía] es debida al predominio de las razas germánicas». *El Delito, sus causas y remedios*, págs 42 y 43. Depons observó que en nuestra época colonial el mayor número de homicidios eran cometidos por andaluces y por zambos. No tenemos a la mano ningún dato respecto de España, pero podemos asegurar que en las provincias del Sur la criminalidad es mayor que en las del Norte. *Voyage a la Partie Orientale de la Terre Ferme*, t. 3º

(2) BOUGLE. *Les idées égalitaires*.

color (varna)» (1) y la gerarquización de clases fué «la consagración social de la escala etnográfica». (2)

Colocado el español y su descendiente más o menos puro, *el blanco*, en el vértice de la sociedad colonial, gozando de todos los derechos y prerrogativas, era natural el empeño que tenían las otras clases de comprobar la *limpieza de sangre* para alcanzar los mismos privilegios políticos y sociales que la corona otorgó desde los primeros tiempos a los descendientes de los conquistadores y pobladores, quienes, al organizarse el régimen colonial, quedaron constituyendo la clase elevada, el *mantuanismo*.

Pero estas investigaciones de *limpieza de sangre* tenían que ser aquí tan arbitrarias como en la misma España; y como no fué muy grande la cantidad de mujeres que los conquistadores y pobladores trajeron de la Península, un cálculo tan sencillo como el de Fray Agustín Salucio, era suficiente para declarar de mala raza a los que más se preciaban

(1) SENART. *Les castes dans l'Inde. Revue Des Deux Mondes*. 1894, I, pág. 110.

(2) RISLEY. Resumen de Senart, A cit.

de pureza. Y sucedía que mientras más antigua fuera la familia, más probabilidades había de encontrar entre sus ascendientes algún elemento puro del Africa. (1)

III

Ya se ha visto cómo el color de la piel, los caracteres somáticos, mejor dicho, después de realizada la evolución étnica en el sentido del blanco, no podían constituir una prueba, tanto menos cuanto que cualquier *quinterón* podía ser del mismo color y aún más blanco que un andaluz recién llegado.

Booker Washington, el eminente negro norteamericano, se regocija escribiendo sobre las dificultades en que se encuentran frecuentemente los Jefes de trenes en los Estados Unidos, en aquella democracia suigénis, en donde los prejuicios de raza prevalecen por sobre las

(1) El término de *blancos*, más bien que indicativo de razas puramente de este color, era una calificación legal que abarcaba, así a los individuos de casta europea, como a los *mestizos*, ésto es, a las personas que tenían sangre indígena mezclada con la blanca». «La mayor parte de los individuos que figuraban como blancos en los últimos censos de la época colonial, eran en realidad mestizos». Doctor Pedro Manuel Arcaya en su interesante estudio titulado: *Factores iniciales de la evolución política venezolana*, en el libro: *Estudios sobre personajes y hechos de la Historia venezolana*. Págs. 253 y siguiente.

más rudimentarias nociones de humanidad. «Tal viajero, ¿es negro o no lo es?—se preguntan, perplejos, los empleados.—En el primer caso es necesario hacerlo entrar en los vagones destinados a la gente de color. Pero.... *si no fuese negro*, y se le asigna un lugar considerado humillante para los blancos ¡qué responsabilidad! Los Tribunales americanos—agrega Jean Finot, de quien tomamos esta cita—, han tenido que juzgar muchas veces casos en que meridionales de Europa, «tomadas equivocadamente por mujeres de color e introducidas a la fuerza en los vagones destinados a los negros, han pedido y obtenido fuertes indemnizaciones. (1)

Refiriéndose a las inquisiciones de *limpieza de sangre*, dice con toda propiedad el doctor Gil Fortoul, que «el color más o menos claro u oscuro de la piel, apenas podía servir de criterio a las indagaciones de origen, porque muchos peninsulares, mezclados de sangre árabiga, eran más prietos que los mismos mestizos». (2)

Recordamos a este propósito, que cuan-

(1) JEAN FINOT. *El prejuicio de razas*. pág. 452.

(2) *Historia Constitucional de Venezuela*, tomo I, pág. 58.

do por los años de 1834 se fundó en Caracas la Sociedad de Amigos del País, algunos individuos, pertenecientes al antiguo *mantuanismo* que conservaban aún en toda su fuerza los prejuicios coloniales, no obstante el movimiento igualitario que se realizó bajo las banderas de la Independencia, publicaron una hoja suelta en que proponían se excluyese a los *pardos* de aquella corporación. «En Venezuela, decían, no se conseguirá que despierte nunca el espíritu de *asociación* si continuamos pretendiendo que ésta se componga de las diversas clases que desgraciadamente matizan nuestra República, así como estaríamos perfectamente de acuerdo si, girando cada una en su órbita natural, contribuyesen todas al laudable fin que nos proponemos». Y agregaban en una nota: «No pretendemos agraviar a los dignos señores que por su buena reputación han sido admitidos como socios, a pesar de no pertenecer a la clase de los demás. Al fin son pudientes [*sic*] y ésto siempre es algo; sin embargo nos es forzoso emitir francamente nuestras ideas en asuntos de tanto interés». (1) Pocos días después el pe-

(1) Hojas sueltas firmadas *Unos amigos del orden*. Caracas. Imprenta de A. Damirón. 1834. Los firmantes se

riódico titulado *El Nacional*, redactado por el notable escritor Domingo Briceño y Briceño, sostuvo las mismas ideas, a lo cual contestaron los agraviados en otra hoja suelta firmada *Unos hombres*: «Circula hoy entre nosotros, con escándalo de los verdaderos republicanos *El Nacional*, número 26, encuyo penúltimo párrafo se pretende conservar las antiguas clasificaciones, denominando *Pardos* a una mayoría de venezolanos que por primera vez, desde el 19 de Abril de 1810, se les hace entender por la prensa que han sido infructuosos sus sacrificios hechos en aras de la patria. Su sangre derramada en los combates por la Independencia: millares de víctimas sacrificadas en los altares de la *Igualdad*: sus derechos políticos afianzados por la constitución, todo esto no vale nada, porque así lo quieren el señor D. B. y B., redactor de *El Nacional* y algunos otros *patriotas de nuevo cuño*. ¿Quiénes son esos pardos que la filosofía desconoce, que Venezuela refundió en la gran masa de sus hijos a su regeneración política, y que, en fin, no pueden existir sino en la fantasma-

declaran partidarios de la candidatura del doctor Vargas para la Presidencia de la República; dato que consideramos de la mayor importancia para cuando estudiemos la evolución de nuestros partidos históricos.

goría nobiliaria o en la pobre imaginación de algún aspirante visionario? Si son pardos los hombres de cierto color trigüeño o moraduzco, ciertamente que a su vanguardia deberíamos poner a nuestro B. y B». (1)

IV

En Venezuela se conservaron con mayor fuerza los prejuicios de raza, precisamente por la gran cantidad de gente de color que resultó de la unión de los españoles con los negros. A fines del siglo XVIII se calculaba en 406.000 el número de «razas mixtas o gentes de color libres» y el inmenso número de esclavos, sobre todo en la antigua provincia de Venezuela, era una fuente inagotable de mulatos que alarmaba *a los blancos*.

En 1817, ya en plena evolución igualitaria, el Síndico Procurador General del Ayuntamiento de la ciudad de Coro, don Mariano de Arcaya y Chirinos, se manifiesta alarmado «por los

(1) Hoja suelta titulada *Escándalo*. Imprenta. de A. Damián. Caracas, 1834. Briceño y Briceño pertenecía a una de las familias más distinguidas y antiguas de Venezuela. *Estos patriotas de nuevo cuño* eran los antiguos realistas y sus descendientes; es decir, los *godos*.

cuidados y sobresaltos que inquietan a las familias nobles y blancas de esta ciudad y su distrito, por la facilidad con que se ve en estos días celebrarse los matrimonios entre personas notoriamente desiguales» y cree «que dejaría de cumplir su oficio si no presentase el hecho como un mal público que ha caído sobre estos habitantes y les amenaza con la confusión de clases, invirtiendo el orden de las gerarquías civiles, base fundamental de nuestro sistema político.... Este pueblo, señores, clama altamente por la contención de tales abusos, que lloran unos y temen todos. Las familias de notoria nobleza y conocida limpieza de sangre, viven azoradas aguardando el momento de ver uno de sus individuos imprevisivamente casado con un coyote o con un zambo.... al paso que se camina en Coro, en breve desaparecerán las casas de una antigua nobleza, tanto aquí como en los lugares de su origen, y esta calidad que ha costado a sus ascendientes el adquirirla a punta de lanza, y a sus descendientes muchas fatigas y trabajos el conservarla, se borrará para siempre....» Este curioso documento, como muchos otros de su misma especie, se halla en el Ar-

chivo Nacional. Advirtamos de paso que el muy ilustrado doctor P. M. Arcaya, niega la existencia de aquellas aristocracias municipales, de aquellas oligarquías opresoras y tiránicas en las ciudades de Venezuela, que constituían, no ya una clase sino una CASTA, con todos los caracteres típicos de esta institución. (1) La de Coro, no sólo fue de las más intransigentes que tuvo la Colonia, sino la más consecuente con sus principios, porque combatió hasta última hora la revolución de la independencia. Ya lo veremos. (2)

Tocqueville observó que la preocupación de raza era más grande en aquellos de los Estados Unidos que habían abolido la esclavitud, que en aquellos donde la conservaban: y en ninguna parte se manifestaba tan intolerable como en los Estados donde la servidumbre era desconocida. En donde se había abolido,

(1) «Horreur des mèsalliances, crainte des contacts impurs, répulsion à l'égard de tous ceux dont on n'est pas parent, tels nous paraissent être les signes caractéristiques de l'esprit de caste..... Répulsion, hiérarchie, spécialisation héréditaire, l'esprit de caste réunit ces trois tendances» C. Bougle.—*Essais sur le Régime des Castes*. p. 4.

(2) El estudio del señor doctor Arcaya, titulado: «Apuntaciones sobre las clases sociales de la Colonia», y en el cual refuta uno de los nuestros reproducido en este volumen, puede leerse en su libro antes citado págs. 127 y sigtes.

la ley concedía al negro derechos electorales y le abría el banco de los jurados; pero de todas partes sin embargo era rechazado por los blancos. Las preocupaciones aumentaban a proporción que los negros dejaban de ser esclavos, y la desigualdad se acentuaba en las costumbres a medida que se borraba en las leyes. (1)

Era precisamente contra aquellos cuya semejanza con los blancos gritaba la injusticia de los prejuicios de raza (2) contra los que se exasperaba más la intransigencia de los *mantuanos* porque ya las distinciones de color no era posible alegarlas como fundamento de desigualdades sociales. El proceso de la naturaleza, que venía realizándose fatalmente desde los primeros tiempos de la colonia, abriendo el camino de la ascensión social a los descendientes de africanos que iban mejorando sus caracteres somáticos por los enlaces sucesivos con los blancos hasta confundirse con éstos, tenía que continuar imperturbable a despecho de las trabas sociales.

Los que todavía, imbuidos en los viejos

(1) *La Democracia en América*, págs. 264 y 265.

(2) V. JEAN FINOT. Ob. cit., pág. 252.

prejuicios y poco al tanto de las conclusiones de la ciencia, sientan desagrado al leer estas líneas, deben consolarse por el convencimiento de que nunca, al menos en la época histórica, han existido razas puras en el mundo. El conde de Gobineau, el precursor de una ciencia en derrota que se llama la antroposociología, se lamentaba de la creciente promiscuidad europea, la «química de las razas», que, según él, produciría la completa decadencia de los pueblos civilizados; y les gritaba a las naciones europeas: «Mestizos, cien veces mestizos». (1)

La asimilación de los grupos sociales a las especies étnicas, «ha podido servir a ciertos intereses o a ciertas pasiones políticas; pero la ciencia, propiamente dicha, parece renunciar a ello decididamente». (2) Entre raza y nación no existe hoy ninguna relación. «Las razas son concepciones, ha dicho Topinard». (3) Sólo los pueblos son realidades. La impureza étnica de las naciones

(1) *Essai sur l'inégalité des races humaines* 2e. edit. I, p. 219.

(2) SEIGNOBO. *Introduction aux Etudes Historiques*, p. 208 en nota.

(3) *L'Homme dans la Nature*, págs. 37-39.

aumenta al mismo tiempo que su civilización misma. (1) Por todas partes y en todos los tiempos se han visto, como entre nosotros, razas diferentes en oposición. ¿Qué es la historia, según muchos sociólogos, sino una «lucha de razas»? Pero en todos los pueblos, aún en aquellos que, como la India, ha sido el país clásico del *régimen de las castas*, las más fuertes oposiciones ceden a la larga. El amor es más poderoso que todos los prejuicios. En las historias sangrientas, como en las comedias, todo termina en matrimonio. (2)

La preponderancia que en Venezuela tuvo la nobleza criolla, repetimos, se apoyaba sobre fundamentos más sólidos que su problemática limpieza de sangre. Fundamentos históricos, sociales y económicos, que dieron a aquella casta dominante el derecho de sacudir el yugo que la mantenía en un grado humillante de inferioridad política dentro de su propia patria. He allí el argumento primordial de la independencia, o de la emancipación, que es el término más preciso.

Pero basta pensar en todas las circunstancias apuntadas, para comprender las

(1) BOUGLÉ. ob. cit., pág. 152.

(2) BOUGLÉ. *Essais sur le régime des castes*, pág. 123.

profundas repercusiones que necesariamente debía tener la revolución en aquella sociedad «afectada por una anarquía latente» y cuya historia íntima no es otra cosa que la lucha constante, el choque diario, la pugna secular de las castas; la repulsión por una parte y el odio profundo e implacable por la otra, que estalló con toda su violencia cuando el movimiento revolucionario vino a romper el equilibrio, a destruir el inmovilismo y el misoneísmo que mantenía la gerarquización social. «El reposo—dice Humboldt, hablando de nuestra sociedad colonial, (1) ha sido el resultado del hábito de la preponderancia de algunas familias poderosas y sobre todo del equilibrio que se halla establecido entre fuerzas enemigas». «El inmovilismo o misoneísmo, es la única ley de conservación en las sociedades compuestas de elementos heterogéneos y afectadas por hostilidades latentes o declaradas; y en las cuales toda sacudida de donde quiera que parta constituye un peligro; y aún las medidas más útiles deben ser evitadas, si de ellas resulta una sacudida cualquiera». (2) Hay que tomar en

(1) *Viaje a las Regiones Equinoxiales*, t. IV, p. 170.

(2) Palantes. *Précis de Sociologie*, p. 88.

cuenta además, que «la idea de la igualdad teórica ha sido sugerida al hombre por una necesidad práctica. . . . Contrariada por móviles políticos y económicos, retardada por acontecimientos tales como la guerra, la esclavitud o la usurpación del suelo, la tendencia igualitaria, la democracia, para darle su verdadero nombre, se aprovecha de todo lo que trastorne el orden en una sociedad de castas y de clases. Desde el instante mismo en que un acontecimiento cualquiera viene a quebrantar el equilibrio de un grupo social, a disolverlo en polvo individual, la igualdad se extiende violentamente, como se extiende el agua en un depósito de compartimientos cuando éstos se rompen». (1) El carácter feroz que asumió la revolución en Venezuela así como nuestra rápida evolución igualitaria, hechos de que no hay ejemplo en ninguno de los otros pueblos de Hispano-América, se halla explicado en parte, por la heterogeneidad misma de la sociedad colonial.

(1) Paul Lacombe. *De l'Histoire considérée comme science* p. 95.

LA INSURRECCION POPULAR

Es en nombre de la *Enciclopedia*, en nombre de la filosofía racionalista, en nombre del optimismo humanitario de Condorcet y de Rousseau como los revolucionarios de 1810 y los constituyentes de 1811 surgidos en su totalidad de las altas clases sociales, decretan la igualdad política y civil de todos los hombres libres.

En este sentido, nuestra revolución fué también un «error de psicología». Considerando el hombre natural como un sér esencialmente razonable y bueno: depravado accidentalmente por una organización social defectuosa, creyeron, como los precursores y los teóricos de la Revolución Francesa, que bastaba una simple declaración de derechos para que aquellos mismos a quienes «el bárbaro sistema colonial tenía condenados al abyecto estado de semi-hombres o semi-bestias» se transformaran con increíble rapidez en «un pueblo noble y virtuoso

consciente de su misión y árbitro de sus derechos». (1)

I

Pero cuando el virtuosísimo pueblo se insubordine; cuando destituída la autoridad y rotas las disciplinas que las contenían, las pasiones brutales se desborden, la sociedad se desmigaje, y los capataces, los contrabandistas, los pulperos aparezcan a la cabeza de las montoneras sublevadas; cuando provincias enteras empujadas por sus próceres se levanten para vengar viejas rencillas; cuando en el fondo de cada ciudad, de cada aldea, de cada vecindario estallen los odios y las rivalidades hereditarias; cuando los esclavos se alcen contra los amos, los peones contra los propietarios, las plebeyos contra los nobles, los contrabandistas contra los agentes del fisco y el país entero se convierta en un «vasto y horroroso campo de carnicería». Y se vean surgir del fondo de nuestras lla-

[1] Documentos de Blanco y Azpurúa.—Tomos II y III. Véase todo lo relativo a la Junta Suprema y al Congreso.—Es notable entre otros el discurso del doctor Francisco Espejo, Presidente de la Alta Corte de Justicia en el acto de prestar el juramento ante el Congreso.—Tomo III. pág. 199.

nuras hordas bárbaras sin sujeción a ninguna autoridad, ni a ninguna ley humana, entonces ay! entonces, el despertar será espantoso! A los sonrosados sueños de regeneración social, a la concepción ideal del hombre abstracto, a la utópica fe en la influencia poderosa de los principios y de las declamaciones constitucionalistas, sucederá la realidad de los hechos, surgirá poderoso el instinto de conservación y una ola de sangre y de exterminio ahogará las hermosas ilusiones de aquellos nobles y generosos patricios que, imbuídos en las teorías políticas de la época, habían llegado a olvidar hasta sus propias convicciones y a desconocer los caracteres innatos de aquellos «hombres de infame y torpe linaje, faltos de educación, fáciles de moverse a los más horrendos excesos, y de cuya fiera propia de sus mismos principios y de su trato, sólo podían esperarse movimientos subversivos del orden establecido por las sabias leyes» que entonces regían la sociedad; olvidaron en un momento de ambición y de idealismo político el retrato que de *los plebeyos* habían trazado para presentarlo al Monarca, cuando preveían, cinco años antes, que bastaría concederles algunas

prerrogativas para que se abriesen «paso con la violencia a todas sus pretensiones, y que para contenerlos se harían necesarios los castigos, lástimas y desastres». (1)

No pensaron, no vieron que al alterar el orden, al romper el misoneísmo colonial, al elevar a todos los hombres libres a la dignidad de ciudadanos, destruían la gerarquización social, fundamento de su preponderancia; y ante aquella desencadenada tempestad, unos lanzando un grito de arrepentimiento volvieron a reconocer la autoridad del

(1) Representación de los nobles de Caracas al Rey de España en 1795. Blanco y Azpurúa, op. cit. 1 pág. 267 y siguientes. Es muy típica entre otras la protesta de Don Juan Rodríguez del Toro, que había sido nada menos que Presidente del Congreso Constituyente de 1811, y en la cual no sólo jura su fidelidad al Rey, en su nombre y en el de sus hermanos el Marqués y Don Fernando, sino que condena la Independencia y el espíritu democrático de la Revolución «constituido como se hallaba él, por razones físicas y morales, para una sociedad de mejor rango». No obstante todas aquellas enfáticas declaraciones de derechos de los primeros días, uno de los miembros de la *Sociedad Patriótica*, que era «una especie de club revolucionario», previendo que «la mala inteligencia de las palabras Libertad, Igualdad, puede introducir en nosotros la desunión y ésta la discordia, la emulación, las pretensiones ambiciosas de unos sobre otros, origen de las guerras intestinas...» les dice a los ciudadanos que acababa de crear la revolución: «Convengamos en que los hombres han salido de la Naturaleza, obra del Supremo Hacedor, de distintos colores, cuya distinción no puede reformar la constitución civil, que ningún poder tiene sobre aquellos accidentes; pero igualará a todos en sus derechos, y abrirá a los pardos honrados el camino para que el progreso de ciertas generaciones, que no pasarán de aquellas indispensables a mejorar la educación que hasta ahora

Monarca, (1) otros huyeron a refugiarse en tierras extrañas esperando el resultado final de la lucha, y los más valientes, los más convencidos, los más poseídos por el ideal de una Patria libre e independiente, dieron la cara a las montoneras delincuentes.

La más espantosa anarquía se desencadena entonces con todos los caracteres de las grandes catástrofes de la naturaleza, y como la consecuencia necesaria y fatal del desequilibrio producido por la revolución en aquella sociedad «afectada por una lucha latente que era el efecto de su composición heterogénea» a la vez que de la constitución geográfica del país que la condenaba a los peligros que trae la

han tenido, y temperar su superficie (sic) se trasladen al círculo de ciudadanos blancos, sin que entre tanto estén privados de otra cosa, que del color distinto que les dió la naturaleza y que no puede alterar sino ella misma auxiliada de las generaciones». Y recordando que Emparan al ser destituido había previsto la guerra civil que estallaría de pardos contra blancos, agrega: «...Y veremos cumplido el fatal pronóstico que con una mirada de indignación hicieron los déspotas al soltar la presa, y de que hay muchos testigos en esta sociedad respetable, la guerra intestina devorará este país y Caracas tendrá que arrepentirse de su proceder». El ciudadano Licdo. Pablo Garrido a la Sociedad Patriótica de Venezuela—día 22 de Febrero, el año primero de su Libertad. Documento publicado por el General P. Arismendi Brito en «El Tiempo» de Caracas el 30 de abril de 1910.

[1] Baralt.—Resumen de la Historia de Venezuela I. pág. 110.

vencindad de los pueblos nómades, dispuestos siempre a cometer sobre las poblaciones urbanas y sedentarias las más horribles depredaciones, empujadas por sus instintos característicos. Venezuela presentó en aquellos años el mismo espectáculo que el mundo romano a la invasión de los bárbaros.

Los bandidos no pueden someterse sino a la fuerza bruta; y del seno de aquella inmensa anarquía surgirá por primera vez la clase de los dominadores: los caudillos, los caciques, los jefes de partido.

II

Fué entonces cuando apareció a la cabeza de diez o doce mil llaneros el hombre que debía llenar con su figura cruel y heroica las más sangrientas páginas de la guerra magna.

«Todavía está por resolverse—dice el historiador O'Leary, al hablar del terremoto del año 12 y de la guerra a muerte —cuál de esas dos calamidades, si la del azote de Boves o la de los temblores produjo mayores males, o cuál es más horrible al recordarse». A estos

conceptos contesta la ciencia moderna, el determinismo sociológico: ambos fueron simplemente acontecimientos naturales resultantes de la cooperación de fuerzas ciegas.... «La única diferencia entre uno y otro consiste, en que en el acontecimiento político creemos ver los vehículos del hecho, mientras que en los del terremoto no los descubrimos. Por eso al primero lo apellidan crimen aquellos que lo sufren; en el segundo ven las gentes sencillas un azote del cielo». (1)

José Tomás Rodríguez Boves no puede ser considerado como español, en el sentido de extranjero, con que ha querido presentarsele. Todos los historiadores están acordes en decir que llegó a Venezuela muy joven, y que ya para los días en que su figura se destacó en el cuadro pavoroso de *la guerra a muerte*, era un hombre maduro. «Por corto tiempo, afirma O'Leary, se ocupó en el servicio doméstico; luego pasó a ejercer el contrabando, en cuya vil carrera propia de su carácter de aventurero, adquirió una subsistencia precaria y se acostumbró a los peligros que lo

[1], Gumplowicz —Sociología.

prepararon para la vida azarosa que debía llevar después». El general Briceño Méndez dice que era muy conocido en los llanos; y otros, que llamándose Rodríguez derivó el sobrenombre de Boves por corrupción del apellido Jove que llevaba una antigua y acomodada familia de Puerto Cabello, en cuya casa había pasado sus primeros años en calidad de sirviente. (1)

Escritores modernos han pretendido hacerlo venezolano, mulato o zambo, imbuídos quizá en la falsa creencia de que sólo participando por razones étnicas de los caracteres psicológicos de nuestros pueblos, hubiera podido ser, como fué en realidad, el primero de nuestros caudillos populares.

Tomás Rodríguez Boves, según los datos que recogimos en España, nació en Oviedo, Provincia de Asturias el año de 1783. (2) Su apellido Bobes, y no Boves que es una mala redacción, es muy corriente en aquellas regiones y se aplica al natural de la Bobia, término orográfico muy común en Asturias. Bobes

[1] Gil Fortoul.—Historia Constitucional de Venezuela—I Baralt.—Op. cit.—II.—Restrepo—Op. cit. II.

[2] El mismo año que el Libertador.

se llama también una parroquia en el Concejo de Siero, de modo que siendo un apellido de procedencia geográfica se le lleva siempre precedido de otro patronímico como Rodríguez-Bobes, Fernández-Bobes, Alvarez-Bobes, García-Bobes, etc., nombres éstos que llevan muchas familias en Asturias. (1)

En la lista de los sesenta primeros alumnos que inauguraron el día siete de enero de 1794 el Real Instituto Asturiano, donde se dió la enseñanza oficial de la carrera náutica, figura el nombre de Tomás Rodríguez Boves; y en el libro que con tal motivo escribió Jovellanos titulado «Noticia del Real Instituto Asturiano» (2) está citado en la siguiente forma: «D. Tomás Rodríguez Boves, natural de la ciudad de Oviedo; edad, once años». En el apéndice III de la obra del señor Lama y Leña titulada «Reseña Histórica del Instituto de Jovellanos de Gijón» (3) figura ya como piloto, habiendo terminado los estudios de la carrera náutica y se

[1]. Boves es también el nombre de un pueblo de 1.900 habitantes, en el Departamento de Somme, Distrito de Amiens—Francia.

[2] Oviedo—Díaz Pedregal—1795—pág. 196.

[3] Gijón—San Genis—1902.

registra así: Tomás Rodríguez Boves, que empezó los estudios de náutica y pilotaje en 1796 y terminó en 1798.

Fue por lo tanto piloto a los quince años, y en calidad de tal dicen los historiadores y la tradición que vino a Venezuela. (1)

«De cabello rubio, grandes ojos pardos y blanca tez, más bien revelaba un aire de humanidad. Era alto de talla, bien proporcionado y capaz de soportar las fatigas más extraordinarias». Como Bermúdez, sus instintos de crueldad fueron despertados por un gran golpe moral y lavó con sangre la injuria recibida. Conservando en medio de aquellos estragos su carácter indolente y fiero de marino, mataba y pasaba sin detenerse a ver cómo espiraban sus víctimas». Careció de esa neurosis de dolor y sangre que fué característica en muchos de los hombres de la época, en una y otra filas. Sol-

[1] El testimonio más autorizado es del célebre Oidor Heredia, quien dice en sus *Memorias*. «Este hombre a quien hicieron memorable sus hazañas, su crueldad y su conducta obscura en materia política, era asturiano que vino de pilotín de La Guaira, y habiendo continuado la navegación estuvo preso y procesado en Puerto Cabello por su manejo en un buque corsario». Heredia-*Memorias*, etc.

«...natural de Gijón en Asturias, había sido pilotín de profesión» Baralt, *op. cit.* I.

dado a toda hora, sin otro incentivo que el combate, «despreciando todo lo que no fueran las armas, dejaba a la soldadesca el infame provecho del botín. Valiente, impetuoso y terrible era siempre el primero en el peligro». (1)

Su mismo valor heroico—dicen los historiadores citados—le llevó en muchas ocasiones a realizar actos de generosidad y hasta de clemencia. Tan ignorante como casi todos sus contendores patriotas, «no era indócil al consejo, y por una peculiaridad de su carácter oía con placer y deferencia el de las gentes honradas». De allí que no sea raro encontrar a individuos que fueron sus consejeros y secretarios íntimos sirviendo más tarde en las filas patriotas y desempeñando funciones delicadas en el Gobierno de la República, (2) sin que se considerara como una mancha para su nombre el hecho de haber servido

[1] Baralt, op. cit. I.—O'Leary—Narración I.—Restrepo—Historia de Colombia. II

[2] El Pbro. doctor Ambrosio Llamozas, Capellán de su Ejército, tuvo siempre la reputación de un virtuosísimo sacerdote.—Blanco y Azpúrua.—Op. cit. Tomo V.—El Tribunal de apelaciones con el cual sustituyó Boves la Real Audiencia lo compusieron los doctores Tomás José Hernández de Sanabria, Juan Rojas y Francisco Rodríguez Tosta, y tuvo como ayudantes y Secretarios a José María Correa, Navas Spinola, Matías de Castro y algunos otros, progenitores de familias muy conocidas en Venezuela.

a las órdenes de Boves. «Su antigua profesión y sus desgracias le habían puesto en relación con muchas personas que le sirvieron, y por las cuales conservó siempre una profunda gratitud. Así los Joves, y D. José Domingo Duarte, tenían sobre él un poderoso ascendiente, que luego ser muy útil a los habitantes de Caracas, por cuanto frecuentemente y casi siempre con éxito dichoso lo emplearon en beneficio del común,» (1) es decir: de los patriotas perseguidos.

Cuidaba de su prestigio, al punto de recompensar constantemente con dádivas a los deudos de los oficiales y soldados que morían bajo sus banderas.

«Se ha dicho que era dado a la bebida y que a esta causa atribuían sus enemigos la intrepidez que desplegaba en las batallas: pero el valor que emana de esa fuente se evapora con la misma facilidad con que se adquiere y Boves no dió nunca pruebas de cobardía.» (2)

Redimió los esclavos de la servidumbre y fué el primero en comenzar la igualación de las castas elevando a los zambos y mulatos a las altas je-

[1] Baralt—op. cit.

[2] O'Leary—Narración I.

rarquías militares. Su popularidad llegó a ser inmensa y «por dondequiera se le recibía con obsequios y aclamaciones».

Cuando Juan Vicente González, lo llamó «el Primer Jefe de la Democracia venezolana», penetró muy hondo en las entrañas de nuestra revolución.

Si examinamos con espíritu desprevenido la personalidad de aquel heroico soldado poniéndolo en paralelo con los caudillos genuinamente nacionales, no podemos considerarlo sino como un hijo legítimo del medio en que se hizo hombre y en cuyo seno debía actuar como el jefe lógico de una enorme mayoría, que participaba hondamente de sus odios instintivos, de sus pasiones plebeyas, de sus móviles inconscientes, de su valor heroico, de su espíritu aventurero y de su leyendaria ferocidad.

¿Qué importancia histórica puede tener entonces el hecho de que Boves naciera en España? En el alma de aquel hombre, el recuerdo de la Patria, el amor hacia aquella tierra lejana ¿qué podía significar? Y en cuanto al respeto por el Rey, valdría tanto a sus ojos como el respeto hacia autoridades coloniales con quienes vivió en constante lucha como

contrabandista; y hacia sus superiores jerárquicos durante la guerra, que no fueron para él sino objeto de burla, de insubordinación y de escarnio. Luchó, no a favor de España, sino en contra de los insurgentes, que «lo eran en su concepto todos los criollos blancos, y así se hizo el ídolo de la gente de color, a la cual adulaba con la esperanza de ver destruída la casta dominante». (1)

La psicología de aquel «hombre pavoroso» no ha sido estudiada aún con criterio libre de prejuicios, ya por el empeño que han tenido nuestros historiadores en adulterar el verdadero carácter de guerra civil que tuvo la revolución, para echar sobre España las responsabilidades de aquellos grandes crímenes de 1814; como porque la tradición y la leyenda enseñoreándose de la imaginación nacional, han venido dando a la figura del heroico soldado relieves absolutamente caprichosos; y arrancándolo de la escena en que se desarrollaron sus hazañas y del grupo inmenso de venezolanos que compartió con él sus triunfos y sus crímenes, arrojan sobre su solo nombre y sobre los de algunos otros de sus subordina-

[1] Heredia—Op. cit.

dos españoles y canarios «toda la execración del patriotismo herido».

III

El historiador Restrepo, después de decirnos cómo en las filas de Boves no hubo nunca más de 160 españoles, se olvida a poco de este dato interesantísimo, y ante los horrores cometidos en Valencia en 1814 por esas mismas tropas, exclama: «No parecía que el sitio hubiese sido puesto por soldados de una nación cristiana y civilizada que hacía la guerra a sus hermanos, sino por cuadrillas feroces de bárbaros». Y juzgando en otra parte los caracteres sangrientos de la lucha, nos dice: «La justa e imparcial posteridad decidirá de parte de quién estaba la razón, si de los americanos, que se vieron obligados a ejecutar actos de represalias dolorosas violentando su natural sensibilidad y la dulzura de su carácter (sic); o de los españoles que en este siglo de la ilustración y de la filosofía han renovado en América las sangrientas escenas de la primera conquista». (16)

[16] Restrepo—Historia de Colombia—T. II.

Si en tan contradictorio criterio está basada la historia de nuestra emancipación; si escritores modernos aceptan sin examen apreciaciones semejantes, ¿cómo es posible estudiar a conciencia, nuestra evolución histórica?

Juzgar como españoles, es decir, como representantes del Gobierno Español en Venezuela a hombres oscuros con larga residencia en el país, identificados por sus oficios con la parte más baja de la población (1); considerar como defensores conscientes del régimen colonial y del Monarca a los diez o doce mil zambos, mulatos, indios y negros que constituían los ejércitos de Boves, Yañes, Rosete, etc., y no establecer diferencia entre éstos y los verdaderos representantes de España, que fueron en general humanos, generosos, justicieros, (2) y por esta causa víctimas del odio y de las persecuciones de aquellos mismos bandidos, «que se llamaban defensores de Rey», equivale a arrebatarle a nuestra revolución sus más típicos y peculiares caracteres.

El Brigadier Francisco Tomás Morales, el más distinguido de los tenientes de Bo-

[1] Baralt—Op. cit. I. págs 185—186.

[2] Baralt—Op. cit. I págs. 107.—186-226

ves, natural de las Islas Canarias, que, como él llegó joven al país y había sido también sirviente, contrabandista y pulpero, nos ha dejado el más valioso testimonio del carácter de nuestra revolución en los primeros años. «Es necesario retroceder a aquellos tiempos—escribía en 1816 al General Morillo—poner la vista en el estado de los pueblos, fijar la consideración en quién y a quiénes se hacía la guerra. Las provincias y los pueblos se hallaban en combustión; unos publicaban que amaban al rey, otros hacían ostentación de serle contrarios y aspiraban a la independencia. Trabóse la lucha entre los fieles y los rebeldes, sin tener ningún partido, ni solicitar auxilio exterior que les ayudase a sostener su opinión. Los americanos, los criollos eran los agentes y operantes en las acciones: el padre contra el hijo, el hermano contra el hermano, y tal vez el esposo contra su consorte. Los jefes españoles que podían tomar o tenían en la mano las riendas del Gobierno, o no tenían el conocimiento necesario de la localidad de los pueblos e índole de sus habitantes, o queriendo hacer la guerra por lo que han leído en los libros, se veían envueltos y enredados por la astucia y

viveza de las tropas, sin poder dar un paso con feliz éxito, a menos que fuesen seguidos de los mismos naturales».

«Tuvo la fortuna D. José Tomás Boves de penetrar los sentimientos de éstos y adquirir un predominio sobre ellos, por aquella simpatía, o, como suele decirse, por un no sé qué, que suele sobresalir en las acciones de un hombre y hacerlo dueño de sus semejantes».

«El difunto Boves dominaba con imperio a los llaneros, gente belicosa y tal, que es preciso saberla manejar para aprovecharse de su número y de su destreza; con ellos venció en La Puerta, en Bocachica, en Valencia, en los Llanos, en la Capital misma y últimamente en Urica, donde perdió la vida. Los soldados lo adoraban y lo temían, y entraban en las acciones con la confianza de que su valor y denuedo había de sacarlos victoriosos. Comía con ellos, dormía entre ellos y ellos eran toda su diversión y entretenimiento, sabiendo que sólo así podía tenerlos a su devoción y contar con sus brazos para los combates, reluciendo más estas verdades con el contraste de los ejércitos o divisiones mandadas por los Jefes de la provincia con nombramiento o patente de la soberanía;

y buenos testigos son los Taguanes, Carabobo y Araure, que vieron sucumbir las armas del rey a las infames huestes de sus enemigos».

.....

«Diez y nueve mil hombres mandaba Boves y tenía reunidos para las acciones hasta doce mil. ¿Y podrá algún otro hacerlo en el día? Usted lo sabe y nadie lo ignora».

«Murió Boves amado de sus súbditos y colmado de gloria por sus vencimientos». (1)

Confiesa, en cambio, el Brigadier Morales todo el odio que inspiraban a las montoneras realistas los militares venidos de la Península. «No fuí yo—dice— el que libertó la vida al señor D. Juan Manuel Cagigal, cuando otros, que se precian de españoles y que tal vez lo son en el nombre intentaron quitársela?» Y más

[1] Rodríguez Villa—Biog. del General D. Pablo Morillo —T. III.—Páez, que heredó entre los llaneros el prestigio de Boves se le asemejaba en muchos rasgos sobresalientes. «Apesar de la vanidad natural de un salvaje, Páez vive en una igualdad perfecta con sus soldados; cuando está con ellos, su mesa, sus juegos, sus ejercicios son los suyos; es así como ha venido a ser todopoderoso en medio de su tropa indisciplinada y que dóciles a un Jefe que da el ejemplo del valor, los soldados obedezcan sus órdenes con la sumisión de la servidumbre»—G. Mollien.—*Voyage dans la Republique de Colombia en 1823.*—París 1824 Vol. I;

adelante agrega: «Sabía yo que los soldados no apreciaban al expresado señor Cagigal, antes bien, deseaban su exterminio y no dejó alguno de pensar en ir a Puerto Cabello y darle la muerte.» (1)

Y Heredia relata que cuando la huída de Monteverde hacia Puerto Cabello, en agosto de 1813, ante el ejército victorioso de Bolívar, «los zambos, ponderados de fidelísimos realistas, corrían borrachos por las calles de Valencia temiéndose a cada momento que dieran principio a sus proezas matando blancos y saqueando casas». Y agrega que «en la casa del Capitán General me oí amenazar por algunos de los pocos pardos de la guardia de Monteverde, diciendo en alta voz que antes de entrar los insurgentes a Valencia habían de caer algunas cabezas blancas y la mía sería la primera. Para regresar a mi casa, que estaba en el extremo opuesto de la ciudad, tuve que atravesar por entre aquellas cuadrillas de furiosos, temiendo ser asesinado a cada paso». (2)

IV

La honda diferencia de instintos y de móviles que existió siempre entre las

[1] Op. cit. III.

[2] Heredia. Op. cit.—[Passim].

tropas acaudilladas por Boves y sus semejantes, y las que llegaban directamente de la Península comandadas por oficiales, que por primera vez pisaban estos territorios, la encontramos claramente establecida en documentos suscritos por muchos patriotas.

El Gobernador de Barinas, Manuel Antonio Pulido, decía al Libertador en octubre de 1813: «Compónese el ejército de Yañes de americanos (venezolanos) delincuentes y perversos enemigos nuestros, y de españoles agraviadísimos que, animados del grande interés de recuperar sus bienes, respiran además los más vivos deseos de vengarse contra el heroísmo de nuestras huestes que los han expulsado de nuestro suelo, que miran como propio».

«Tienen estos bárbaros dentro de nosotros eficaces agentes y espías, pues no son otra cosa sus mujeres, sus hijos, sus domésticos y aún sus amigos...»

Y al referirse a los 1.200 españoles que acababan de llegar a Puerto Cabello bajo las órdenes del Coronel de «Granada» D. José Salomón, dice: «Esos soldados que acaban de llegar de España pelearán únicamente por ganar sus pagas,

y no por vengarse ni defender ningún interés propio como lo hacen los de Yañes, a quienes es preciso respetar y destruir inmediatamente», pues, «este ejército está compuesto de hombres conocidos, de militares prácticos en el terreno, con relaciones y conocimientos de estos pueblos donde deben hallar y hallarán efectivamente un número de soldados y confidentes, al instante que emprendan su marcha contra nosotros. Dinero, armas, víveres y caballerías, todo será, al punto que nos acometa el enemigo, presentado a su disposición por aquellos mismos, que a pesar de nuestros desvelos, se apandillan en el día a un mismo tiempo, por instintos diabólicos para destrozarnos nuestros pueblos con el nombre de Fernando VII».

«Me horrorizo—continúa el Gobernador de Barinas—al conocer la índole de estas facciones: casi todas obran estimuladas de un mismo principio: el deseo de acreditarse los pardos con los españoles, para que los premien cuando vuelvan, y los eleven sobre los criollos blancos» (1)

Meses más tarde, el caraqueño realista doctor José Manuel Oropeza, Asesor de

[1] Blanco y Azpurúa—Doc. T. 4, pág. 742 y siguientes.

la Intendencia de Venezuela, escribía a su copartidario don Dionisio Franco, lamentándose amargamente del poco celo de sus compañeros, de su insubordinación e indisciplina; decía «que los jefes se veían obligados, porque no podían hacer otra cosa, a autorizar el desorden, el robo, el asesinato, el vicio, la insubordinación, el escándalo y qué se yo qué más; los pueblos son devastados, acuchillados indistintamente todos lo que tienen algo que robarles, premiando después al vil asesino y al infame ladrón. No hay ya provincias—exclama—las poblaciones de millares de almas han quedado reducidas, unas a centenares y otras a decenas y de otras no quedan más que vestigios de que allí vivieron racionales. Esto no es exageración, es una verdad que la he palpado con bastante dolor. Yo he quedado sorprendido al ver los caminos y los campos cubiertos de cadáveres sepultados; abrasadas las poblaciones, familias enteras que ya no existen sino en la memoria y tal vez sin más delito que haber tenido una rica fortuna de que vivir honradamente. He visto los templos polutos y llenos de sangre, y saqueados hasta los sagrarios. No se puede decir más, ni yo me atrevo a referir lo más

que he visto y que he llorado. El riesgo que corremos es inminente. Sólo la consideración de que defendemos una causa en que se interesa la religión, el rey y nuestra propia tranquilidad y quietud, pudiera darnos serenidad y valor para ver de cerca sin huir, un riesgo y un peligro que nos va a traer una escena más inhumana y trágica que la que sufrimos. Está ya al presentarse a cara descubierta, pues está ya en ejecución con embozo: los blancos somos el objeto!». (1)

Los realistas distinguidos, españoles y venezolanos, no creyeron jamás en que Boves, Morales, Yañes y sus hordas defendiesen honradamente la causa del Rey, y desde los primeros días—como sucedió al patriota gobernador de Barinas—comprendieron los verdaderos móviles de aquella guerra de exterminio.

«Boves ha logrado reunir—decía Montalvo—como que convida con todo género de desorden, al pié de diez o doce mil zambos y negros, los cuales pelean ahora por destruir a los criollos blancos, sus amos, por el interés mutuo que ven en ello; poco después partirán a destruir

[1] Compárese esta relación con la de Coll y Prat, Muñoz Tébar y Urdaneta respecto a la *guerra a muerte*, y se comprobará su exactitud.

a los blancos europeos, que también son sus amos, y de cuya muerte les viene el mismo beneficio que de la de los primeros». (1)

Restrepo apoya estas afirmaciones, diciendo que «las desgracias repetidas de los patriotas se debieron, no tanto a los horrores y excesos que sin duda cometieron en medio del incendio producido por la exaltación de las pasiones revolucionarias, sino al levantamiento casi general de las castas contra los criollos blancos». Ya en páginas anteriores había definido el carácter de nuestra revolución, en esta forma tan gráfica como significativa: «Siendo casi todos ellos (los soldados realista) indios, zambos, negros y mulatos, Boves había desencadenado la ínfima clase de la sociedad contra la que poseía la riqueza del país. Las razas blanca, negra y bronceada iban a darse un combate de destrucción y muerte en las llanuras y en las montañas de Venezuela». (2)

Morillo aseguraba al Gobierno, que las clases elevadas adictas a la Independencia

[1] Informe del Capitán General don Francisco Montalvo al Secretario de la Guerra. 31 de octubre de 1814. —Restrepo. *Op. cit.* II

[2] Restrepo. *Op. cit.* II, págs. 283 y 208.

dencia «trabajaban ciegamente en favor de los pardos»; y en noviembre de 1816, insiste en que se le envíen tropas de repuesto, tanto por temor a la expedición de Bolívar, desde los Cayos, como porque «ya era guerra de negros contra blancos» (1) y temía, naturalmente, sufrir una sublevación en sus propias filas.

Véase la sugestiva pintura que el General español hace del estado de Venezuela en mayo de 1817. «La mortandad y la desolación que una guerra tan cruel ha ocasionado, va disminuyendo de un modo conocido la raza de los blancos, y casi no se ven más que gentes de color, enemigos de aquéllos, quienes ya han intentado acabar con todos. Piar, que es mulato (2) y el de más importancia entre las castas, tiene relaciones muy estrechas con Alejandro Petion, mulato rebelde que se titula Presidente de Haití, y ambos se proponen formar un establecimiento en Guayana, que asegure su dominación en América, donde es de presumir quieran renovar las escenas

[1] Rodríguez Villa—Op. cit. Tomo III.

[2] Véase el proceso del fusilamiento del General Piar, donde está comprobado lo que afirma Morillo; en el Tomo XV de las Memorias de O'Leary.

del Guarico y demás posesiones francesas de Santo Domingo».

Tan temeroso andaba el Pacificador del espíritu que animaba a los mulatos que tenía en sus filas, que pocos meses más tarde resolvió enviar preso a España y bajo partida de registro, al Capitán Alejo Mirabal, valiente apureño—no obstante los grandes servicios que había hecho a la causa del rey. «Según informes que he tomado de personas juiciosas y fidedignas—escribe al Secretario de la Guerra,—resulta ser enemigo acérrimo de todos los blancos. Es también hombre que ha mandado gente de su color y tiene demasiado influjo sobre ella». Cree Morillo que «sería imprudente y muy arriesgado el conservar en el país un enemigo que se ha indicado de un modo tan conocido, que podría perturbar el orden y suscitar alteraciones»; y opina «*porque nunca vuelva aquí* y que se le tenga lejos de los puertos de mar, donde sea más remota la ocasión de su fuga; sin que, por otra parte, dejen de ser dignos de la Real consideración los buenos servicios que tiene practicados en defensa de la justa causa.» (1)

[1] Id. id. III, pág. 464. Adviértase que en el ejercito

Pocos años más tarde, son los Jefes patriotas quienes se ven precisados para evitar la *guerra de colores*—como se decía entonces—a enviar a los ejércitos auxiliares que luchaban por la Independencia del Sur del continente, a todos los *hombres peligrosos*, ya fuesen realistas o patriotas. Refiriéndose Restrepo a una de las expediciones que salieron de Venezuela el año 24, dice que a ella se agregaron muchos oficiales llaneros que habían servido en el ejército del Rey. «El General Páez — agrega — conocía su genio inquieto, y que eran peligrosos, tanto a causa de no tener destino, como porque siendo de la clase de pardos, tenían aspiraciones que podrían turbar el sosiego público». (1)

El mismo general Páez se lamenta, en sus cartas de esos días al Libertador, de que las órdenes para sacar tropas hubiesen sido tan festinadas; porque entonces «habría podido reunir un número más considerable de hombres, que no siendo conveniente su presencia en Venezuela, irían a ser utilísimos en el

español se conservaron las distinciones de castas; y los pardos formaban cuerpos aparte.

[1] *Op. cit.* Tomo III.

teatro de las operaciones. Sin embargo, —continúa—yo sigo trabajando en este asunto, y como haya proporción no dejarán de ir a usted remesas de esta clase de hombres que usted bien conoce y que son los a propósito para decidir del éxito feliz de una campaña dudosa». (1)

V

Ya veremos cómo aquellos hombres se convierten de «degolladores» en «héroes legendarios»; y cómo al servicio de los caudillos patriotas, desplegando las mismas energías, el mismo valor, la misma ferocidad, los mismos instintos de sangre y de pillaje, el mismo entusiasmo fanático que cuando corrían a agruparse en torno a la lanza invencible de José Tomás Boves, contribuirán a la noble empresa de crear naciones recorriendo en triunfo medio continente, desde el Orinoco hasta las margenes mismas del Río de la Plata.

Ellos encontraron en las filas patriotas el más completo olvido de sus pasados crímenes. Los grados militares

[1] O'Leary. *Op. cit.* Tomo II. Correspondencia del General Paez.

que alcanzaron en los días tenebrosos de *la guerra a muerte*, cometiendo aquellos grandes delitos que se enrostran a los españoles solamente en las leyendas nacionales, eran reconocidos por los independientes. Y Bolívar, en cuyo amplísimo espíritu no cabía otra moral que aquella que le condujera al éxito de la noble causa que defendía, era el primero en ofrecerles recompensas y honores. (1) Cuántos de aquellos *insignes bandidos* — valiéndonos del estilo legendario — ostentaron más tarde sobre el pecho la cruz de los Libertadores! ¿No había sido Rondón, el héroe insigne de Las Queseras y de Pantano de Vargas, uno de los más distinguidos oficiales de Boves?

Y con este criterio no es aventurado afirmar que si el mismo Boves hubiese permanecido al servicio de la independencia, o se hubiese pasado a sus banderas, nadie con más títulos habría alcanzado los grandes honores con que la Patria estimuló el valor y premió las hazañas de los Libertadores. Y nuestra literatura epopéyica tendría páginas recargadas de ditirambos para exaltar las glorias del heroico soldado, del mismo

[1] O'Leary. *Op. cit.* Tomo XV.—Indultos. *Passim*.

modo que tiene anatemas para execrar sus abominables crímenes. (1)

La historia, como la vida, es muy compleja. No la historia inspirada en el criterio simplista que sólo ve en nuestra gran revolución la guerra contra España y la creación de la nacionalidad, sino la que profundiza en las entrañas de aquella espantosa lucha social; estudia la psicología de nuestras masas populares y analiza todo el conjunto de deseos vagos, de anhelos imprecisos, de impulsos igualitarios, de confusas reivindicaciones económicas, que constituyen toda la trama de la evolución social y política de Venezuela.

[1] M. Ernest Lavisse sostiene que no hay panegiristas para los malvados, y M. Fouillée responde que no está seguro de ello cuando se trata de malvados victoriosos. Cita de Ricardo Rojas. *La Restauración Nacionalista*.

PSICOLOGIA DE LA MASA

POPULAR

EN el propósito de justificar de algún modo la pertinaz oposición que la mayoría de los americanos hizo a la causa de la Independencia, los patriotas pensadores, y en primer término el Libertador Simón Bolívar, lo atribuyeron casi siempre a ignorancia y fanatismo de las masas populares. Pero a poco que examinemos esa razón, tenida hasta hoy por valedera, nos encontramos con que es de todo punto imposible establecer en ningún pueblo conmovido por una guerra intestina como lo fué aquella, esas grandes clasificaciones: de un lado los fanáticos, los ignorantes, los serviles, los degradados por el régimen tiránico de la Colonia, incapaces de comprender y mucho menos de amar la Libertad; del otro lado los más inteligentes, los más libres, los más ilustrados, los más capaces de apreciar

los inmensos beneficios de fundar una patria libre, una república democrática. (1)

I

Opongamos los hechos a las palabras. Ellos nos dicen, que surgidos todos los caudillos que actuaron en aquella lucha, de un mismo medio social tan ignorante y fanática debía de ser la mayoría de los unos como la de los otros. ¿Qué hondas diferencias en efecto podían existir entre la mentalidad de Boves, de Remigio Ramos, de Rafael López; y la de Páez, Arismendi, Zaraza o Cedeño? (2)

[1]. En nuestras luchas civiles posteriores a la de la Independencia, se han establecido divisiones semejantes: para los *godos*, el país se dividió en dos clases de hombres: los buenos, los honrados, los amigos del orden, los defensores de la sociedad, los representantes de la civilización, que eran ellos; los tramposos, los ladrones, los malvados, los destructores de la sociedad, los representantes de la oclocracia, etc., que eran los *liberales*. Para éstos, a la inversa, la división se hallaba establecida entre los magnánimos, los redentores del pueblo, los amigos de todos los progresos sociales, políticos, económicos, los regeneradores morales y materiales del país, etc., que eran ellos. Frente a ellos, los sanguinarios, los fanáticos, los aristócratas, los enemigos jurados de todo progreso y de toda luz, los *godos*, los conservadores, en fin. Estos conceptos no soportan el más ligero análisis. Ellos son buenos para las luchas de la prensa y de la plaza pública, no para la Historia.

[2]. La mayor parte de los genuinos caudillos patriotas eran analfabetos. Muchos llegaron más tarde a adquirir una cultura superior: pero podemos citar otros, que aun habiendo

La leyenda nacional cuando relata, llena de espanto, las escenas horribles de *la guerra a muerte*, califica a los soldados realistas de «masa fanatizada y estúpida, gavilla de ladrones y de asesinos». Y es no obstante de aquellas monotonas delincuentes, de «aquellas hordas furiosas de bárbaros» de donde surgen a poco guerreros insignes de la Independencia; que primero, en las llanuras de Apure y del Guárico bajo las órdenes de Páez, Monagas, Zaraza, llenarán de asombro a las tropas expedicionarias, a «los vencedores en España de Napoleón el Grande»; y días más tarde, recogidos por el mismo Páez como fieras salvajes en las propias llanuras e incorporados de viva fuerza en los cuerpos auxiliares que marchaban a las Repúblicas del Sur a complementar la Independencia de América, «llevarán sus armas triunfantes y redentoras hasta los remotos campos de Ayacucho y contribuirán a sellar la eman-

figurado mucho en la época nacional, apenas aprendieron a escribir su nombre. En cuanto a los realistas, recordamos que el ilustre escritor don Benito Pérez Galdós, en una visita que le hicimos en Santander en 1908, hablándonos del Brigadier Francisco Tomás Morales y del gran papel que llegó a representar en Canarias después de la Independencia, nos dijo que había muerto sin saber leer ni escribir. El *creo* por credo, que tanto le critican a Boves, era moneda corriente entre las grandes figuras de la época. Véase lo que Heredia y Juan Vicente González, dicen, por ejemplo, del General Juan Bautista Arismendi.

cipación del Continente bajo la dirección del Libertador, y a las inmediatas órdenes del General Antonio José de Sucre».

Es el mismo General José Antonio Páez quien va a decirnos cómo sus brillantes Centauros, eran exactamente los mismos «degolladores y asesinos» que comandados por Boves, Yañes, Morales, habían asolado a Venezuela en 1814.

«Resolví, dice Páez, poner en práctica la resolución que había tomado en Mérida de irme a los llanos de Casanare para ver si desde allí podía emprender operaciones contra Venezuela, apoderándome del territorio de Apure y de los mismos hombres que habían destruido a los patriotas bajo las órdenes de Boves, Ceballos y Yañes. Todos aquellos a quienes comuniqué mi propósito creían que era poco menos que delirio, pues no veían posibilidad ninguna de que los llaneros, que tan entusiastas se habían mostrado por la causa del Rey de España y que tanto se habían comprometido en la lucha contra los patriotas, cambiaran de opinión y se decidieran a defender la causa de éstos».

«A consecuencia del buen tratamiento que dí a los prisioneros—dice más

adelante—dejándoles la libertad necesaria para desertarse si querían y regresar a sus casas, los que no mandé a la Nueva Granada, tuve la satisfacción de que antes de un mes volvieron a mis filas muchos de ellos, pues casi todos eran venezolanos y en aquella época no había término medio entre amigo y enemigo. La noticia de mi generosidad para con los prisioneros y el auge que da la victoria se difundieron por todos los pueblos de Barinas y de Apure; y sus habitantes que antes nos tenían en mala opinión a los patriotas por la conducta cruel de algunos de sus jefes, se persuadieron de la justicia de nuestra causa y halagados por la lenidad de nuestra conducta con los vencidos, principiaron, aunque *lentamente*, a reunirse a mis filas para llegar a ser más tarde el sostén de la independencia de Colombia» (1).

[1] Otra causa mucho más positiva, mucho más lógica, de menos complejidad psicológica y más en consonancia con los impulsos pilladores característicos de los nómades en todos los tiempos y en todas las latitudes, produjo aquella rápida transformación en que para nada entraron nunca ideas, sentimientos o afecciones políticas que no caben en la basta complexión psicológica de masas primitivas movidas siempre por apetitos materiales. La explicación la hallamos en documentos cuya autoridad no puede someterse a dudas.

«Bolívar se admiraba—continúa Páez—no tanto de que hubiese formado aquel ejército, sino de que hubiese logrado conservarlo en buen estado y disciplina (1), pues en su mayor parte se componía de los mismos individuos que a las órdenes de Yañes y Boves habían sido el azote de los patriotas. En efecto, ¿quién creyó jamás que aquellos hombres, por algunos escritores calificados de salvajes, acostumbrados a venerar el nombre del Rey como el de una divinidad, pudieran jamás abandonar la causa que llamaban santa, para seguir la de la Patria, nombre que para ellos no tenía significación alguna? ¿Quién creyó entonces que fuese posible hacer comprender a hombres que despreciaban a los que no podían competir con ellos

[1] Más adelante se verá lo que fué esa disciplina, por confesión del mismo Páez. Era exactamente la misma del ejército de Boves. «No tienen ningún respeto por sus oficiales superiores; para ellos todos son iguales; pero no por eso dejan de obedecer sus órdenes en el campo de batalla cuando saben que puede costarles la vida el mirarlos con indiferencia. En esto consiste, a mi ver, toda su disciplina; pues fuera del campo son sucios, desordenados, ladrones, y tratan a los oficiales, que en verdad no son mejores que ellos, con la misma libertad con que se tratan los unos a los otros». Cita hecha por el mismo Páez en su Autobiografía—tomo 1º, páginas 142 y siguientes, de un libro titulado: *Recollections of a service of three years during the war-of-extermination in the Republics of Venezuela and Colombia. London 1828* --El General Páez califica la narración de este autor, de bella y verídica.

en la fuerza bruta que había otra superior a ésta a la cual debían someterse?» (1).

Desde luego que debemos descartar como frases de puro adorno las afirmaciones de que los llaneros aprendieran en las filas independientes y bajo las órdenes del General Páez lo que era la Patria, pues éste mismo, como casi todos los otros caudillos, no lo sabía entonces (2); ni mucho menos que adquiriesen idea de la justicia, ni que respetasen otra autoridad que la de la fuerza bruta.

[1] Páez—Autobiografía—Tomo 19, páginas 57, 83 y 135.

[2] En 1819 decía Don Fernando de Peñalver al Libertador: «Si hubiera sido posible reunir a Santander con su división al ejército de Apure, para dar un solo golpe y volverse después a su Casanare, tal vez estaría decidida la campaña; pero Casanare es como Cumaná, y Cumaná como la Margarita, y por esa dificultad de reunir nuestras fuerzas cuando es necesario, está siempre expuesta la suerte de la República. Cuánto mal nos hace la falta de espíritu nacional y el apego de nuestros Generales y oficiales a sus provincias!» O'Leary—*Correspondencia* VIII, pág. 347. En 1821 el General Soublette, encargado del mando supremo en Venezuela, se queja de que alzados en el Alto Llano todos los oficiales realistas que se habían presentado después de Carabobo y asaltando las poblaciones como en sus mejores tiempos, no hubiera quien diese impulso a las tropas «mientras el Excmo. General en Jefe se pasea en Achaguas; si aun yo estuviera seguro de que no volvía, me iría a Valencia y desentendiéndome de todo el mundo reduciría mi atención al territorio de este lado del Apure, y dejaríamos allá a Páez con su patriecita....» *Ibid.* (Pág. 26). Este arraigo de los caudillos de la Independencia a la patria chica lo estudiamos extensamente en otros trabajos.

«Los llaneros que mandaban Páez, Zaraza, Monagas y otros jefes republicanos—dice con mucha exactitud el historiador Restrepo—eran los mismos en gran parte y de igual raza de los que reunieron en 1813 y 1814 Boves, Morales, Yañes y Rosete; tenían, pues, los mismos vicios y la misma insubordinación» (1).

La opinión del General Morillo, es en esta materia de inapreciable valor histórico, tanto porque coincide perfectamente con la de los escritores patriotas, como porque explica perfectamente en qué consistió la adhesión de los llaneros a la causa del Rey:

«Los rebeldes de Apure y del Arauca, gente feroz y perezosa que aun en los tiempos de paz han errado en caravanas por la inmensa extensión de las llanuras, robando y saqueando los hatos y las poblaciones inmediatas, han encontrado en la guerra una ocasión muy favorable para vivir conforme a sus deseos e inclinaciones. Hubo un hombre que supo conocerlos, reunirlos, y hacerlos pelear por la causa del Rey,

[1] Historia de la República de Colombia. Tomo 2º
Pág. 436—En nota.

con la esperanza del saqueo y del pillaje, que es el móvil que los anima. Este fue el difunto Coronel D. José Tomás Boves, que, hallándose en el Apure cuando Bolívar y demás caudillos rebeldes dominaban estas provincias, se puso a la cabeza de estos mismos llaneros que hoy nos hacen la guerra y señalándoles los pueblos opulentos del interior los condujo a ellos y acabó con los traidores. Pero restablecido el Gobierno legítimo, volvieron a su país estos hombres que no pueden vivir sino a caballo ni en otra parte que en sus llanos, entre las vacas y el ganado, y fueron poco a poco reuniéndose en pequeñas partidas proclamando la independencia, que era la voz con que podían robar».

«Yo hice cuanto me fue posible por destruirlos—continúa Morillo—y efectivamente logré coger muchos de los más nombrados y arrojarlos de los llanos de San Martín y de Casanare, persiguiéndolos en mi venida del reino hasta la época de la batalla de Mucuritas, hato situado en el banco que forman el Apure y el Arauca, donde todos los lanceros se habían reunido a las órdenes del atrevido José Antonio Páez. Este

caudillo a quien no falta inteligencia y valor, supo aprovecharse del camino que dejó abierto el famoso Boves e hizo lo mismo que él con los lanceros, apoderándose de todas las caballadas, de todos los hatos de ganado y dejando a sus contrarios sin medios de poderles hacer la guerra en el desierto país donde formaron su residencia» (1).

El General Páez va a encargarse de decirnos lo que fueron aquellos héroes en las filas patriotas: «Sobre los informes que se han hecho del Coronel Nonato Pérez—dice Páez al Libertador en 1818—aseguro a Ud. que son una sombra respecto a lo que yo mismo estoy presenciando. Mujeres, ancianos, jóvenes, todos, todos, declaman contra sus hechos; el agente más eficaz de la tiranía no habría puesto en ejecución providencias tan violentas. Guasqualito y Arauca, al paso que aún lloran sus padecimientos, tiemblan cuando recuerdan a su autor; tal ha sido la conducta de este Jefe. Después de tiranizar los pueblos con su genio déspota y orgulloso quitó la máscara a su am-

[1] *El Teniente General Don Pablo Morillo, etc., etc.*—*Estudio biográfico documentado.*—Por Antonio Rodríguez Villa—Tomo III, páginas 511 y 512.

bición, se declaró dueño exclusivo de todo, y cometió bajezas que no pueden creerse, extrayendo donativos, estableciendo un comercio ratero para concluir con el último medio de estos vecinos....» (1).

Al referirse el mismo Páez a las partidas de caballería destinadas por él a acosar el ejército realista en 1818, dice: «Algunas de estas partidas, abusando de la libertad que se les había dado de obrar a discreción contra el enemigo, y sobre todo las que recorrían la provincia de Barinas y los llanos de San Carlos, cometieron demasías contra los ciudadanos pacíficos, y por tanto me ví obligado a mandar que se retiraran a Apure. Algunos que habían sacado buen fruto de sus correrías, las

[1] O'Leary—Documentos. Tomo XVII — Referíanos nuestro amigo Don Carlos Hernáiz que preguntando un día a su abuelo el General Soublette por qué el Coronel Nonato Pérez, siendo granadino, no asistió a la batalla de Boyacá, le respondió maliciosamente: «Diz que le estábamos juzgando por ladrón» —Luego añadió riéndose: «Y a nosotros, ¿quién nos juzgaba?». El General Santander dice en sus «Apuntamientos Históricos» refiriéndose a la campaña de los llanos, de 1816 a 1818: «Los caballos y el ganado se tomaban donde estaban, sin cuenta alguna y como bienes comunes. Esta cita hará sonreír a nuestros militares, porque en un siglo las cosas no sufrieron variación alguna; el derecho de propiedad desaparece al primer grito de guerra. Lo que nuestro escritor de costumbres, Don Francisco de Sales Pérez, sintetizó en esta frase: *Viva la Libertad! Muera el ganado!*

repitieron sin mi consentimiento, y me ví en el caso de publicar una orden general que amenazaba, con pena de la vida, a los que, sin mi permiso, pasaran al territorio enemigo. En cumplimiento de ella tuve que fusilar a cuatro: el famoso comandante Villasana, un valentísimo capitán de la Guardia, llamado Garrido, un alférez y un sargento».

«Dividido el ejército republicano—dice Restrepo—en tantas partidas y pequeñas divisiones, cualquier oficial procedía arbitrariamente a disponer de los bienes de cuantos él denominaba realistas, a quitar la vida a los españoles y canarios, y aun a los venezolanos enemigos del nuevo sistema» (1).

Pero nada más sugestivo que el retrato que del Coronel Leonardo Infante nos dejó trazado el Libertador, porque sin duda alguna, con ligeras modificaciones, puede ser el de la mayoría de los oficiales llaneros.

Al recibir la noticia del fusilamiento de Infante y de la protesta que contra aquel *asesinato jurídico* lanzó el

[1] Páez—Autobiografía. Tomo 1º, pág. 169—Restrepo—Hist. de Colombia. Tomo 2º, pág. 211.

Doctor Miguel Peña, Ministro de la Corte de Justicia en Bogotá, le escribe a don Fernando de Peñalver:

«Dígale U. a Peña de mi parte que he sentido mucho su disputa sobre el negocio de Infante; pero que ya que al infeliz lo han matado, no vaya él a dar escándalos y mate a los que quedan vivos....Dígale U. que nadie lo amaba ni estimaba más que yo, pero que tampoco nadie era más feroz que él: que mil veces había dicho que su instinto universal era matar a los vivientes y destruir a lo inanimado: que si veía suspenso un cordero le daba un lanzazo y si a una casa la quemaba: todo a mi presencia. Tenía una antipatía universal, no podía ver nada parado. A Rondón que valía mil veces más que él, lo quiso matar mil veces. Y con esto he dicho todo» (1).

II

Bolívar había penetrado tan hondamente en el espíritu de aquellos hombres que desde 1821, previó la imposibilidad de establecer en Venezuela una

[1] O'Leary—Cartas del Libertador — Tomo XXX.

paz sólida, a menos de contener por la fuerza a los discípulos de Boves, lo cual era, sin embargo, sumamente peligroso.

«No pueden Uds. formarse idea exacta del espíritu que anima a nuestros militares,—escribía al Doctor Pedro Gual.— Estos no son los que Uds. conocen por allá (en la Nueva Granada) son los que Uds. no conocen: hombres que han combatido largo tiempo, se creen muy beneméritos y se consideran humillados y miserables y sin esperanzas de coger el fruto de *las adquisiciones de su lanza*. Son llaneros determinados y que nunca se creen iguales a los otros hombres que saben más o aparecen mejor. Yo mismo que siempre he estado a su cabeza, no sé aún de lo que son capaces. Los trato con una consideración suma y ni aun esta misma consideración es bastante para inspirarles la confianza y la franqueza que debe reinar entre camaradas y conciudadanos... Persuádase U. Gual que estamos sobre un volcán pronto a hacer explosión. *Yo temo más la paz que la guerra*, y con esto doy a U. idea de todo lo que no digo ni puede decirse... » (1).

[1] Ibid.—Ibid. Tomo XXIX, pág. 207

De tal modo convencido se hallaba Bolívar de los móviles que habían impulsado a los llaneros a pasarse a las banderas de la Independencia, después de la muerte de Boves, que en 1821, pocos días después de la Batalla de Carabobo, escribía al Ministro de Hacienda de la Gran Colombia por órgano de su Secretario el General Pedro Briceño Méndez: «Cuando el señor General Páez ocupó a Apure en 1816, viéndose aislado en medio de un país enemigo, sin apoyo ni esperanza de tenerlo por ninguna parte y sin poder contar siquiera con la opinión general del territorio en que obraba, se vió obligado a ofrecer a sus tropas, que todas las propiedades que perteneciesen al Gobierno en el Apure (que eran las confiscadas a los enemigos) se distribuirían entre ellos liberalmente. Este entre otros fue el medio más eficaz de comprometer a aquellos soldados y de aumentarlos porque todos corrieron a participar de iguales ventajas».

«Tan persuadido estaba el General Páez—agrega el Secretario—de la importancia de este paso y de los saludables efectos que había obrado, que al someterse y reconocer la autoridad de S. E. el Presidente, entonces Jefe Supremo,

no exigió sino la ratificación de aquella oferta. S. E. no pudo denegarse a ella, y creyéndola justa en su objeto, aunque demasiado extensa e ilimitada, creyó conveniente modificarla y hacerla al mismo tiempo extensiva a todo el ejército».

El Libertador había hecho expedir una Ley de repartos en octubre de 1817, que no fué cumplida. Más tarde el Congreso, compuesto de hombros que desconocían por completo el espíritu de nuestros nómadas, adoptó el sistema de distribuir certificaciones o vales, que los llaneros vieron con la mayor desconfianza, «produciendo quejas privadas y disgustos, porque se creyó que los billetes se daban para no dar las propiedades que debían representar». El llanero desconfiado, suspicaz y para quien un simple papel no podía tener valor alguno, vió con desprecio y disgusto los billetes, y creía con razón el Secretario Briceño Méndez, «que crecería infinitamente el descrédito de aquellos papeles si suspendiendo su emisión y su distribución, no se hacía efectiva de otro modo la repartición de los bienes, que el Libertador había ordenado se hiciera «en las propiedades mismas».

Libertada Venezuela definitivamente en

Carabobo, los llaneros reclamaban perentoriamente sus haberes. Los vales se ofrecían al 10% sin compradores y el Libertador pedía que el Congreso se ocupara con preferencia de un asunto «cuyo aplazamiento podía ocasionar graves trastornos... por lo menos con respecto a la división de Apure y demás del Llano, es de forzoza necesidad la distribución inmediata de las propiedades, si se quieren prevenir los desastres que he anunciado antes. Sin ella puede U. S. desde luego protestar al Congreso General, que ni el Presidente ni ningún Jefe subalterno pueden ser responsables en esta parte de los disturbios y trastornos que turben la tranquilidad pública». El Libertador «sentía verse obligado a hacer una manifestación semejante»—cuando todo el mundo creía en el patriotismo sentimental y platónico de los llaneros, como hasta ahora lo han estado contando historiadores, romanceros y poetas;—pero si al mismo tiempo—decía el Secretario—el Libertador ve ligada a ella, en cierto modo la estabilidad de la República, y su seguridad, ¿podría dejar de hacerla?»

Y véase por los siguientes conceptos si el Libertador conocía profundamente la psicología de nuestros llaneros y es-

taba persuadido de lo que eran capaces si no se les cumplían las promesas de recompensarles sus servicios. «Con hombres acostumbrados a alcanzarlo todo por la fuerza—decía en la misma nota—habituados a la guerra, poco o nada sensibles a los sentimientos de generosidad y desprendimiento, y tantas veces engañados por nuestros enemigos, no pueden adoptarse medios que no sean extremos: ellos no pueden ser halagados ni entretenidos con esperanzas, y cualesquiera que les presentase el Congreso no las oirían sino como pretexto para no cumplir, mientras que ellos pueden exigirlo».

Sólo tres días antes de la fecha de esta nota, se había dirigido el Libertador al Ministro de Hacienda en el mismo sentido, lo que prueba que los *Centauros* se hallaban impacientes y amenazadores reclamando «el fruto de las adquisiciones de su lanza». En esa comunicación decía: «...Es de absoluta necesidad que el Congreso dicte algunos medios que hagan esperar al ejército el cumplimiento de las ofertas que tantas veces se le ha repetido sobre la ley de su haber. Sería muy peligroso que por un momento se llegase a dudar del cumplimiento de aquellas ofertas, en que cada uno funda

sus esperanzas. Se acerca el día de la paz, se acerca el momento de licenciar al ejército; y si entonces, al retirarse a sus casas, no llevan la seguridad de entrar en el goce de su asignación, no será extraño que se repitan *las mismas defecciones que sufrieron los españoles cuando subyugaron a Venezuela en 1814, y ojalá que no sea ésta la señal de la desastrosa guerra civil que nos amenaza, por la aparente diferencia de nuestra población*» (1).

Hemos subrayado exprofeso las últi-

(1) O'Leary. T. XVIII, p. 394 y 400. Estos casos no son raros en la historia. «De allí que sea conveniente examinar las cosas de cerca para conocer el verdadero motivo de las acciones humanas. Todos hemos vivido en la creencia de que la terrible inundación de los Arabes en el Siglo VII, [los arabes eran nómades como los llaneros] era empujada sobre todo por móviles religiosos. Los discípulos de Mahoma, se ha dicho, lanzáronse a la conquista del mundo para convertirlo por la espada. Pero es absolutamente incierto. Los árabes buscaban más la riqueza que el proselitismo. El número de partidarios de Mahoma dice Wall [Hist. Generale 19, p. 452] que era infima cuando él se anunciaba como un apóstol, llegó a engrandecerse el día en que prometió a quienes quisieran seguirle, la guerra, el pillaje y el despojo de los infieles». Novicow. *Conscience et volonté sociales*. p. 261. Es perfectamente el mismo concepto de los actores y testigos de la Revolución respecto de los móviles que empujaron a las hordas llaneras a combatir en favor de la causa realista al principio de la guerra y a pasarse después a las banderas de la Patria, cuando el Jefe del Ejército Expedicionario quiso someterlos a la disciplina e imponerles el respeto a la propiedad. Heredia dice que «Boves se hizo el ídolo de la gente de color; de aquellas hordas de cosacos, que se llamaban Cuerpos de Caballería, porque los halagaba con la esperanza de ver destruida la casta dominante y con la libertad del saqueo». Memorias del Regente Heredia. p. 239. *passim*

mas frases, porque ellas contienen apreciaciones de una inmensa significación. Allí está diciendo el Libertador, que así como los llaneros se hicieron enemigos de los españoles porque después de haber subyugado a Venezuela éstos no le cumplieron las promesas que les habían hecho Boves y Yañes, ahora promoverían la guerra civil contra el Gobierno, si éste no les satisfacía inmediatamente sus haberes. El Congreso oyó las indicaciones del Libertador, pero la ejecución de la Ley no fué tan equitativa como era de esperarse. Páez y algunos otros Próceres, secundados por una porción de especuladores, comenzaron a comprar los haberes militares, sobre todo, las de los llaneros de Apure por precios irrisorios; de tal manera que el latifundio colonial pasó sin modificación alguna a las manos de Páez, Monagas y otros quienes habiendo entrado a la guerra sin bienes algunos de fortuna, eran a poco de constituida Venezuela los más ricos propietarios del país. A esta violación de la Ley se siguió la reacción del partido realista, que apoderado de los consejos del Gobierno y de los tribunales de justicia, comenzó a anular las confiscaciones de los bienes de los emigrados, arrebatán-

doselos a los guerreros de la Independencia, a quienes se les habían asignado en recompensa de sus servicios, para devolverlos a sus antiguos propietarios y a sus descendientes que regresaban al país. Bien entendido que esta medida no alcanzó ni podía alcanzar al General Páez, ni a algunos otros magnates que continuaron aumentando su riqueza territorial.

Entonces sucedió lo que había previsto el Libertador: los llaneros se dieron de nuevo al robo y al pillaje, como lo venían practicando desde los tiempos coloniales, con la diferencia de que ahora podían disfrazar sus bárbaros impulsos proclamando principios políticos y «reformas» constitucionales.

III

Ya se ha visto cómo la guerra, que continuaba en el sur del Continente, proporcionó a algunos de aquellos hombres la ocasión de ir a segar laureles con su ingénita bravura en las batallas finales de la Independencia de la América. «El General Páez—dice Restrepo—quiso llamarlos al camino de la gloria, a unos en el Perú, a otros en el sur

de Colombia.... sus lanzas hicieron temblar más de una vez a los españoles en el suelo de los Incas». (1)

Pero no ya en el camino de la gloria, sino en el seno de la gloria misma, luciendo sobre el lujoso uniforme las insignias de sus triunfos, muchos de aquellos hombres, en quienes la disciplina de los ejércitos regulares no había tenido tiempo de ejercer su acción educativa, continuaban constituyendo, por el individualismo bárbaro característico de los pueblos pastores, un gran peligro para la tranquilidad pública. (2)

Es que el hecho de cambiar de banderas no podía corresponder de ninguna

[1] Restrepo. Obra citada. Tomo 3º

[2] Véanse algunas de las apreciaciones que encontramos en los documentos respecto de oficiales llaneros enviados a los ejércitos del Sur. El General Páez, al darle cuenta al Libertador de la expedición que salió de Puerto Cabello para el Perú en 1823, le dice: «Por fin a fuerza de trabajos he podido preparar otra nueva remesa, que aunque corta es también compuesta de *muy buena gente*.... Entre esta gente va un Teniente Coronel de los españoles, llamado Telésforo Gutiérrez, hombre muy malo, el cual después de haberse presentado fue aprehendido en Coro por habérsele descubierto una facción que estaba organizando..... Que el Coronel Mina no vuelva nunca más a Venezuela o al Distrito del Norte». O'Leary. Obra citada. Tomo 2º, pág. 57. El Libertador, por su parte, al dar órdenes a Salom para devolver a Colombia los cuerpos del ejército auxiliar del Perú, le decía: «Ningún hombre peligroso debe volver a Colombia, pues allá lo que necesitamos son tropas que mantengan el orden y la moral». *Ibid. ibid* Tomo XXX, pág. 96.

manera a una modificación profunda en el organismo psicológico de nuestros llaneros. Al pasarse de una a otra fila no hicieron más que cambiar de Jefe: en el fondo oscuro de su mentalidad y de sus afecciones, el *Mayordomo* Páez era el heredero legítimo del *Taita* Boves.

La psicología reconoce en los individuos como en los pueblos la imposibilidad de esas modificaciones bruscas y totales. (1)

En la evolución histórica de Venezuela se observa claramente cómo estallaban a cada conmoción los mismos instintos brutales, los mismos odios, las mismas pasiones, los mismos impulsos de asesinato y de pillaje, y cómo continuaban surgiendo del seno de nuestras masas populares las mismas hordas de Boves y de Yañes, dispuestas a repetir en nombre de los principios republicanos los mismos crímenes que en nombre de Fernando VII, e igualmente ignorantes de lo que significaba el gobierno colonial o el gobierno propio. Y

[1] Gustave Le Bon—*Lois Psychologiques de L'Evolution des Peuples*—Pág. 65—Lorsqu'on étudie de près tous ces prétendus changements, on s'aperçoit bientôt que les noms seuls des choses varient, tandis que les réalités qui se cachent derrière les mots continuent à vivre et ne se transforment qu'avec une extrême lenteur».

es porque a pesar de todas nuestras ideológicas transformaciones políticas, el fondo íntimo de nuestro pueblo continuó por largos años siendo el mismo que durante la Colonia. Las pasiones, los instintos, los móviles inconscientes, los prejuicios hereditarios, tenían que continuar siendo en él elementos de destrucción y de ruina, contenidos únicamente por los medios coercitivos de que tan ampliamente ha dispuesto el Jefe del Estado, sin sujeción posible a las soñadas garantías escritas en las constituciones. (1)

Ya en plena República, y habiendo alcanzado glorias y honores en la guerra, el

[1] Juan Vicente González, que es el único de los historiadores venezolanos que aun en el calor de las luchas de partido tuvo conciencia de la continuidad histórica en lo evolución social y política del país, decía en 1846, lleno de pavor ante las amenazas de sublevación que venían de los llanos; «...todo debemos temerlo de puntos donde existen tantos elementos de guerra; donde se levantó la facción de Farfán,.... de donde salieron a desolar las sanguinarias hordas de Boves.... Por todas partes los malvados alzan la frente impune. Asonadas y motines ponen en alarma los llanos de Calabozo que bastaron a Boves para desolar este país; en varios puntos bullen proyectos de conspiración y de asesinatos....» González, sin embargo, atribuye a la influencia del Redactor de *«El Venezolano»* Antonio Leocadio Guzmán, este estado de efervescencia: «Reciba la enhorabuena el señor Guzmán,—decía—que se llama amigo de las instituciones y las vilipendia; que se alaba de amar la paz, y enciende la guerra más cruel de que dará ejemplo la desgraciada América (la guerra de colores); que se jacta de contener las masas, que sacuden a su voz toda especie de freno, y presencia sonriendo el pillaje y el asesinato, obra exclusiva de su venganza sobre la sociedad». *Diario de la Tarde*—Junio de 1846.

propio General Páez, que tanto se envanece de haber enseñado a los llaneros de Apure a amar la Patria, la Libertad y la Justicia y a hacerles respetar otro poder que el emanado de la fuerza bruta, se ve obligado, en presencia de los hechos concretos, a pintarnos a sus compañeros de glorias, como se verá más adelante, con los más reales y sugestivos colores.

IV

«Acostumbrados (los venezolanos) desde muchos años atrás a vivir en los campamentos en medio del ruido de las armas y bajo de una disciplina que no había podido ser de ningún modo severa, hallábanse habituados, sobre todo en las llanuras que riegan el Apure y sus tributarios, a que los bienes fuesen comunes mientras duró la guerra; es decir, el ganado vacuno y los caballos que pueblan aquellas dilatadas sabanas. Concluída la guerra, fueron licenciados un gran número de llaneros, los que regresando a sus antiguos domicilios se encontraron sin hogar ni ocupación. No se podían persuadir de ser prohibido coger las vacas y novillos que pacían en aque-

llas praderas, y querían continuar su antiguo sistema de vida. Sabiendo que los cueros y el sebo de los ganados tenían compradores en todas partes, se formaron, especialmente los apureños, en partidas de ladrones que mataban las reses esparcidas en las sabanas, sin más objeto que aprovecharse de los cueros y del sebo, para venderlos a los logreros que por su codicia los excitaban a tamaños excesos. Con tales incentivos los ríos navegables se infestaron de embarcaciones montadas por ladrones de ganados que llevaban el fruto de sus latrocinios para venderlos en las poblaciones. Las sabanas se veían cubiertas por todas partes de esqueletos de reses, y tanta destrucción amenazaba con un próximo exterminio de los ganados del Apure, única riqueza de aquellas extensas llanuras». (1)

No bastaron entonces para contenerlos las más severas medidas dictadas y ejecutadas en ocasiones personalmente por el General Páez, por Cor-

(1) Restrepo.—Obra citada. Tomo 3º—Pág. 412. El historiador colombiano no recordaba ahora que esas partidas de ladrones existían desde los tiempos coloniales y existen donde quiera que haya llanuras y caballos.

nelio Muñoz y por el antiguo Coronel realista Facundo Mirabal, jefes estos dos últimos de los campos volantes, que aprehendían y fusilaban sin fórmula de juicio a los abigeos. Esto sucedía en 1824. Los que no caían bajo aquella justicia expeditiva eran enviados, como hemos dicho, a los ejércitos auxiliares del Perú. «Abría-seles allí un teatro de glorias y se les daba una ocupación análoga a su genio belicoso y a sus antiguas hábitos».

Pero nada fué parte a reprimir el pillaje, ni a reducir a la obediencia del gobierno aquellas partidas de bandoleros que se reproducían sin cesar como si brotaran del suelo, todavía demasiado inculto para producir otros frutos. Durante largos años la situación no llegará a modificarse. Con su fe absoluta en la eficaz influencia de las leyes, los hombres cultos pretenderán cambiar aquel estado de anarquía espontánea, sin sospechar siquiera que él era la lógica expresión de un organismo social rudimentario en pleno trabajo de integración; el mismo que se estaba realizando en todos los demás países de Hispano—América, con manifestaciones mas bárbaras y sangrientas en aquellas donde prevalece la llanura, y la vida pastoral se había desarrollado

con todos sus caracteres disgregativos, constituyendo grupos o clanes nómades antagónicos, sin sujeción posible a ningún régimen regular de gobierno, uniéndose ocasionalmente bajo la autoridad temporal de un caudillo, «para llevar por todas partes, a su paso, el terror y la devastación». Venezuela, como Argentina y Uruguay, sufría entonces las consecuencias necesarias y fatales que emanaban de su constitución geográfica. (1)

Los blancos habían sido siempre los amos, los propietarios, los dominadores, los privilegiados por las leyes y las

[1]— «Donde existen llanuras y caballos, existen bandoleros», asienta Heilwald. Y Schweiger, refiriéndose a lo que hace pocos años sucedía con los nómades de la Mesopotamia respecto a las autoridades turcas, pone a las claras la situación de los llaneros venezolanos en la época colonial y da la clave de los sucesos posteriores: «El gobierno otomano—dice—carece por completo de la fuerza y de la capacidad suficientes para implantar una civilización aceptable en el Irak - Arabi. Acosados hace ya largo tiempo por las grandes tribus de los Chamara, los Montofik, los Beni Lam y otras que vagan por el llano, los gobernadores turcos se ven obligados a pensar únicamente en el modo de conservar la estabilidad de las condiciones existentes; de suerte que la historia de estos últimos decenios se reduce a una lucha incesante, en la cual más de una vez han salido vencedores los adversarios del gobierno. Si las tribus árabes de las llanuras mesopotámicas pudieran ponerse de acuerdo, el gobierno se vería en grave aprieto enfrente de aquellas hordas poderosas que con frecuencia pueden reunir de 10 a 20,000 combatientes.» Cita de Heilwald, *La Tierra y el Hombre*. V. Demolins—*Comment la route crée le type social*. t. I. Ya insistiremos sobre estos puntos cuando estudiemos la influencia del medio en nuestra evolución histórica.

costumbres. Ejecutores de la justicia y administradores perpetuos de los bienes del común, una ambición muy legítima les había llevado a declarar la independencia, a desconocer al Rey de España con el único objeto—según la opinión de los realistas—de sustituirse al Monarca para establecer lo que Bolívar llamará «la tiranía doméstica activa y dominante». Pues contra esa casta debían desatarse, naturalmente, los odios de las clases populares. Contra su vida y contra sus intereses. Blanco, propietario y patriota, era todo uno para los soldados de Boyes y de Yañes; blanco, propietario y *godo* fué después la bandera que enarbolaron los mismos *beduinos*, cuando Morillo, obligado a restaurar el antiguo régimen y a someter las tropas venezolanas a la misma rigurosa disciplina del ejército peninsular, se vió abandonado por ellos, para pasarse a las filas de la independencia.

Morillo desprestigió entonces al Gobierno de España, por las mismas causas que produjeron desde 1827 la impopularidad absoluta del Libertador y más tarde la del mismo General Páez. Fundada ya la segunda República, en cuya constitución entró como elemento princi-

pal del proceso justificativo «la reacción contra las leyes draconianas del General Bolívar que tan odioso le habían hecho para el pueblo», es el propio Páez quien se ve precisado a reprimir del modo más cruento a sus antiguos tenientes, alzados a cada instante para derrocar las autoridades ejecutoras de las mismas leyes draconianas que tanto habían echado en cara al Libertador.

Alarmado el Congreso de 1836 con la continuación de los robos de ganado, y las constantes sublevaciones; y no obstante los hermosos principios sancionados en la nueva Constitución, dicta la terrible ley de hurtos, por la cual «los capitanes o cabezas de gavillas que infesten ciudades o caminos sufrirán la pena de último suplicio, y los demás cómplices la de ciento cincuenta azotes distribuidos en tres porciones de quince en quince días, y diez años de presidio». Para los hurtos de cien a quinientos pesos se imponían al reo *cincuenta azotes de dolor* y dos años de trabajo en las obras públicas del cantón o de la provincia respectiva. Excediendo de quinientos sin pasar de mil, el reo sufría el mismo número de azotes y cuatro años de trabajos; y de mil pesos en adelante los azotes de dolor su-

bían a setenta y cinco, con seis años de presidio». (1)

Esta ley venía a reformar la de Colombia de 3 de mayo de 1826, cuyo considerando retrata perfectamente la imperiosa necesidad que la dictó (2). Pero como el principal elemento de toda revolución era precisamente aquel contra el que debía descargarse el peso de la ley, cayó ésta en desuetud, cuando los adversarios de Colombia y de Bolívar necesitaron halagar las pasiones populares y establecer la impunidad como sistema, del mismo modo que lo hicieron primero Boves, después los patriotas y en el curso de nuestra agitada vida nacional, cuantos obedeciendo a los mismos instintos y a las mismas pasiones, que constituyen la trama inconsciente de nuestra evolución social, continuaron arrastrados por el torrente de odios y de pasiones cuyos diques rompieron, sin darse cuenta de sus conse-

[1] Cuerpo de leyes de Venezuela—Tomo 1º—270 y siguientes. Ley de 23 de mayo de 1836.

[2] «Considerando: que por una consecuencia de la dilatada guerra que ha sufrido la República cierta clase de hombres se ha desmoralizado hasta el extremo de atacar frecuentemente del modo más escandaloso la propiedad y la seguridad individual del pacífico ciudadano, etc., etc., etc.—Cuerpo de leyes de la República de Colombia. Edición de Espinal—1840—Ley de 3 de mayo de 1826.

cuencias, los ingenuos patricios del 19 de abril.

En cumplimiento de la ley de hurtos, «un juez de la parroquia Urbana, en la provincia de Guayana, hizo fijar un botalón—dice un periódico de la época—para dar azotes a los ladrones: algunos vecinos quitaron el botalón; el juez valiéndose de su autoridad, trató de reponerlo, y los amotinados lo asesinaron a él y a dos más. Después de cometido este crimen, trataron de convertirse y se convirtieron en efecto en una facción política contra el gobierno proclamando reformas y otras cosas». (1)

Juan Pablo y Francisco Farfán, los Jefes de aquella facción, que conmovió hondamente a la República, fueron dos de aquellos valentísimos oficiales llaneros, que después de haber sido furiosos realistas con Yañes, se convirtieron en héroes legendarios bajo las banderas de la Independencia (2). Y quienes a pesar de haber sido de los pocos favorecidos

[1] *El Liberal*—Caracas: 28 de marzo de 1837.—Nº 46. En la Biblioteca Nacional.

[2] Francisco figura como Teniente Coronel entre los Ciento Cincuenta Héroes de las Queseras del Medio; y Juan Pablo fué el audacísimo llanero que en la batalla de Semen hirió en el vientre de un lanzazo al General Pablo Morillo. Aut. de Páez. 1º págs. 161-185.

en la distribución que entre los oficiales se hizo de los hatos de Apure, continuaron en su vida de bandidos, confirmando las justas apreciaciones del Libertador.

Eran los Farfán — dice Páez — «de aquellos que en más de una ocasión me habían ayudado poderosamente a dar cima a mis temerarias empresas. Verdadero tipo del llanero beduino: hombres de estatura gigantesca, de atlética musculatura, de valor rayante en ferocidad y sólo obedientes a la fuerza bruta. Habían servido en las filas del realista Yañes; pero cuando yo ofrecí nombrar capitán a todo llanero que me trajera cuarenta hombres, se me presentaron con algunos secuaces, y desde entonces militaron conmigo en el Apure (1). Si yo hubiera sido muy severo con mis tropas habría tenido que castigar rigurosamente a los Farfanes, pues a menudo desertaban con su escuadrón, y después de cometer tropelías se me presentaban de nuevo, tratando de disculpar su

[1] Por aquellos mismos días el General en Jefe del Ejército Expedicionario cometía la imprudencia de arrebatar a los llaneros los despachos de oficiales que habían alcanzado con Boves, Yañes y Morales, y los destinaba a servir como soldados. Rodríguez Villa— Obra citada Tomo III. Pág. 336.

ausencia con algún pretexto inadmisibile. La tolerancia—agrega el General Páez, contradiciendo lo que afirma en otras páginas de sus Memorias,—era en aquellos tiempos virtud que recomendaba la prudencia, y exigía la necesidad de contar con los valientes». (1)

«Poco antes de la batalla de Mucuritas—continúa—me hicieron los Farfanes una de las suyas, y los despedí amenazándolos con matarlos a lanzazos si luego a luego no se retiraban de mi presencia con toda su gente; y por esto no asistieron a aquella tan gloriosa función de armas. Más adelante volví a admitirlos, y ya se ha visto lo útiles que me fueron en la toma de Puerto Cabello el año 23».

Logró Páez someterlos por entonces «con sólo sus consejos.» juraron ellos «en falso, como buenos llaneros», y en el año siguiente tornaron a levantarse proclamando cualquier cosa, lo primero que les vino en mientes a algún tinterillo que les servía: la resurrección de la Gran Colombia, la reforma de la Constitución,

[1] Restrepo—Obra citada. 2ª pág., 436.—El Ejército de Apure que mandaba el General Páez, era un conjunto de llaneros valientes, pero sin disciplina, y acostumbrados en general a cometer cualesquiera crímenes que no siempre se podían castigar».

el restablecimiento del fuero militar y eclesiástico, el juicio por jurados, etc., asuntos de los cuales estaban ellos tan bien enterados, como Cisneros, el guerrillero realista de los Valles del Tuy, cuando el año 29 proclamaba juntamente al Rey de España y al General Santander y «mueran los blancos» (1). Buscaban ellos en realidad lo que más les importaba: la absoluta impunidad para sus crímenes y la abolición de los impuestos que, bajo distinta denominación, eran los mismos que tan odioso habían hecho el antiguo régimen.

Páez había faltado realmente a su palabra. Porque no sólo fué bajo la promesa que él les hiciera, después de la muerte de Boves, de dividir entre ellos las propiedades de Apure, sino de que libre Venezuela se les libraría de toda especie de contribuciones, como los llaneros se resolvieron a convenir en que la Independencia o la *diablocracia*—según ellos decían—«no era ninguna cosa mala» y que lo mismo daba matar y robar gritando viva Fernando VII, o viva la Patria.

Pero el Mayordomo Páez no era ya

(1) *Gaceta de Venezuela*—30 de mayo de 1830.

el Jeque árabe, el Kan de tártaros de que nos hablan los que le conocieron en tiempos anteriores; o el señor absoluto descrito por él propio al General Santander, ni el sucesor de Boves, como le titula Morillo, ni el jefe de bandoleros de que hablaban los realistas, obligado a ejercer «la tolerancia de todos los delitos como virtud que recomendaba la prudencia». Páez era para 1837 el *Fundador del Poder Civil*, el *Ciudadano Esclarecido de Venezuela*, el Restaurador de la Constitución, el Jefe de la Oligarquía Conservadora. Sus gloriosos servicios que le habían elevado al primer puesto de la República, le habían convertido también en el más rico propietario. Instintivamente inclinado a la vida civilizada, había comenzado su educación imitando a los ingleses que llegaron a Apure el año 18 y en roce constante desde entonces con los hombres más notables de la época, había adquirido ya todas las ideas y todos los hábitos del hombre de gobierno, demostrando la enorme capacidad de adaptación que caracteriza a los caudillos venezolanos.

Procedió entonces Páez de acuerdo con su nueva situación y con su carácter de «representante de la sociedad»; con sus

altas funciones de Gendarme Necesario, que el alejaban por completo de sus antiguos tenientes. Habiéndose hecho nombrar Jefe Supremo del Ejército por el Encargado de la Presidencia de la República, el General Carlos Soublette, cayó violentamente sobre la facción criminal de los Farfanes y en un hecho de armas que le valió el nombre de «León de Payara», pasó a cuchillo a sus antiguos compañeros de glorias y de afanes. De entonces comenzó el declinar de su popularidad; de entonces comenzó a sufrir la misma ley que ha conducido al pueblo en toda época de anarquía a quebrar sus ídolos, cuando éstos, guiados por otros sentimientos y otros intereses más elevados y más nobles, dejan de halagar las pasiones innobles de la turba, convirtiéndose de encubridores o cómplices de sus delitos, en defensores del orden social y en ejecutores de la justicia.

EL GENDARME NECESARIO

—

I

SI en todos los países y en todos los tiempos — aun en estos modernísimos de que tanto nos ufanamos haber conquistado para la razón humana una vasta porción del terreno en que antes imperaban en absoluto los instintos—se ha comprobado que por encima de cuantos mecanismos institucionales se hallan hoy establecidos, existe siempre, como una necesidad fatal «el gendarme electivo o hereditario de ojo avizor, de mano dura, que por las vías de hecho inspira el temor y que por el temor mantiene la paz», (1) es evidente, que en muchas de estas naciones de Hispano América, condenadas por causas complejas a una vida turbulenta, el *Caudillo* ha representado una necesidad social, realizándose aún el fenómeno que los

(1) Taine. *Les Origines*. t, I, pag. 341.

hombres de ciencia señalan en las etapas de integración de las sociedades: los jefes no se eligen sino se imponen. La elección y la herencia, aun en la forma irregular en que comienzan, constituyen un proceso posterior. (1)

Es el carácter típico del estado guerrero, en que la preservación de la vida social contra las agresiones incesantes exige la subordinación obligatoria a un Jefe. (2)

Cualquiera que con espíritu desprevenido lea la historia de Venezuela, encuentra que aun después de asegurada la independendencia, la preservación social no podía de ninguna manera encomendarse a las leyes sino a los caudillos prestigiosos y más temibles, del modo como había sucedido en los campamentos. «En el estado guerrero el ejército es la sociedad movilizada, y la sociedad, es el ejército en reposo».

Nada más lógico que Páez, Bermúdez, Monagas, fuesen los gendarmes armados contra las montoneras salvajes,

(1) Mariano Cornejo.—*Sociologia General*.—t II.—p. 501.

(2) Spencer.—*Principes de Sociologie*.—Bourdeau.—*Les-maitre de la pensée contemporaine*.

dispuestas a cada instante y con cualquier pretexto, a repetir los crímenes horrendos que destruyeron en 1814, según la elocuente frase de Bolívar, «tres siglos de cultura, de ilustración y de industria».

Don Fernando de Peñalver escribía en 1823: (1)

«Es una verdad que nadie podría negar, que la tranquilidad de que ha disfrutado Venezuela desde que la ocuparon nuestras armas, se ha debido al General Páez, y también lo es, que si él se alejase de su suelo, quedaría expuesto a que se hiciese la explosión, pues sólo falta, para que suceda esta desgracia, que se apliquen las mechas a la mina».

El señor Peñalver fué de los primeros en comprender la importantísima función que Páez ejercía en Venezuela, sin embargo de que, como había dicho en 1821, sólo existía «un pueblo compuesto de distintas castas y colores, acostumbrado al despotismo y a la superstición, sumamente ignorante, pobre, y lleno al mismo tiempo de los vicios del Gobierno español, y de los que habían nacido en

[1] O'Leary—Correspond.—VIII. pág. 397.

los diez años de revolución»; y creía el fiel amigo de Bolívar, que la República «necesitaba por mucho tiempo de un conductor virtuoso, cuyo ejemplo sirviese de modelo, particularmente a los que habían hecho servicios importantes y que por esta razón se consideraban con derechos que no tenían, ni podían pertenecer a ninguna persona». (1)

Pero al estallar la revolución del 26, provocada por los que creían en la panacea de las constituciones escritas (2) sin sospechar siquiera la existencia de las constituciones efectivas surgidas del estado social y que son las que gobiernan las naciones, estampa este consejo seguido tan fielmente por el Libertador, cuya conducta fué censurada con grande acritud, principalmente por Santander, «el hombre de las Leyes», despechado por la política con que trató a Páez, alzado contra la Constitución y contra el Gobierno de la Gran Colombia.

«Creo que este General (Páez)—decía D. Fernando—debe ser tratado con mu-

(1) Op. cit. VIII pág. 370.

(2) El partido civilista de Caracas acusó a Páez ante el Congreso, por violación de las garantías constitucionales y fueron hombres civiles, entre los que se contaban antiguos realistas, quienes dieron curso a la acusación.

cha lenidad por ti y por el Gobierno, pues si se quiere emplear en él el rigor de las leyes y no la política, pueden muy bien resultar las más funestas consecuencias. Tú conoces más que nadie los elementos de que se compone nuestro país, cuyos combustibles, inflamados por una persona como el General Páez, harían los más horribles estragos». (1)

Briceño Méndez, que pensaba también muy hondo, critica las medidas tomadas por Santander, con la pretensión de co-honestar la influencia de Páez y «contener el progreso de la revolución con pequeñas intrigas».

«Quizás el General Santander—decía—no conoce el peligro, pero Soublette que ha visto el país y que debe tener penetrado al corifeo de la *gente colorada*, no puede ser dispensado. Yo voy a ver si alcanzo que me oigan, aunque temo mucho que los partidos sofoquen mi voz, si no me condenasen desde antes de oirme». (2)

(1) O'Leary.—Op. cit.

(2) Op. cit. VIII—pág. 212.

Si el Libertador, inspirándose en Santander y en los constitucionalistas, hubiese declarado a Páez «fuera de la Ley»; si por sostener los preceptos abstractos de un Código, que no era otra cosa que un plagio, una servil imitación de las instituciones democráticas de la Francia revolucionaria antes de la reacción *thermidoriana*; si prescindiendo de sus propias convicciones, se deja guiar por los ideólogos, los escasos restos de cultura salvados de la Guerra Magna habrían desaparecido en una lucha semejante a la de los años 13 y 14.

Los historiadores que se contentan con las fuentes oficiales, prescinden del estudio pormenorizado de aquellos años, en que la mayor parte de la población de Venezuela vivía en los montes como las tribus aborígenes; en que los llaneros realistas, mulatos y zambos retirados de Carabobo en número de cuatro mil, andaban en partidas robando y asesinando; y los patriotas envalentonados con sus laureles, se creían con derechos aún mayores, al punto que Aramendi — por ejemplo — llegó a convertirse en un azote de las poblaciones del llano y hubieron de cazarle como a un tigre; en que las sublevaciones de la gente de

color se sucedían a diario en todo el país; y en Cumaná, Barcelona, Guayana, Barinas y aun en las cercanías del mismo Caracas, se repetía el grito pavoroso de 1814: *!Viva el rey! !Mueran los blancos!* (1). ¿Cuál era el papel que, en un medio social semejante, podían representar la Constitución y las leyes?

Las sublevaciones no se contenían sino con los fusilamientos en masa. Páez, Bermúdez, Monagas, Urdaneta, tenían que cumplir el deber supremo de amparar, con la fuerza inflexible de su brazo, el renaciente orden social contra aquellas bandas que asolaban los campos, saqueaban e incendiaban las poblaciones, vejaban a las autoridades, y asesinaban a los blancos.

Los detalles, los hechos menudos, *les petits faits*, que tanto desdeñan los historiadores retardados, constituyen la trama de multitud de sucesos que hasta hoy no han podido explicársenos.

(1) Restrepo—*Historia de Colombia*—T. III -Capítulo VIII.—Páez. *Autobiografía, y su Correspondencia*, en O'Leary. T. II.—De 1821 a 1830 se contaron más de cincuenta sublevaciones de negros, reprimidas sin fórmula de juicio. El Sr. F. González Guinán, en su voluminosa *Historia Contemporánea de Venezuela* (T. I, pág. 79), asegura, sin embargo, que no existió jamás en Venezuela la cuestión de castas.

Cuando se examina la situación de Venezuela después de la guerra; cuando se ve que la gran riqueza acumulada; sobre todo, en los últimos setenta años de la Colonia, había desaparecido; que la clase elevada, los poseedores de la ilustración, de la cultura y de la riqueza habían sucumbido o emigrado, y que el pueblo, la masa de esclavos, de gentes de color y de indígenas, se hallaban en plena evolución regresiva por catorce años de aquella guerra asoladora, es fácil explicarse la supremacía, el encumbramiento de los más valientes y de los más temidos. «Entregado a sí mismo, retrotraído súbitamente al estado natural, el rebaño humano—dice Taine—no sabría más que agitarse, pelear, hasta que la fuerza bruta llegara al fin a dominar como en los tiempos bárbaros, y hasta que del fragor de la lucha surgiera un Caudillo militar, el cual, generalmente, es un verdugo». (1)

Páez no lo fué nunca; y allí está la faz más noble y sorprendente de su descolante figura.

(1) *Op. cit.* I. p. 345.

II

Otras causas contribuían a mantener aquel estado de *anarquía espontánea*.

Del año 21 al año 30, la miseria fué espantosa. Bolívar, que todo lo poetizaba, decía a Sucre desde Caracas el 10 de febrero de 1827: «Es verdad que hemos ahogado, en su nacimiento la guerra civil; mas la miseria nos espanta, pues no puede usted imaginarse la pobreza que aflige a este país. Caracas llena de gloria, parece por su misma gloria, y representa muy a lo vivo lo que se piensa de la Libertad, que se ve sentada sobre ruinas. Venezuela toda ofrece ese hermoso pero triste espectáculo. . . . Cumaná está tranquila, pero como el resto de Venezuela, gime en la más espantosa miseria». (3)

«El comercio estaba paralizado; los giros suspendidos; nada se compraba o se vendía por mayor; los detalles eran limitadísimos; las aduanas nada produ-

(3) O'Leary—*Correspondencia del Libertador*.—Este concepto de la Libertad, desnuda o vestida de harapos, y rodeada de ruinas o surgiendo de un suelo lleno de cadáveres, como la soñó Coto Paúl, ha sido funestísimo para todos los pueblos de Hispano-América; pues todo aquél que arruina y mata, se ha creído con derecho a considerarse un *libertador*; y toda revolución ha venido siempre a *libertar* la República.

cían, porque eran muy raras las entradas de buques; nada se recaudaba por la contribución directa y los deudores se aprovechaban del desorden y alegaban las dificultades para vender los frutos así como su abatido precio». (1)

En 1828 el General Briceño Méndez, Intendente entonces del Departamento de Venezuela, dice: «El gran mal que tenemos aquí es la miseria. No puede describirse el estado del país. Nadie tiene nada y poco ha faltado para que el hambre se haya convertido en peste». (2)

El Doctor Alamo, Jefe de la Alta Policía, escribía al Libertador por los mismos años: «Continúa cada vez más la miseria en Caracas, de un modo que no alcanza la ponderación; basta decirle que hasta sus amigos, (los de Bolívar), los más previsivos, están sin medio; ningún fruto vale y a ningún precio se compra nuestros artesanos, con sus discípulos y oficiales, se han abandonado al ocio y aun a las maldades, en términos que los presidios y las cárceles están llenos de hombres que hemos conocido

(1) Op. cit. VIII. pág. 421.

(2) Op. cit. VIII—Pág. 271.

en otro tiempo de una conducta regular y laboriosa. Esto da horror, mi General; de noche se encuentran por las calles porción de mujeres cambiando silletas, mesas, cajas, y demás muebles por comida, y casi no se enciende lumbre en Caracas». (1)

El Gobierno, sin embargo, se manifestaba inflexible con los deudores a fondos públicos y el Congreso apelaba al triste expediente de dictar leyes severísimas contra los ladrones, castigándolos con la pena de muerte y condenando a los vagos—en cuyo número se contaban millares de hombres que no trabajaban por no hallar donde hacerlo—a servir por años como soldados en la marina de guerra. (2)

«La Ley contra los deudores tiene bastantes adversarios—decía el Intendente Briceño Méndez—y merece meditarse, porque como hoy todos son deudores, y la mayor parte son tramposos, es temible excitar su indignación». (3)

(1) Op. cit. II—Pág. 379.

(2) V. *Cuerpo de Leyes de Colombia*—Edición Espinal, —1840.—Pág. 524 y siguientes.

(3) O'Leary—VIII—pág. 273.

Muchos de esos tramposos eran hombres de grande importancia social y política. El Doctor Francisco Aranda, por ejemplo, que se encontraba en 1828 «sin poder cumplir varios compromisos en que entró para comprar y mejorar una hacienda; «ahora—dice Briceño Méndez—se encuentra con todos los plazos vencidos y estrechado por sus acreedores, de tal modo que yo, en mi pobreza he tenido que prestarle 2.000 pesos para que no lo pusieran en la cárcel. El es hombre de bien y quiere pagar». Entre tanto, se negaba el doctor Aranda a aceptar el puesto de Ministro Juez de la Corte, que Bolívar le ofrecía, «para que no le censuren el que siendo un tramposo esté dando sentencias contra los que están en su mismo caso». (1)

III

El Libertador, había creído también que el mal no estaba sino en la falta de cumplimiento de las leyes, o en su lenidad, y desde que pisó tierra

(1) Op. cit VIII.—296.—Esto explica el origen de las ideas económicas del Doctor Aranda y su filiación en el Partido Agrícola que más tarde se refundió en el *liberal*. En igual caso se hallaron Tomás Lander y otros que formaron en la oposición liberal en 1840.

venezolana en 1826, comenzó a dictar medidas tremendas, que en mucho contribuyeron a desprestigiarle, en un pueblo donde la popularidad se alcanzaba entonces con la impunidad para todos los delitos. José Tomás Boves fué el primero que empezó a demostrarlo elocuentemente. (1)

Desde Coro dijo al General Urdaneta: «Parece como si se quiere saquear la República para abandonarla después. Cada día me convenzo más por lo que veo y oigo en el país, que la hermosa organización de la República lo ha convertido en otra gran Sierra Morena. *No hay más que bandoleros en ella.* — Esto es un horror!!! y lo peor de todo es, que como un mártir, voy a batirme por la santidad de las leyes». (2)

Era cierto: Venezuela entera vivía del fraude en todos sus formas; y podían contarse los empleados que tenían las manos puras de peculado. Había Departamentos como el de Maturín (que comprendía las provincias de Barcelona, Cumaná, Maturín y Margarita), «donde los males de

(1) Restrepo. — *Historia de Colombia*. T. II. Baralt. *Resum. de Hist. de Venezuela I.*

(2) O'Leary. — *Cartas del Libertador*. — XXXI — Pág. 299 y siguientes. — Lo subrayado está así en el texto.

la paz, lo han arruinado más que los de la guerra; donde un enjambre de empleados absorbe cantidad inmensa de numerario que no produce su Erario agonizante. Un Tribunal de Cuentas sin cuentas que examinar.....Y por desgracia—agregaba el secretario Doctor Revenga—no tiene datos el Libertador para creer exagerados estos informes».

La severidad de las leyes—como sucede en la historia de las instituciones jurídicas— es la prueba más cierta de la fuerza de los vicios que ellas pretendían corregir. (1)

El decreto de 8 de marzo de 1827 reglamentando la Hacienda Pública, dictado por el Libertador, castigaba con la pena de muerte a los defraudadores de las rentas del Estado: «por pequeña que fuese la cantidad sustraída»,

«Cada vez se va haciendo más profundo el abismo en que nos hallamos—decía Bolívar a Páez el 20 de marzo. En Cumaná y Barcelona continúan las insurrecciones. Tres o cuatro cantones de aquellas Provincias se han puesto en

(1) Bougle.—*Les indésignitaires*.—Giraud.—*Droit français au moyen âge*.—I, pág. 190.

armas contra sus jefes. El General Rojas (Andrés) me da parte de todo ésto, aconsejando al mismo tiempo tome providencias muy enérgicas y muy resueltas». (1)

Ya había empezado a tomarlas sin esperar el consejo. A la rebelión de algunas tropas acantonadas en Valencia, respondió el Libertador con su acostumbrada energía: «Los individuos que aprehendan de Dragones, Artillería y Anzoátegui comprendidos en la rebelión de Valencia, serán fusilados en el acto que los tomen las partidas que Ud. mande y mande también el coronel Alcántara de los Valles de Aragua; de suerte que los que sean aprehendidos en los Llanos vengan aquí, y los que Uds. cojan en el territorio que les he señalado sean fusilados en el acto». (2)

Estas sublevaciones de la tropa obedecían a la falta de paga y al temor de que se les embarcara para el sur de Colombia, de donde bien sabían que no se dejaba regresar a los oficiales

(1) O'Leary pág. 367.—*Al General Páez*—Caracas 20 de marzo de 1827.

(2) Op. cit.—pág. 361.

de color por temor a las constantes insurrecciones. (1)

«Estamos en una crisis horrorosa,—escribía días más tarde—no ha quedado en la República más que un punto de apoyo, y este mismo punto ha sido atacado por todas partes, hasta el caso que Ud. lo ve, pues ya las tropas de Colombia han perdido el prestigio que me tenían, según lo que se ha visto con esos soldados de Valencia por una simple sospecha de *que los querían embarcar*».

Y eran esos los hombres, peligrosos por su audacia, por su valor y por sus tendencias, contra quienes se daban órdenes de fusilamiento sin fórmula de juicio. Fatal necesidad, tan fatal como el resultado que debía producir.

Convencido el Libertador de que era necesario desplegar una «energía cruel, para entonar el Gobierno» (2) no se detenía en las medidas de represión y castigo, por más duras que fuesen:

«Ya he dado orden de que fusilen a todos los rebeldes, y cuatro que han venido aquí se fusilan hoy.... Yo me he

(1) Op. cit VIII, pág. 20. *El Coronel Diego Ibarra al Libertador*.

(2) Op. cit.—*Correspondencia del Libertador*. XXXI—pág. 371-372.

mostrado inexorable en esta circunstancia con respecto a todo, todo. He mandado castigar de muerte a los criminales y a meter en la cárcel los deudores del Estado». (1)

«Yo estoy resuelto a todo: por libertar a mi patria declararé la guerra a muerte, sometiéndome por consiguiente a todo su rigor; por salvar este mismo país estoy resuelto a hacer la guerra a los rebeldes, aunque caiga en medio de sus puñales. Yo no puedo abandonar a Venezuela al cuchillo de la anarquía; debo sacrificarme por impedir su ruina». (2)

Las consecuencias de ese rigorismo son fáciles de deducir, en un pueblo donde la causa de la independencia no había tenido prestigio; donde la gran mayoría no sólo analfabeta sino bárbara, apenas concebía otra patria que el pedazo de tierra donde había nacido; ni podía tener otra idea de libertad que la de una absoluta licencia, limitada únicamente por el temor a un Jefe. Por todas partes circulaban las más peregrinas especies, sobre todo en los llanos, donde era general la creencia de que

(1) Op. cit., pág. 373.

(2) Op. cit., pág. 365.

el Libertador «estaba embarcando a las pardos para pagar a los ingleses la deuda de la República, añadiendo que las jóvenes también debían recojerse para esta entrega». (1)

El peligro era inmenso, porque aquel pueblo no era de ningún modo semejante a las indiadas sumisas de la Nueva Granada, del Ecuador y de Bolivia. (2)

«Gente feroz y perezosa—dijo Morillo—que aun en los tiempos de paz había errado en caravanas por la inmensa extensión de las llanuras, robando y saqueando los hatos y las poblaciones inmediatas», habían llegado al completo desarrollo de sus instintos regresivos en catorce años de anarquía.

(1) Op. cit. II. Pág. 87.—Páez al Libertador desde, Achaguas el 31 de marzo de 1827:

Es curioso observar cómo esta fábula surge en cada conmoción, hasta aun después de haberse abolido la esclavitud. En 1859 era general el convencimiento de que se iba a restablecer la esclavitud «los pobres creían que se les quería vender a los ingleses para con sus carnes hacer jabón y con sus huesos cachas de cuchillos, bastones y sombrillas». V. Laureano Villanueva.—*Biografía de Zamora*, pág. 291.—Gil Fortoul.—*Historia Constitucional de Venezuela*—II pág. 389.—Lisandro Alvarado.—*Historia de la Revolución Federal en Venezuela*,—pág. 48.—Se ve cómo al través de todas las pseudo-transformaciones constitucionales, el medio social continuaba siendo el mismo. ¿Por qué habían de cambiar sus productos?

(2) La diferencia de evolución entre esos países y el nuestro, es «asunto de mapa» — como decía el doctor Rafael Núñez—y de raza, además. Ya lo veremos.

Se refería especialmente a los llaneros el General español; pero hay que tomar en cuenta, además, que en la masa de la población urbana, tampoco preponderaba el indio reducido, ni el mestizo «de carácter dulce y bondadoso», sino el mulato de imaginación ardiente; individualista, nivelador, trepador y anárquico, «raza servil y trepadora», como la calificó el argentino Sarmiento, en la cual parece que la disgregación de los caracteres somáticos de las razas madres correspondiera, como una consecuencia necesaria, a la disgregación de los caracteres psicológicos, relajando los lazos que deben unirla a la una o a la otra, para producir un tipo aislado, sin ideas ni sentimientos colectivistas, sin espíritu de sociabilidad, confiando siempre en sus propias fuerzas para allanar los obstáculos que se opongan a su elevación. Terreno admirablemente preparado para recibir y hacer fructificar violentamente los principios demoledores y niveladores del jacobinismo imperante.

IV

Ya no había esclavos. Desde 1812, patriotas y realistas habían de hecho y

de derecho realizado la emancipación, y todo retroceso hacia la antigua disciplina constituía un grave peligro para el partido que la pretendiera. «Los ponen en libertad completa—escribía el General Don Pablo Morillo, criticando a los patriotas—los llaman ciudadanos y entran a ser capitanes, coroneles y generales.... y aunque el país en que se hallen vuelva a ser ocupado por las armas del Rey, entran a reclamarlos sus amos o se dispersan por los campos y aumentan el número de foragidos». (1)

«No hay medios—continúa el General español—de reducir de nuevo al trabajo a unos hombres regostados con la vida militar», porque «es moralmente imposible que un hombre que haya disfrutado de la libertad viva tranquilo y sosegado en la servidumbre.... su calma es la de los volcanes que se encuentran en quietud mientras se reúnen los materiales que algún día deban formar la explosión más horrorosa». (2)

Perseguidos por las autoridades realistas, sometidos por la fuerza al tra-

(1) Rodríguez Villa. *Biog. Documentada del General Morillo*.—Vol. III, Doc.

(2) Ibid. Ibid.

bajo de las haciendas o a la dura disciplina del ejército peninsular, se unían a los libertos y huían a los llanos, donde «iban reuniéndose en pequeñas partidas, proclamando la Independencia que era la voz con que podían continuar robando», después de haber comenzado su obra de depredaciones proclamando al Rey de España.

Los patriotas, por su parte, estaban en la imperiosa necesidad de acogerlos en sus filas y de recompensar sus servicios, sin pensar siquiera en las consecuencias, porque para ellos no existía ni debía existir entonces otro propósito que el de vencer al enemigo, y realizar la Independencia, crear la Patria y aquellos hombres eran tan venezolanos como los otros. Otra ventaja de carácter social había para los patriotas convirtiendo los esclavos en soldados. En 1819 ordena el Libertador la conscripción de cinco mil esclavos jóvenes y robustos, para aumentar el ejército. El Vice-Presidente Santander hizo observaciones legales sobre esta medida por la multitud de brazos útiles que se arrancaba a la agricultura; pero el Libertador mandó cumplirla, «manifestando ser altamente justa para restablecer la igualdad civil y política, porque man-

tendría el equilibrio entre las diversas razas de la población. La raza blanca era la que había soportado el peso de la guerra». (1)

Realizada la Independencia, surge, junto con los prejuicios de clase y la necesidad de la conservación social, el poderoso móvil de los intereses materiales; y al tiempo que el Congreso restablece en cierto modo la esclavitud, con la Ley de Manumisión, las opiniones de los realistas concuerdan en absoluto con la de los patriotas, clamando contra el peligro que representaba la libertad de los negros.

«Bolívar, como un déspota insolente—escribía el furibundo realista José Domingo Díaz—dispone de vuestras propiedades en la libertad de vuestros esclavos; os condena a la miseria despojándonos de vuestra principal riqueza, y os prepara males cuya espantosa perspectiva es necesario considerar en silencio». (2)

Y el General Pedro Briceño Méndez decía al Libertador en 1828: «Los esclavos están perdidos. No hablan más

(1) Restrepo. *Historia de Colombia*. T. III, pág. 19.

(2) *Recuerdos de la Rebelión de Caracas*, pág. 317.

que de derechos, y se han olvidado enteramente de los deberes». Y opinaba por establecer la disciplina antigua para no favorecer «la holgazanería, los vicios y la insubordinación de aquella clase soez y brutal que puede sernos peligrosa». (15)

V.

Si hasta 1824 no existía para Bolívar otra necesidad primordial que la de la Independencia, fué a partir de aquella fecha la reorganización social el pensamiento que iba a prevalecer por completo en la mente del Grande Hombre. Pero sus altas nociones de justicia y de moral; su pulcritud, janiás puesta en duda ni por sus peores enemigos; su educación y su estirpe, que le alejaban de una igualdad que por largos años todavía iba a ser una pura abstracción, todo contribuía a poner al Libertador en choque abierto con los hechos emanados del determinismo histórico, condenándolo necesariamente a la más absoluta impopularidad.

(15) O'Leary. Op. cit., VII, pág. 274.

Entonces no se recordaron más sus glorias; sus enemigos, antiguos realistas en su gran mayoría, llegaron a discutir públicamente los grandes beneficios de la Independencia y se revivieron en la memoria del pueblo los hechos sangrientos de 1814, sin una sola atenuación. Y al tiempo que su prestigio decaía y se iban hacinando por todas partes los elementos reaccionarios que debían producir la disolución de la Gran Colombia, al General José Antonio Páez, quizás maliciosamente, se le exhibía como el representante legítimo del pueblo de Venezuela, como el Jefe nato de las grandes mayorías populares—valiéndonos de la jerga de nuestros jacobinos— como el *representativo* de su pueblo, como el genuino *exponente* del medio social profundamente transformado por la revolución.

Desde su señorío de Apure escribía al Libertador en 1827: «Aquí no se me ha dado a reconocer ni como Comandante General, y si se me obedece es más por costumbre y conformidad que por que yo esté facultado para mandar; es porque estos habitantes me consultan como protector de la Religión, pidiéndome curas y composiciones de Iglesias; como abogado, para que decida sus pleitos; como militar, para

reclamar sus haberes, sueldos, despachos y grados; como Jefe, para que les administre justicia; como amigo, para que los socorra en sus necesidades, y hasta los esclavos a quienes se dió libertad en tiempos pasados y que algunos amos imprudentes reclaman, se quejan a mí, y sólo aguardan mi decisión para continuar en la esclavitud o llamarse libres». (1)

¿De cuál Constitución republicana y democrática podían emanar tan amplias atribuciones?

El viajero que comparó a Páez con un Kan de tártaros, con un Jeque árabe, estuvo en lo cierto. Y al asemejarle a Artigas, asentó un paralelo entre los pueblos de llanuras que produjeron los dos grandes caudillos. (2)

A la elevada estructura moral de Don Simón Bolívar, no podía ajustar esta investidura semi-bárbara.

(1) O'Leary. *Correspondencia* II. *Páez al Libertador desde Achaguas* 31 de marzo de 1827. El año 22, había escrito Páez a Santander «yo he sido uno de los altos representantes acostumbrado a obrar por sí..... yo mandé un cuerpo de hombres sin más leyes que mi voluntad, yo grabé moneda e hice todo aquello que un señor absoluto puede hacer en sus Estados.

(2) Mollien-Voyage dans la Republique de Colombie en 1823.—T. II. pgás. 202-203.—Cet homme, qui pouvait jouer sur les rives de l'Orénoque le rôle d'Artigas, sur celles de la Plata, reste fidèle à Bolívar, dont les manières affables et généreuses l'ont gagné.

VI

Pero por fortuna para Venezuela, el General Páez llegó a ser un verdadero Hombre de Estado. Concepto éste que considerarán extraño aquellos que se figuran aún, que la ciencia de gobernar se aprende en los libros y no se dan cuenta de las enseñanzas positivas de la Historia. Se nace hombre de gobierno como se nace poeta. Cuando se lee con criterio desprevénido la vida de Páez; se recuerda su origen humilde, su falta absoluta de instrucción, el género de guerra que le tocó hacer y en la cual se destaca más como un jefe de horda, como un capitán de bandoleros, que como un militar en el rígido concepto del vocablo, su actuación en el gobierno regular del país, en medio de aquel desorden orgánico, de aquella espantosa anarquía creada por la guerra y acentuada por el desbarajuste político y administrativo de la Gran Colombia, es digna de los mayores encomios, y parecería un hecho singular si la historia no presentara a cada paso ejemplos semejantes.

Cuando los hijos de Tancredo de Hauteville invadieron la Italia meridional,

como verdaderos salteadores de caminos, y Roberto Guiscar, el más valiente y atrevido de todos ellos se conduce «como un legítimo ladrón», según reza la *Cronica de Amatus*, citada por Demolins—(1) «admira cómo al establecer definitivamente su dominio se transforman en hombres de gobierno, haciendo renacer el trabajo, desenvolviendo la cultura, amparando la propiedad, constituyendo la gerarquización social, y sustituyendo, en fin, el orden a la anarquía» «Aquellos rudos batalladores—dice Lenormant—que en sus comienzos no se ruborizaron de ejercer un oficio de verdaderos salteadores, y que eran en realidad absolutamente iletrados, fueron después admirables promotores del progreso y de las luces. Favorecieron con amor en sus estados y en su corte las artes y las ciencias sin hacer distingos en su protección entre católicos, griegos y musulmanes, convirtiéndose ellos mismos en hombres cultos, excitando el talento, recompensando el mérito y la capacidad en cualquier clase, en cualquier raza y en cualquier religión en que se manifestasen». (2)

(1) Les Grandes Routes de Psuples. t. II. psg. 321.

(2) «La Grande Grece. t. II. pag. 41 5.

Acá, en nuestra América, el eminente publicista argentino Alberdi, escribía en 1852 refiriéndose a su país, en sus célebres *Bases de la Constitución*: «Los que antes eran repelidos con el dictado de *caciques*, hoy son aceptados en el seno de la sociedad de que se han hecho dignos, adquiriendo hábitos más cultos, sentimientos más civilizados. Esos jefes, antes rudos y selváticos, han cultivado su espíritu y carácter en la escuela del mando, donde muchas veces los hombres inferiores se ennoblecen e ilustran. Gobernar diez años es hacer un curso de política y de administración». (1)

«Nada es más justo—dice Proal—que el régimen en el cual los ciudadanos todos, por medio del trabajo, el mérito y el patriotismo pueden alcanzar las más altas posiciones. Pero es lo cierto que los mejores ministros y los mejores Presidentes no han sido siempre los letrados ni mucho menos los oradores. En los Estados Unidos se ha presentado el fenómeno de que antiguos obreros han llegado a ser hombres de estado eminentísimos. Franklin fué impresor; Lincoln, car-

(1) *Organización de la Confederación Argentina*.—t. I. p. 126. Edición de Besanzon, 1858.

nicero; Horacio Mann, labrador; Johnson, sastre y Grant, curtidor como Félix Faure, el Presidente de Francia. . . . Los pueblos de raza latina, que tan apasionadamente aman la elocuencia, se figuran que sólo el dón de la palabra confiere todas las suficiencias y en especial el talento de gobernar. De allí el número siempre creciente de oradores profesionales, de abogados y profesores que llenan las asambleas, a pesar de que la historia de todos los pueblos civilizados está diciendo que han sido los industriales y comerciantes, los ingenieros, los agricultores, los antiguos administradores antes que los oradores brillantes, quienes han producido los políticos más avisados, los gobernantes más aptos; porque regularmente los oradores no son más que artistas de quienes puede decirse: *verba et voces, prætereaque nihil*. Muchos oradores experimentan la necesidad de hablar como los cantores la necesidad de cantar y los músicos la de tocar su instrumento, sin cuidarse de las consecuencias de sus palabras, ni de la precisión de sus ideas, ni de la exactitud de sus afirmaciones. Virtuosos de la palabra, aman la tribuna, como un músico ama su violín, con el único propósito

de arrancarle bellos acordes. El dón de la palabra no puede tomarse como una señal inequívoca de mérito; él no implica lo más necesario en un hombre de gobierno: un juicio recto y la experiencia de los hombres y de las cosas; se puede muy bien hablar de todo, sostener con éxito las tesis más contradictorias, y carecer al mismo tiempo de las cualidades más elementales de un buen gobernante». (1)

El General José Antonio Páez, que apenas sabía leer en 1818, «y hasta que los ingleses llegaron a los llanos no conocía el uso del tenedor y del cuchillo, tan tosca y falta de cultura había sido su educación anterior» apenas comenzó a rozarse con los oficiales de la Legión Británica, imitó sus modales, costumbres y traje y en todo se conducía como ellos hasta donde se lo permitían los hábitos de su primera educación» (2). Y este rudo llanero, colocado a la cabeza del movimiento separatista de Venezuela, con los escasos elementos cultos que se habían salvado de la guerra y con los muy contados que vol-

(1) Proal. — *La Criminologie Politique*. Preface. págs. XXII-XXIII.

(2) Cita que hace el mismo General Páez en su *Autobiografía*. V. I, pág. 142 y sigts. de un libro escrito por

vían de la emigración, tuvo el talento, el patriotismo y la elevación de carácter suficientes, no para «someterse a la constitución»—como han dicho sus idólatras,—porque su poder fué siempre el mismo, sino para proteger con su autoridad absoluta, el establecimiento de un gobierno regular, que fué para aquella época el más ordenado, el más civilizador y el de mayor crédito que tuvo la América recién emancipada. E, institutivamente, dando así más sólidos fundamentos a su preponderancia política, llegó a ser el más fuerte propietario territorial del país, como si hubiera adivinado aquel célebre aforismo de John Adams, uno de los fundadores de los Estados Unidos, comprobado hasta la saciedad por la historia de todos los pueblos: «Aquellos que poseen la tierra tienen en sus manos los destinos de las naciones». (1)

uno de los oficiales de la Legión Británica, titulado. *Recollections of a service of three during the war-of-extinction in the Republic of Venezuela of Colombia*.—London, 1828.

(1) Citado por Loria. *Les Bases Economiques del a Constitution Sociale*, p. 370, donde el célebre sociólogo italiano estudia ampliamente las relaciones de la propiedad con la constitución política de los pueblos. «Un hecho verdaderamente característico — dice — es que estas verdades evidentes, ignoradas de los economistas modernos fueron perfectamente comprendidas por muchos escritores de los siglos pasados, y cita entre otros al inglés James Harrington, quien en presencia de lo que ocurría en su patria para 1656 afirmó que «si la propiedad mone-

Hay que tomar en cuenta, además, que la influencia del Libertador tuvo que ser poderosa sobre la mentalidad de los Caudillos. Respetándole, admirándole, deslumbrados, mejor dicho, por su genio y por el grandioso ideal de la Independencia, acostumbráronse desde temprano a ver con cierta consideración a los hombres de superioridad intelectual. Este rasgo lo observó O'Leary en el General Páez: «En presencia de personas a quienes él suponía instruidas, era callado y hasta tímido, absteniéndose de tomar parte en las conversaciones o de hacer observaciones». (1)

No puede decirse por lo tanto de nuestros Caudillos lo que Ayarragaray observa de los argentinos: «más dispuestos naturalmente al motín que a las ocupaciones sedentarias y técnicas que reclama un gobierno regular..... toda iniciativa o personalismo intelectual desaparece bajo el cacique político que ejerce el dominio indisputado». (2) La organización

taria no tiene importancia relativamente a la constitución política, la propiedad rural según el modo como esté repartida, determina el equilibrio político y produce un gobierno de naturaleza análoga». p. 368.

(1) Narración, I. pag. 441.

(2) La Anarquía Argentina y el Caudillismo.

de la República de Venezuela en 1830, es la prueba más elocuente de que bajo la autoridad del General Páez, los hombres intelectuales de la época, cualesquiera que hubiesen sido sus pasadas opiniones, tuvieron la absoluta libertad de sus iniciativas. «Por instinto, antes que por reflexión—como acertadamente lo observa Gil Fortoul—tendía a desempeñar el papel de ciertos reyes constitucionales prefiriendo ejercer solamente las funciones de aparato, mientras no surgía algún gran conflicto nacional, y descargando sobre sus Ministros la diaria tarea gubernativa». (1)

Si el desarrollo del progreso no fué mayor; si desde entonces no se echaron las bases de un gran desenvolvimiento económico que reparara en algunos años los espantosos estragos de la guerra, preparando el país para la inmigración europea, como lo pensó el Libertador, la culpa no fué del Caudillo que tuvo siem-

(1) *Hist. Constitucional*—t, II p. 142-

Hacia contraste esta admirable conducta de nuestro rudo llanero, con la del ilustrado General Francisco de Paula Santander, *El Hombre de las Leyes*, quien, para la misma época, ejercía, la Presidencia de la Nueva Granada (hoy República de Colombia). Mientras que el primero imponía su poderosa influencia para contener los odios y atraer a sus antiguos adversarios, el General Santander arras-

pre la virtud de dejar hacer a las clases dirigentes, sino de la falta de verdadera cultura, de sentido práctico y de sentido histórico que caracterizó a todos los hombres de la época, y de la creencia que todavía, desgraciadamente, persiste en el ambiente intelectual, de que la resolución de todos los problemas sociales, políticos, y económicos consistía en la práctica de principios abstractos que la mayor parte de aquellos hombres conocía por doctrinas fragmentarias de los enciclopedistas y de los jacobinos franceses. Todos ellos, *godos* y *liberales*, solicitaban el remedio de nuestros males profundos en la libertad del sufragio, en la libertad de la prensa y, sobre todo, en la alternabilidad del poder supremo, sin detenerse a pensar que el ejercido entonces por el General Páez en la República, así como el de los caudillos regionales, era intrasmisible porque era personalismo; no emanaba de ninguna doctrina política ni de ningún precepto

trado por sus pasiones políticas perseguía y fusilaba sin piedad a sus enemigos. «No hubo perdón ni para las mujeres. A la antigua querida de Bolívar, doña Manuela Sáenz, sin licada de recibir en su casa a los conspiradores, la desterran para el Ecuador, vengando así antiguos rencores. Bien entendido que el gran talento de estadista del General Santander no produjo ningún beneficio de trascendencia al progreso moral y material de su país.

constitucional, porque sus raíces se hundían en los más profundos instintos políticos de nuestras masas pobladoras, engendrados por la herencia y por el medio, y amalgamados en el candente crisol de la Revolución.

LOS PRINCIPIOS CONSTITUCIO- NALES DEL LIBERTADOR

LA LEY BOLIVIANA (1)

I

Estuvo como siempre muy interesante en su conferencia del jueves último el eminente Profesor de Derecho Constitucional. Era imposible que quien ha escrito la Historia Constitucional de Venezuela fuera a reducir sus enseñanzas al simple comentario de principios generales y abstractos, sobre los cuales existe una bibliografía tan extensa como conocida. Como sociólogo, el doctor Gil Fortoul sabe que las constituciones no son obras artificiales, que ellas se hacen a sí mismas porque no son sino expresiones del ins-

(1) Este estudio fué inspirado al autor por una conferencia dictada en la Escuela de Ciencias Políticas de Caracas, por el doctor José Gil Fortoul, catedrático de Derecho Constitucional, y apareció en su mayor parte en el *Nuevo Diario* Nº 1.735, 29 de octubre de 1917.

tinto político de cada pueblo en un momento dado de su evolución; y que por sobre los preceptos escritos existe un derecho consuetudinario que se impone fatalmente, a despecho de los ideólogos fabricantes de constituciones, definitivamente condenados por la ciencia positiva.

Con tales convicciones era natural que el Profesor comenzara por comentar al único constitucionalista, al único estadista original y genial que ha producido la América Española: el Libertador Simón Bolívar. Emancipado de los prejuicios de su época, cuando todavía los discípulos de Rousseau y de Mably, creían que «hacer un pueblo era lo mismo que fabricar una cerradura», y que «las sociedades eran en las manos del legislador lo que la arcilla en las del alfarero», Bolívar reveló desde su célebre manifiesto de Cartagena de Indias en 1812 el más profundo desdén por aquellos legisladores que, «lejos de consultar los códigos que podían enseñarles la ciencia práctica del Gobierno, seguían las máximas de los buenos visionarios, que imaginándose repúblicas aéreas, procuraban alcanzar la perfección política, presuponiendo la perfectibilidad del linaje humano». Su intuición genial de sociólogo le hizo ver

desde entonces «que la excelencia de un Gobierno no consiste en su teoría, ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. El sistema de Gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de felicidad posible, mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política». Y no hablaba de *carácter nacional*, concepto entonces casi absolutamente desconocido, para estampar una simple frase. Cuando en Angostura recomendaba a los legisladores estudiar la composición étnica de nuestro pueblo, opinaba, como muy bien lo dijo el doctor Gil Fortoul, de igual modo que pudiese hacerlo hoy cualquiera de los grandes sociólogos, que consideran las leyes de la herencia como uno de los factores de mayor cuenta en la constitución y en el desenvolvimiento de las sociedades, y por consiguiente en los instintos políticos que sirven de base a las instituciones efectivas.

Si es cierto que fué Aristóteles quien por primera vez consideró el Gobierno como «una obra de la naturaleza, o como la resultante del crecimiento natural de la sociedad», ese concepto había sido completamente olvidado; y es ahora en estos

últimos tiempos, después de toda una centuria de sofismas inspirados en la teoría tan funestamente interpretada del contrato social, cuando la opinión de Aristóteles ha vuelto a prevalecer sobre una base científica positiva. Por eso admira la precisión con que el Libertador, a principios del siglo XIX, hablara de la influencia que necesariamente debían tener en la constitución de Venezuela, la raza, el clima, el medio físico y telúrico, la situación geográfica, la extensión territorial, el género de vida, y como complemento de esos factores primordiales, la religión, las inclinaciones, (instintos y tendencias), la densidad de población, el comercio, las costumbres y cuantos rasgos especiales obran en cierto modo automáticamente en la existencia y en el destino de las naciones.

Cuando nuestros «sofistas»—que desgraciadamente han abundado en todas las épocas de la existencia nacional—aceptando la teoría clásica del hombre abstracto creían que al romper los lazos políticos con España, rompían también los vínculos psicológicos hereditarios, y que al decretar la igualdad política y civil destruían los prejuicios de casta, fundamento secular de la gerarquización colo-

nial, el Libertador, aconsejaba a los constituyentes de Angostura tuvieran presente que «nuestro pueblo no es el europeo, ni el americano del norte; que más bien es un compuesto de Africa y de América que una emanación de Europa, pues que hasta la España misma, deja de ser europea por su sangre africana, por sus instituciones y por su carácter». (Ha sido muchos años después cuando se ha dicho que Africa comienza en los Pirineos, y que grandes pensadores como Joaquín Costa han hablado de la europeización de España). ¿Cómo podíamos romper con ese pasado en cuyo seno se había engendrado nuestra nascente nacionalidad? Esas ideas del Libertador parecen haber inspirado a algunos escritores modernos, Crane y Moses entre otros, cuando formulan la teoría de la influencia hereditaria en la forma de las instituciones políticas: «La larga sumisión de un pueblo a un orden político determinado, cualquiera que sea, engendra hábitos y una manera de obrar que viene a ser una especie de instinto político que contribuye poderosamente a determinar la forma de las instituciones y la dirección de los progresos políticos». Por eso pedía el Libertador que se dictase «un código de

leyes venezolanas». Todavía lo estamos esperando, afirmó el doctor Gil Fortoul. Y se explica esa tardanza, porque nuestros constitucionalistas no han sido en todas las épocas sino copistas con más o menos talento, y quienes careciendo de sentido práctico y de sentido histórico, no han hecho en Venezuela como en toda la América, desde México hasta la Argentina, sino el papel del Loquero, de que hablaba el Libertador en aquel admirable apólogo: «Yo considero al Nuevo Mundo —decía en 1828— como un medio globo que se ha vuelto loco y cuyos habitantes se hallan atacados de frenesí, y que para contener este flotamiento de delirios y de atentados, se coloca en el medio un Loquero con un libro en la mano para que los haga entender su deber».

II

En ninguno de los elementos componentes de nuestra sociedad política encontraba Bolívar los instintos que pudieran conducir conscientemente a los legisladores a adoptar ciertos principios republicanos que hasta entonces—excepción hecha de los Estados Unidos—eran puramente teóricos. Por eso quiso desde los prime-

ros momentos, que se estableciese un gobierno estable para que hubiese «la menor frotación posible entre la voluntad general y el poder legítimo». Allí se ve como una necesidad imperiosa la institución del Presidente «boliviano» que se ha realizado en Hispano-América, a despecho de todas las constituciones que han establecido el principio contrario; porque, conforme a las leyes del determinismo sociológico, ni en el español, ni en el indígena, sea cual fuere el grado de civilización en que le encontraron los conquistadores, ni en el africano, se hallaban los instintos políticos que determinan la alternabilidad del poder supremo.

El Principio Boliviano ha sido en toda la América española un canon invariable de la constitución efectiva. El Presidente «boliviano» se ha impuesto a despecho de los ideólogos, cuya obra ha sido siempre funesta para la tranquilidad, la prosperidad y la evolución nacionalista y civilizada de estos pueblos. Por eso decía el argentino Alberdi, poco después de la caída de Rosas: «En Sud-América el talento se encuentra a cada paso; lo menos común que por allí se encuentra es lo que impropriamente se

llama *sentido común*, buen sentido o juicio recto. No es paradoja sostener que el talento ha desorganizado a la República Argentina.. La presunción de nuestros sabios a medias ha ocasionado más males al país que la falta de ilustración de nuestros caudillos....El simple buen sentido de nuestros hombres prácticos es mejor regla de gobierno que las pedantescas reminiscencias de Grecia y de Roma. Se debe huir de los gobernantes que mucho decretan, como de los médicos que prodigan las recetas. La mejor administración como la mejor medicina es la que deja obrar a la naturaleza....Conviene distinguir los talentos en su clase y destinos cuando se trata de colocarlos en los empleos públicos. Un hombre que tiene mucho talento para hacer folletines, puede no tenerlo para administrar los negocios del Estado. Comprender y exponer por la palabra o el estilo una teoría de gobierno es incumbencia del escritor de talento. Gobernar según esa teoría es comunmente un dón instintivo que puede existir y a menudo existe en hombres sin instrucción especial.»

Los ideólogos de toda la América preconizando la panacea de las contitu-

ciones escritas, han contrariado la obra de la naturaleza; y considerando como un crimen de lesa Democracia todo lo que no se ciñera a los dogmas abstractos de los jacobinos teorizantes del derecho político, nos han alejado por mucho tiempo de la posibilidad de acordar los preceptos escritos con las realidades gubernativas, estableciendo esa constante y fatal disparidad entre la ley y el hecho, entre la teoría y la realidad, entre la forma importada del extranjero y las modalidades prácticas de nuestro derecho político consuetudinario; en una palabra, entre la constitución escrita y la constitución efectiva.

En Venezuela, como en toda la América española, la Ley Boliviana traducida en preceptos, es la única que hubiera podido prevalecer con provecho para la estabilidad política, el desarrollo social y económico y la consolidación del sentimiento nacional, si los ideólogos no le hubieran opuesto sistemáticamente los principios anárquicos que han legitimado en cierto modo las ambiciones de los unos y los impulsos desordenados de los otros, dando bandera a las revoluciones. Sin embargo, esa ley—como hemos dicho—se ha cumpli-

do en casi todos estos países, y al ejemplo de México bajo Porfirio Díaz, señalado por el doctor Gil Fortoul, podemos agregar el de la República Argentina, donde después de la caída de Rosas continuó por largos años predominando el régimen que los escritores de aquel país llaman la caudillocracia, hasta el general Julio Roca, considerado por sus condiciones de hombre de Estado en un medio hondamente modificado por el desarrollo económico y la inmigración europea, como una superestructura del caudillo primitivo; y quien «durante treinta años ofició de pontífice en la política nacional, estableciendo lo que podría titular el unipersonalismo presidencial, que en lenguaje corriente mereció el nombre de *unicato*», y practicando la Ley Boliviana hasta en la facultad de nombrar el sucesor, mediante el sistema de hacer triunfar siempre el candidato oficial, a lo cual han dado los argentinos el nombre de *posteridades presidenciales*. Este método de dejar el sucesor—dice el escritor que nos suministra estos datos—tiene en mira la consolidación del unipersonalismo por tiempo indeterminado.

En Colombia, cuya constitución geográfica no ha sido propicia al caudillis-

mo (1) y donde el germen teocrático del conquistador español frutificó y se perpetuó en la mezcla con la teocracia indígena que enjendró la montaña, la anarquía establecida como sistema por los federalistas de Río Negro, los más idealistas de toda la América, no llegó a detenerse en su obra de disgregación sino cuando se cumplió la Ley Boliviana en el eminente Rafael Núñez, político spenceriano, quien como Julio Roca ofició también de pontífice por largos años en la política nacional; y aunque aparentemente separado de la Presidencia de la República dirigía el Gobierno desde su retiro del Cabrero.

(1) Es un axioma de sociología, basado en la influencia del medio geográfico, el postulado de que en Hispano-América el Caudillismo surgió de las patas de los caballos. «La influencia del caballo ha sido tal, que en los países que no les poseen en abundancia como Bolivia y el Ecuador (olvidó la Nueva Granada) las indiadas conservan su carácter secular»—Sarmiento—*Conflicto y armonía de las razas de América*. Acevedo-Díaz, II—*Los Nuestrós*. Donde hubo caballos y llanuras hubo caudillos. Por eso hemos afirmado que si los llanos de Casanare abarcaran las tres cuartas partes del territorio de la actual Colombia y Bogotá hubiera sido como Buenos Aires y Caracas, accesible a la invasión de las hordas gauchas y llaneras, muy otra habría sido la evolución de aquel país: y en vez del General Santander, hombre de letras, que había abandonado la carrera sacerdotal para afiliarse al ejército patriota al estallar la revolución, otro Páez habría sido el hombre más representativo de la Nueva Granada al digregarse la Gran República de Colombia.

Ante la disgregación localista, ante el parroquialismo anárquico sancionado por la constitución de Río Negro, que al cabo de veintisiete años había disuelto casi el organismo nacional, un político positivista como el Dr. Núñez, vió claramente que la única cabeza visible de la unidad colombiana era entonces el Arzobispo de Bogotá, porque adonde no llegaban las órdenes del gobierno nacional llegaban las del Prelado; y no creyendo o creyendo poco en la influencia divina creyó ciegamente en la de la Iglesia católica y con ella se alió para restablecer en su Patria la estabilidad política y la tranquilidad social, apoyado en la inmensa mayoría del pueblo compuesto de indios y de mestizos sedentarios. Y entonces se vió con qué fuerza se perpetúan los instintos políticos de los pueblos determinando la forma efectiva y práctica de sus instituciones. Los conquistadores españoles encontraron a la raza indígena que habitaba la mayor parte del territorio de la actual República de Colombia, en una etapa avanzada del desarrollo social; pueblo ya sedentario y agrícola, poseyendo todos los hábitos que enjendra la montaña, se hallaba sometido a un gobierno regular

en el cual el Zaque, jefe secular de Cundinamarca, compartía el poder con el Gran Sacerdote de Iraca, llamado Lama; (1) y a través de todas las modificaciones impuestas por el régimen colonial y de todas las ilusorias influencias del republicanismo y del jacobinismo que trajo consigo la revolución de la Independencia, es la unión del jefe secular con el jefe sacerdotal, el Zaque y el Lama representados en pleno siglo XIX por el Dr. Núñez y el Arzobispo Paúl, la que viene a reconstituir el organismo social de la Nación, a dominar la anarquía, establecer el orden é imponerse por encima de todas las ideologías constitucionalistas. Y no ha habido en nuestra América un solo gobernante ni un solo caudillo sobre el cual se haya exagerado más el ditirambo, «.....sus amigos llevaron la pasión por él hasta deificarlo; *Núñez es como Dios, todo lo crea*, cantaba un bardo», y el Dr. Miguel Antonio Caro, «la primera virtud y la primera ilustración de Colombia, proclamó la infalibilidad absoluta del Dr. Núñez cuando aseguró que no se había equivocado nunca» (2) lo cual demuestra,

(1) Humboldt —Voyage & T. VI, p. 70.

(2) Carlos E. Restrepo —Orientación Republicana.

como hasta en muy altas mentalidades, influyen los instintos teocráticos del pueblo colombiano.

En Uruguay, Paraguay, Ecuador, en todas o casi todas las Repúblicas hispano-americanas, el orden social, la estabilidad del Gobierno, el progreso y la prosperidad económica, no han sido efectivos sino cuando ha preponderado por largos años un hombre prestigioso, consciente de las necesidades de su pueblo, fundando la paz en el asentimiento general y sostenido por la voluntad de la mayoría a despecho del principio alternativo. (1) Y este hecho histórico ha sido más claro y preciso en aquellas Repúblicas donde las masas populares han llegado a tener, desde la guerra de Emancipación, una ingerencia absoluta en los negocios públicos, por medio de sus hombres representativos, porque no son en estas como en otras naciones, las oligarquías, influidas por las ideas importadas, quienes representan el instinto político de los pueblos.

En el Perú, el general Ramón Castilla, a quien García Calderón compara

(1)—V. la notable obra de Francisco García Calderón, el primer libro en que con un criterio sociológico se halla sintetizada la evolución de las Democracias Latinas de América.

con Páez, surgido como nuestro gran caudillo de las inmensas llanuras, nómada y jefe de legiones: y que más que a su herencia indígena y asturiana debió al medio en que pasó su juventud, la resistencia y la astucia que le elevaron por sobre todos los caudillos provinciales, fué durante veinte años «el enérgico director de la vida nacional», a pesar de todos aquellos que tomando por pretexto la Constitución Boliviana, protestaron contra el héroe venezolano a quien debieron la independencia. Sin gran cultura, parecía instruido a fuerza de ser astuto. Conocía intuitivamente el valor de los hombres y la manera de gobernarlos, poseyendo en alto grado el dón de mando.... Sencillo en sus ideas, conservador en el orden político, respetaba el principio de autoridad. Como Bolívar y San Martín, odiaba la anarquía, y en medio del tumulto revolucionario, comprendió la necesidad de establecer un gobierno fuerte. Después de veinte años de revueltas intestinas, el gobierno del general Castilla marca para el Perú el comienzo de un nuevo período de estabilidad administrativa, en el cual se desenvuelve el comercio, aumentan las rentas públicas, se consolida el crédito

y se transforma, en fin, la vida económica del país. El gobierno del general Castilla—dice García Calderón, cuyos conceptos reasumimos—termina pacíficamente: de 1844 a 1860 dirigió con mano de hierro la política nacional; y nadie antes que él había logrado darle al país semejante continuidad. . . . Como García Moreno en el Ecuador y Portales en Chile, el general Castilla afirma la paz, estimula la riqueza, protege la instrucción, crea una marina e impone al país una nueva Constitución. Su acción no es solamente política, sino también social: libertando a los esclavos y a los indios, prepara la futura democracia. Los periódicos de la época condenaron su absolutismo. «La fórmula del General es: *L'Etat c'est moi*—escribía don José Casimiro Ulloa, en 1852. Castilla fué durante quince años--termina diciendo García Calderón—*el dictador necesario* en una República instable». (1)

En Chile, que se ha tenido como una excepción en América, se han cumplido, como lo hizo notar el doctor Gil Fortoul, las profecías del Libertador en su carta de Jamaica. Pero Chile es una

(1) F. García Calderón; Op. cit p. 96

República aristocrática, donde la masa verdadera del pueblo, el *roto*, vive «como vivieron sus padres desde los tiempos inmemoriales de la colonia, en *inquili-naje*, vale decir, en la más absoluta su-misión política, social y económica», mientras que un centenar de familias patricias, viene de padres a hijos, ejerciendo de manera exclusiva las funciones del Gobierno. Chile ha merecido las alabanzas del mundo entero por su cordura en medio del inmenso desbarajuste en que ha vivido la América. «Pero entre el humo del incienso que los iniciados prodigan a la Isis chilena —ha dicho un grande escritor— se cree adivinar que el manto republicano, democrático y americano, envuelve el cuerpo siempre acurrucado de la colonia, que se ha detenido en la transformación y que se ha contentado con cubrirse de regias vestiduras sin cambiar aún las ropas interiores» (1). De modo que en el pueblo modelo de nuestra América, la constitución escrita se halla también muy distante de la constitución efectiva y práctica; y el tiempo dirá lo que habrá de suceder el día en que la procesión de la democracia, que Tocqueville salu-

(1) Ernesto Quesada. *La época de Rosas*, p. 333.

daba con religioso recogimiento, porque marcha triunfante al porvenir, atraviese también a Chile y sacuda de su modorra colonial el alma rudimentaria del *roto*. No obstante esta organización aristocrática tuvo también Chile su «hombre sistema», su Presidente «boliviano», en el ilustre Portales. «En la historia de nuestras administraciones—dice un historiador chileno—hay un hombre que lleva el título de *ministro* por excelencia: ese hombre es Portales. Como si la autoridad hubiese sido hecha para él, o él hubiese nacido para la autoridad, bastóle ejercerla para que sus contemporáneos y las generaciones posteriores lo considerasen como la encarnación misma del poder.... No fué un hombre instruido en el sentido propio de esta palabra, su educación escolar fué somera.... No se ejercitó en la tribuna.... Fué ante todo un gran carácter; por eso había en él un poderoso sentimiento de lo justo y una voluntad inquebrantable siempre pronta para las resoluciones arduas; con esto tenía bastante para dominar muchas voluntades. No conocía gran cosa los libros; pero conocía admirablemente a los hombres». (1)

(1) Cita de Quesada, Op. cit., p. 318-

¿No pueden aplicarse esos rasgos a muchos de los hombres que han dominado y que aún dominan en algunas de las Repúblicas hispanoamericanas y quienes por la sola virtud de su carácter establecen la paz, el orden, el crédito, el progreso y todo lo que constituye «la mayor suma de tranquilidad social y la mayor suma de estabilidad política», que los filósofos del constitucionalismo han solicitado vanamente en sus cánones fundamentales?

III

Los hombres que como el Libertador poseyeron la amplitud de criterio suficiente para romper con los dogmas y solicitar, no la mejor constitución sino la que más convenía a pueblos orgánicos recién emancipados de una larga tutela monárquica, tenían que chocar con los que contrariamente creían «que bastaba decretar para crear»; y tomando en serio el papel de representantes de pueblos que ni siquiera sospechaban la existencia de sus legisladores, como sucedió con los del Rosario de Cúcuta, se dieron a la tarea de fabricar una constitución cuando todavía el territorio de

la Gran República se hallaba casi todo en poder de sus antiguos dominadores.

La demostración más evidente del empirismo, de la ideología, de la carencia absoluta de sentido práctico y de sentido histórico que caracteriza a la mayoría de los legisladores de América, está en el empeño que tuvieron no sólo de establecer un sistema tan complicado como el de la república representativa en medio de la guerra, que es la negación de todos los derechos, sino el de pretender, además, muchos de ellos, el implantamiento de la federación, que no venía a ser otra cosa que la sanción legal de la anarquía parroquial y caudillesca, autorizando la insubordinación y la desobediencia al único poder necesario y eficaz en aquellos momentos en que el fin primordial era el de vencer a los enemigos y alcanzar la independencia por cuantos medios fuesen posibles: ese poder único, personal, despótico como todo poder militar en tiempo de guerra, estaba encarnado para Colombia en el Libertador. Lo demás eran quimeras que obstaculizaban la misma causa que estaban defendiendo. «La sociedad guerrera ideal—dice Bouglé—es aquella que obra fácilmente co-

mo un solo hombre; aquella en la cual, las órdenes vivamente concebidas por un centro cerebral único, son rápidamente transmitidas hasta los extremos del cuerpo social e inmediatamente ejecutadas. La sociedad militar, plegándolo todo a las necesidades del combate, y subordinando las necesidades de los civiles a las de los combatientes, es necesariamente una, como son uniformes sus reglamentos. En una palabra, mientras una sociedad industrial y pacífica se presta a la descentralización, una sociedad militar debe ser rigurosamente centralizada». (1) Lo que se requería entonces eran *unidades iguales* dirigidas por un jefe único, y no *organismos independientes* pudiendo marchar por sí solos.

Por más que en 1821, la causa realista hubiese perdido casi por completo la opinión pública—pues es bien sabido que no sólo los americanos que habían combatido tan tenaz y heroicamente la Independencia, sino que las propias tropas peninsulares «se pasaban *por puntas*» como decía el General Carlos Soublette, empleando un término llanero;

(1) *Les Idées Egalitaires*, p. 228

por más que ya se veía en casi todo el territorio de Colombia casi seguro el triunfo de la Patria, la verdad era que éste no podría consolidarse sino cuando en la extensión del Continente no quedase un solo cuerpo de ejército realista, como lo comprobó el Libertador con su campaña del Perú, adonde fué, no arrastrado únicamente por su ambición de gloria, sino para asegurar la existencia de la Gran República que era su obra y su pedestal. Lo necesario para alcanzar aquel propósito no era una Constitución, que al nacer debía necesariamente morir por asfixia en aquella atmósfera incandescente; no era una asamblea deliberante, sino un ejército aguerrido, teniendo a su servicio la sociedad entera, dominado por una sola voluntad, fanatizado por la gloria y el prestigio indiscutible e indiscutido de un hombre superior, que con el poder de su genio había conducido la revolución por derroteros insospechados para los mediocres.

Nadie podrá discutir, por otra parte, que aun después de haber desaparecido del continente el último soldado realista, la América española continuaba en el mismo estado de guerra. Extingui-

do el poder de la Metrópoli, la lucha civil continuaba y continuaría por largos años a impulsos de los mismos odios tradicionales exasperados por la guerra, bajo cualquier denominación y arropándose con cualquier bandera, pero perpetuando la anarquía que hacía necesaria la preponderancia del poder personal, la existencia del Gendarme Necesario. «Una ley rígida, precisa, concisa, he aquí la primera necesidad del género humano; he aquí lo que es necesario antes y por encima de todo para formar un núcleo de hábitos, de costumbres, de ideas. Todos los actos de la vida deben ser sometidos a una regla única, en vista de un fin único. Si este régimen impide la libertad de pensar, no es un mal; o mejor dicho, aunque fuera un mal, es la base indispensable de un gran bien; es lo que forma el substratum de la civilización y lo que fortalece la fibra todavía tierna del hombre primitivo.»

«Los siglos de monotonía, de igualdad, de sometimiento, han tenido su utilidad: ellos formaron el hombre para los siglos en que debía ser libre, independiente y original.»

«Esta necesidad histórica que se desenvuelve en el tiempo y que Bagehot ha descrito magistralmente, la vemos todavía hoy en plena acción.» (1) Y el ilustre sociólogo italiano, que formuló sus teorías cuando la paz reinaba en el mundo civilizado y los ideólogos del pacifismo creían ya en su eterno predominio, las habría visto confirmadas hasta la saciedad en la gran guerra que acaba de azotar al género humano, echando por tierra todas aquellas vanas ilusiones, supervivencias inconscientes del racionalismo.

«Hoy mismo en la guerra—escribía Sighele en 1897—que a pesar de sus transformaciones es aún el residuo atávico más grande y más natural de la época primitiva, nosotros conservamos la táctica antigua, es decir: la obediencia ciega de todos a uno solo para alcanzar un fin único y supremo: la victoria. Sentimos y sabemos que si la disciplina no fuera de hierro, que si el comando no fuera absoluto como la obediencia, el fin no sería jamás alcanzado. Lo más notable es que en este orden de ideas, todo el mundo recono-

(1) Scipio Sighele. *Psychologie des Sectes*, p. 89.

ca para el éxito feliz de una guerra la necesidad de un jefe único. Una pluralidad de espíritus deliberantes no puede menos que ser perjudicial, precisamente porque desaparece el unísono y se desvanece la uniformidad necesaria en una agrupación de hombres que deben concordar como uno solo para tratar de llegar al fin determinado. Con razón afirmaba Macaulay, que si con frecuencia un ejército era vencedor bajo las órdenes de un capitán incapaz, jamás se había visto que alcanzara la victoria bajo la dirección de una asamblea deliberante: este monstruo de mil cabezas ha producido siempre efectos desastrosos.»

IV

Por esa causa es más resaltante la pretensión de los que en nombre de ciertos dogmas abstractos quisieron ponerle trabas al poder discrecional del Libertador. Abstraídos o cegados por las teorías no consideraban para nada el medio y el momento en que pretendían legislar y gobernar; y casi siempre de buena fe trabajaban por coartar el poder único, personal, absorbente, cen-

tralizador y despótico, impuesto por las circunstancias y por la suprema necesidad de vencer. Cuando Bolívar pedía unidad, los ideólogos no sólo dictaban una declaración de derechos, sino que clamaban por la federación, que no era en definitiva sino la sanción legal del desmigajamiento comunista, del parroquialismo estrecho y miserable que servía de fundamento al régimen colonial. Pretendiendo ser revolucionarios, reformadores avanzados, no eran simplemente sino tradicionalistas. Recuérdense lo que escribía el general Pablo Morillo al Gobierno de España, desde Bogotá, el 3 de agosto de 1816: «Este virreinato tenía un gobierno insurgente *central* constituido por la fuerza y regado con la sangre de un pueblo cándido y opuesto al sistema de centralización, que por mano del caribe Bolívar establecieron los jacobinos por la fuerza.» (1) Así se explica por qué fué tan popular en toda la América la palabra *federación*. Los pueblos no podían comprender la teoría, la doctrina, el sistema; pero el mecanismo federal, no en el sentido de unión, de alianza, de integración, sino en

(1) Rodríguez Villa. Biog. de Morillo. III, p. 181.

el de separación, antagonismo, comunismo, rivalidad de campanario, correspondía perfectamente a la manera tradicional y única de vivir, al sentimiento parroquial, al amor entrañable por el pedazo de tierra nativo, única patria que ellos podían concebir entonces; porque las otras, las grandes, las que debían surgir de los senos ardientes de la guerra donde los héroes estaban forjando el elemento primordial de la nacionalidad, que es la Historia; (1) aquellas que todavía eran una simple abstracción, una concepción vaga e imprecisa, más difíciles de comprender y de amar mientras más extensas; aquellas Repúblicas que sólo existían al terminar la guerra contra España como ficciones oficiales, organismos todavía inconexos, no podían despertar ningún sentimiento preciso, ninguna emoción concreta en el alma de pueblos primitivos.

En aquella lucha de Bolívar con los constitucionalistas y los federalistas, se hallan precisamente definidos los dos movimientos, las dos tendencias, los dos términos de la evolución que fatalmen-

(1) «La Patria es ante todo la Historia de la Patria» —E. Faguet.

te han seguido todos los organismos: desintegración e integración. Integración de las células hasta llegar por etapas sucesivas a constituir el organismo animal, cuya más perfecta representación es el hombre; e integración de razas, de pueblos y de clases hasta llegar por una evolución análoga a la constitución de organismos sociales superiores o de super-organismos que son las actuales nacionalidades. (1) Al movimiento de desintegración, primera etapa de las naciones hispano-americanas al romper sus lazos con la Metrópoli y cuyo movimiento fué exactamente el mismo que se realizó en toda Europa al desplomarse el Imperio romano, lo bautizaron con el nombre de Federación; y juzgando con inconcebible ligereza fenómenos tan complicados como los que generan la formación de las sociedades, la mayoría de nuestros historiadores han atribuido aquella tendencia tan lógica, tan espontánea, tan ajustada a las leyes de la biología social que bien puede calificarse de puramente instintiva, a la influencia de los principios adoptados por la constitución de los Estados Unidos, al simple espíritu

(1) V. Reue Wormes.—*Philosophie des Sciences Sociales* I.—Chap III.

de imitación del sistema adoptado por las antiguas colonias inglesas que se hallaban entonces en el mismo trabajo de integración que las nuestras, trabajo que todavía, al cabo de cien años, no ha terminado para ellas.

Nada es más sorprendente, si se advierte, que el sistema federal considerado hasta por el mismo Bolívar como el sumun de la perfectibilidad política, como la más elevada concepción a que habían llegado los apóstoles de la democracia, coincidiera con las tendencias instintivas de pueblos primitivos, sin otra idea colectiva que la del clan o la tribu de la que apenas estaban separados por unas cuantas generaciones, y no poseyendo sus clases superiores otras tradiciones que las del municipio castellano con casi todas las prerrogativas de autonomía e independencia, de que gozaban en la Península antes del régimen centralizador y despótico establecido por los reyes austriacos. (1)

La obra de los constituyentes de Cúcuta tenía que ser efímera, porque era fatalmente contradictoria. No se limi-

(1) V. nuestro estudio sobre «La Ciudad Colonial», publicado en *Cultura Venezolana*, números 1 y 4 de junio, setiembre-octubre de 1918.

taron a decretar la unión de las tres secciones que iban a constituir la Gran República, que era lo único racional en aquellos momentos, sino que considerándose, según la teoría del sistema representativo que tenían en la mente, como los delegados legítimos de la voluntad y de los derechos de unos pueblos que ni siquiera tenían noticias de la existencia de aquella Asamblea, creyeron que «no llenarían a cabalidad su cometido» si no dictaban una Constitución. Y como los revolucionarios franceses que les servían de modelo, su obra tuvo el mismo carácter de «apresuramiento febril, de improvisación, de contradicción, de violencia y de debilidad, queriendo a la vez legislar racionalmente para el porvenir, para la paz, y legislar empíricamente para el presente, para la guerra.» (1) Estos dos designios se mezclaron en los espíritus y en la realidad; por eso no hubo ni unidad de plan, ni continuidad de método, ni una sucesión lógica en las pretendidas modificaciones del edificio social. Cualquiera que hubiese sido el sistema adoptado tenían que caer ne-

(1) V. Aulard.—*Hist. Politique de la Révolution Française*. *Advertissement*, p. VII.

cesariamente en la misma contradicción. Pues si la federación, sancionando la tradición colonial anárquica y disolvente, contrariaba y anulaba la acción del poder centralizador y único impuesto no sólo por las necesidades de la lucha, sino por la de integrar los elementos que debían constituir la nacionalidad, convirtiéndola de una simple ficción oficial en una realidad tangible: el sistema centralista, pretendiendo uniformar aquellos pueblos sometiéndolos al dominio impersonal de la ley, de una ley que no era de ningún modo la expresión concreta de sus instintos políticos, ni de las imperiosas necesidades del momento, tenía que ser fatalmente burlado y basteardado a cada paso, no quedando en pié, como se vió claramente en la revolución de Páez en 1826, sino la suprema voluntad del Caudillo, del Jefe Único, que imponía con derecho el sometimiento absoluto y la obediencia ciega

Los que criticaron al Libertador, los que en su ceguera llegaron a calificarle de déspota, de autócrata, de tirano y atentaron contra su vida creyendo realizar un acto de justicia y de amor a la libertad, no sólo están condenados

por la historia sino que la ciencia misma los clasifica como seres perniciosos para la sociedad, que «con palabras inflamadas, con discursos y escritos incendiarios, caldeando los espíritus y creando una atmósfera de electricidad, producen explosiones de emotividad, de sugestiones y de impulsos criminales.» (1)

Envenenados por aquel desbordamiento de sofismas y de utopías que desató sobre el mundo la revolución francesa, no se daban cuenta de que provocando la desobediencia y la rebelión contra la única autoridad posible en aquellos momentos, retardaban la evolución lógica que han seguido todos los pueblos y a la cual no podían sustraerse los hispano-americanos, partiendo de la disgregación a la unidad hasta llegar a constituirse en verdaderas nacionalidades bajo la autoridad del César que engendra la anarquía. Mazel ha sentado este principio comprobado hasta la saciedad por la Historia: «El absolutismo ha fundido el molde de las nacionalidades actuales, unificando su administración económica, civil y militar.» (2)

(1) Proal. *La Criminalité Politique*.

(2) *La Synergie Sociale*.

V

El genio penetrante del Libertador solicitó en su Constitución Boliviana, en una *Monarquía sin corona*, someter a una ley, sistematizar un hecho rigurosamente científico, necesario y fatal como todo fenómeno sociológico, instituyendo su Presidente vitalicio con la facultad de elegir el sucesor. La historia de todas las naciones hispano-americanas en cien años de turbulencias y de autocracias es la comprobación más elocuente del cumplimiento de aquella ley por encima y a despecho de todos los preceptos contrarios escritos en las constituciones. Desde la Argentina hasta México, ningún pueblo de América se ha sustraído al cumplimiento de la Ley Boliviana. Desde Rosas, bajo cuyo despotismo sanguinario se unificó la gran República del Plata, hasta Porfirio Díaz, que dió a su Patria los años de mayor bienestar y de mayor progreso efectivo que recuerda su historia, todas nuestras democracias no han logrado librarse de la anarquía, sino bajo la autoridad de un hombre representativo, capaz de imponer su voluntad, de dominar todos los egoísmos rivales y

ser, en fin, como lo dice García Calderón refiriéndose al General Castilla, *el dictador necesario*, en pueblos que evolucionan hacia la consolidación de su individualidad nacional.

Por lo demás, es bien sabido que ningún sistema de gobierno, ninguna Constitución puede ser permanente e inmutable. Todas son transitorias, cambiantes, como la sociedad misma sometida del mismo modo que todo organismo a las leyes de la evolución. Un investigador tan serio y tan justo como Maine ha demostrado que muchas de las cosas que en el sistema democrático se consideran como ciertas y definitivamente establecidas, no tienen sino el carácter de una experiencia y de un ensayo. (1)

El caudillismo disgregativo y anárquico que surgió con la guerra de la Independencia y que el Libertador dominó y utilizó en favor de la Emancipación de Hispano-América, estableciendo desde entonces en Venezuela lo que han llamado los sociólogos *solidaridad mecánica* por el engranaje y subordinación de los pequeños caudillos en torno al caudillo central, representante de la unidad na-

(1) S. Maine. *Le Gouvernement Populaire*.

cional, y fundada en el compromiso individual, en la lealtad de hombre a hombre; no se transforma sino muy lentamente en *solidaridad orgánica* cuando el desarrollo de todos los factores que constituyen el progreso moderno vaya imponiendo al organismo nacional nuevas condiciones de existencia y por consiguiente nuevas formas de derecho político.

Aquellos que han calificado de anti-republicanas las ideas del Libertador, y que empíricamente han creído en la existencia real de los moldes clásicos del constitucionalismo democrático, ignoraron seguramente que en la más republicana de las constituciones que han existido en el mundo; en la que ha servido de modelo a los partidos más radicales de la América española, en la Constitución de los Estados Unidos—como lo observa un eminente sociólogo norte-americano—«se encuentran al lado de elementos puramente democráticos, elementos de un carácter absolutamente opuesto. Así, en lo que concierne a los poderes atribuidos al Ejecutivo, está generalmente admitido que la Constitución americana es más monárquica que la del Reino Unido de la

Gran Bretaña. Y si algún día las ideas democráticas, actualmente en boga, llegaran a cambiar, como ha sucedido en otras épocas en que las opiniones políticas han sufrido una especie de trastruque, se vería con asombro que la Constitución de los Estados Unidos, no tendría necesidad sino de muy ligeras modificaciones para adaptarse fácilmente a teorías absolutamente diferentes». (1)

El eminente autor de ese libro, que debiera hacerse circular con profusión en nuestra América, donde aun existen, desgraciadamente, tantas mentalidades trastornadas por las viejas teorías y donde el jacobinismo hace todavía sus víctimas, termina con estos conceptos tan elocuentes como precisos el capítulo destinado a analizar *los principios democráticos de la Constitución americana*: «Por más desagradables que puedan ser observaciones de este género a los lectores con tendencias ultra-democráticas, ellas sacan a plena luz la gran verdad de que no es en la democracia, ni aun en su mayor parte, donde hay que ir a buscar la fuente de las instituciones

(1) C. Ellis Stevens, *Les Sources de la Constitution des Etats Unis*, ps. 255—256. Trad. francesa de Louis Vossion. París 1897.

americanas. Desde el punto de vista histórico o fríamente científico, se debe estar siempre dispuesto, en este género de estudio, a examinar las cosas honradamente y sin temor alguno, tal cual ellas son y no como aparentan ser, o como debieran serlo de acuerdo con las hipótesis de los teorizantes de la política.»

La Revolución de la Independencia tenía que producir en toda la América, con más o menos intensidad, una profunda renovación social. No era, como dijo Fustel de Coulanges hablando de las revoluciones en la Ciudad Antigua, una clase de hombres que reemplazaba a otra clase en el poder; sino que puestos a un lado los viejos principios, nuevas reglas de gobierno debían regir las sociedades humanas. Desaparecida la sujestión de la realeza, el pueblo aspiró a restaurarla bajo una nueva forma. Los jefes surgieron por generación espontánea y no pudiendo llamarlos reyes, los llamaron *Caudillos*; pero es curioso observar que todos esos caudillos fueron calificados de *tiranos* por sus adversarios. Y por más peligrosas que los hombres de ciencia consideren hoy las comparaciones entre las revoluciones modernas y las

de los pueblos de la antigüedad clásica, nosotros encontramos en la obra insuperable del eminente historiador francés que hemos citado, conceptos que cuadran perfectamente a nuestra evolución política: «La aparición de la palabra *tirano* en la lengua griega, marca el nacimiento de un principio que las generaciones precedentes no habían conocido, la obediencia del hombre al hombre.... La obediencia a un hombre, la autoridad dada a este hombre por otros hombres, un poder de origen y de naturaleza absolutamente humanos, había sido desconocido a los antiguos eupatridas, y no fué concebido sino el día en que las clases inferiores, arrojando el yugo de la aristocracia, solicitaron un gobierno nuevo. Por todas partes estos *tiranos*, con más o menos violencia, tuvieron la misma política. Un tirano de Corintio pidió consejos un día a un tirano de Mileto sobre la mejor manera de gobernar; éste, por toda contestación cortó las espigas de trigo que sobrepasaban las otras. Su regla de conducta era la de abatir las cabezas elevadas y dominar la aristocracia apoyándose en el pueblo.» (1)

(1) Fustel de Coulanges, *La Cité Antique*, ps. 323—24.

García Calderón ha hecho en su interesante obra ya citada al hablar de los Caudillos y la Democracia, esta síntesis admirable: «La historia de estas repúblicas se reduce a la biografía de sus hombres representativos. El espíritu nacional se concentra en los «caudillos», jefes absolutos, tiranos bienhechores. Ellos dominan por el valor, el prestigio personal, la audacia agresiva. Ellos representan a lo vivo las democracias que los deifican. Si no se estudia a Páez, a Castilla, a Santa Cruz, a Lavalleja, es de todo punto imposible explicarse la evolución de Venezuela, del Perú, de Bolivia, del Uruguay.»

«Los dictadores como los reyes feudales—dice en otro lugar—abaten a los «caciques» locales, a los generales de provincia; así lo hicieron Porfirio Díaz, García Moreno, Guzmán Blanco.... Y las revoluciones se suceden a las revoluciones hasta la aparición del tirano esperado que domina, durante veinte o treinta años, la vida nacional.»

Esos hombres, ejerciendo una autoridad tutelar han realizado durante cien años en toda la América el principio

fundamental de gobierno formulado por el Libertador desde 1815:

«Los Estados americanos han menester de los cuidados de gobiernos paternales que curen las llagas y las heridas del despotismo y la guerra.»

Y no ha habido en América uno solo de los llamados partidos políticos que no sustentara en el hecho el mismo principio, por más que en la teoría, cuando han estado en la oposición clamaran contra la tiranía, contra la autocracia, contra el personalismo, amparándose en el principio contrario de la alternabilidad, el único de todo el andamiaje ideológico de los tiempos pasados que ha quedado en pie, para servir de bandera a las revoluciones, o para producir alteraciones funestas al orden social y violentas soluciones de continuidad en la marcha regular que reclama la existencia de naciones que no han perfeccionado aún su organismo; que aparte ilusiones presuntuosas, ideologías y optimismos generosos, la realidad les impone, so pena de desaparecer en la anarquía y en la ruina, la preponderancia del «hombre necesario».

Por un gravísimo defecto de educación y hasta por la pereza mental característica de nuestra *raza*, el criterio fatalista confundiéndose con el providencialismo que atribuye a los conductores de pueblos condiciones extrahumanas, es el que ha prevalecido entre nosotros en la apreciación de los acontecimientos históricos y en el juicio que generalmente nos formamos respecto de lo que sucede a nuestro alrededor. Por eso atribuimos únicamente al azar, a la *suerte*, lo que es efecto de leyes sociológicas al mismo tiempo que de la reflexión, de la voluntad y del carácter individual de los hombres que en un momento dado saben imprimir a la sociedad que gobiernan el movimiento que la salva de las grandes crisis porque conocen mejor que los otros, aquello que más conviene a su estabilidad y a su bienestar. Por eso existe y prevalece, no el providencial, sino el ente sencillamente humano, el «hombre del momento» que supo prever el mal, tuvo las energías necesarias para conjurarlo y el tacto de unificar y utilizar las fuerzas vivas de la sociedad para alcanzar un fin útil y permanente.

LOS PARTIDOS HISTORICOS

—

I

NUESTROS partidos históricos, que nacieron con la guerra civil de la Independencia porque desde entonces se dividió la población urbana de Venezuela en dos bandos llamados primero *godos* y *patriotas* y que después de constituida la República se titularon godos y liberales, no profesaron doctrinas políticas definidas sino cuando los unos sostenían las banderas del Rey de España y los otros luchaban por obtener la Independencia.

Los *godos*, comerciantes en su mayor parte, letrados y burócratas, habían tenido necesariamente que sostener el régimen colonial, unos por mantenerse en sus puestos, otros por ampliar sus prerrogativas absorbidas casi por completo por el mantuanismo revolucionario y los primeros por el interés de perpetuar el

monopolio al cual debían su prosperidad, pues es bien sabido que el comercio colonial de Venezuela se desarrolló al favor de la célebre Compañía Guipuzcoana, que hizo desaparecer la libre exportación de los productos naturales establecida desde tiempo inmemorial entre los puertos venezolanos y los de Veracruz, Canarias y las Antillas extranjeras, recibiendo en pago el numerario, que enriqueció en breve tiempo a la aristocracia territorial, y que luego absorbió por completo la compañía monopolista, y años más tarde el comercio de Cádiz, tan pertinaz y poderoso adversario de la Independencia de Venezuela, que fue él quien organizó a sus expensas la expedición comandada por el General Morillo en 1815. «Jamás—dice Heredia—había salido de España para la América expedición más brillante y numerosa, como que era el último esfuerzo de los comerciantes de Cádiz por medio de la Junta de reemplazos, que suplió todos los gastos».

Al través de todos los acontecimientos de nuestra historia puede observarse la continuación de esa lucha entre agricultores y comerciantes. Cuando terminó la guerra de Independencia, perdidas las úl-

timas esperanzas de restaurar el antiguo régimen, los *godos* o realistas, que casi todos se habían ya pasado a las filas patriotas, amparados por los preceptos constitucionales que otorgaban igualdad de derechos a todos los nacidos en el territorio, primero de la Gran Colombia y luego de Venezuela, sin tomar para nada en cuenta sus antiguas opiniones, se acogieron a la sombra de Páez, el Caudillo poderoso, y unidos a los patriotas enemigos del Libertador y de la unión Colombiana, entraron como factores en todos aquellos sucesos que tuvieron como consecuencia la disolución de la Gran República y la reorganización de Venezuela.

Pero era humanamente imposible para los hombres que durante veinte años se habían destrozado en una de las más tremendas guerras que registra la historia, olvidar sus odios profundos por el simple hecho de una transformación política; y la lucha continuó formidable, al impulso de las mismas causas remotas, modificadas naturalmente por la desaparición de España como elemento de combate y por el empuje de las clases populares a las cuales había abierto la revolución el camino de la ascensión política y social. El odio, exasperado

por la crudeza y la prolongación de la guerra con todo su cortejo de fusilamientos, prisiones, confiscaciones, de una y otra parte, pasó como herencia inalienable de padres a hijos... ; (1) y cuando las clases populares arrastradas por sus instintos de asesinato y de pillaje continuaban recorriendo la extensión inmensa de nuestras llanuras, cometiendo los mismos crímenes a que estaban habituados y que son característicos de los pueblos pastores en todas las latitudes, legitimados ahora en cierto modo por las prédicas del jacobinismo criollo; en las ciudades los dos bandos antagónicos, cambiando las primitivas banderas y disfrazándose con ropajes constitucionales, se extremaban en la tarea funesta de trasplantar de Europa y de los Estados Unidos las más avanzadas

(1) En Venezuela, por regla general se nacía *godo* o *liberal*, según que el ascendiente hubiese sido realista o patriota; y no solo los calificativos eran tradicionales, sino que los colores de las divisas eran las mismas de los dos bandos que lucharon durante la guerra. La bandera amarilla fue la de los patriotas. Páez, *Autobiografía*, Vol. I, p. 159 (En Nota). «En la plaza principal (de San Fernando de Apuré) encontramos la cabeza del honrado, del valiente, del finísimo caballero Comandante Pedro Aldao, puesta por escarnio en una pica de orden de Boves, que la remitió desde Calabozo como trofeo. Al apearla para hacerle honores y darle sepultura cristiana, encontramos dentro de ella un pajarillo que había hecho en la cavidad su nido y tenía dos hijuelos. El pájaro era amarillo, color distintivo de los patriotas».

doctrinas políticas sin pensar nunca en las posibilidades de aplicarlas.

Los *godos*, como para borrar el recuerdo de haber luchado en favor de la dominación española, exageraban en teoría sus principios radicales, disputándoles a sus contrarios el calificativo de *liberales*. Ellos, en su mayoría, no habían pertenecido como se ha venido creyendo, a la aristocracia colonial, casi desaparecida en la borrasca de la Revolución y cuyos escasos restos se hallaban en la miseria; eran como hemos dicho, los representantes de la burguesía, de la clase media de la colonia (blancos del estado llano), constituida principalmente por una oligarquía de tenderos, de *canastilleros*—como se decía entonces — favorecidos por la Constitución del año 30, que sólo concedía derechos electorales a los que poseyesen rentas, lo cual les facilitó la audacia inconcebible de aplicar a Páez, Jefe nato de la Nación, el principio exótico de la alternabilidad republicana, eligiendo para presidir la República, al Doctor José María Vargas, sospechado con razón de realismo, por haber vivido en Puerto Rico durante los días más crudos de la guerra (1). Apoyándose también en las

(1) Este era el gran argumento que los adversarios

doctrinas económicas de la escuela liberal de Manchester, reaccionaron contra la legislación colonial que tasaba el interés del dinero y perseguía la usura como un crimen, sancionando la célebre Ley de 10 de Abril del año 34 sobre Libertad de Contratos, la cual produjo en su ejecución «asonadas y motines» y contribuyó a fomentar la oposición al Gobierno, pues aquella ley, favoreciendo el capital, daba al comercio, y por tanto a los *godos*, una preponderancia mucho mayor que en la época colonial. Al mismo tiempo se sancionaban las leyes más rigu-

de Vargas oponían a su candidatura en aquellos días. En hoja suelta se publicó el 19 de octubre de 1834, una carta de uno de los antiguos realistas que aún permanecían en Puerto Rico, expresando su satisfacción por ver figurando entre los electores de aquel año a los realistas Juan José Vaamonde, José de Jesús Goenaga, Juan Pablo Huizi, Juan Manuel Cagigal, incluyendo entre ellos a Valentin Espinal y a Wenceslao Urrutia *quienes seguramente llevarían a Vargas a la Presidencia y con eso adelantaría mucho España*. Los adversarios de Vargas lo llamaban «el Candidato Extranjero» y en otro impreso de 22 de julio se leen estos conceptos: «Vea Venezuela qué suerte la esperaría si ocupara la Presidencia del Estado un hombre elevado por la aristocracia, por los enemigos de la Independencia y de nuestros invictos caudillos....» El mismo Doctor Vargas le dice a Páez el 23 de julio de 1835 «Mucho siento observarle que juzgo muy necesaria la presencia de los Consejeros militares (que eran próceres de la Independencia) en el Consejo. Cuando todo se convierte en pretextos, cuando se critica al gobierno de *godo* o compuesto de *hombres diversos de los antiguos patriotas*.... los Generales Carreño y Piñango me parecen muy útiles y aún indispensables en el Consejo». (Doc. para los Anales de Venezuela, 2º período, t. 2). Ya insistiremos sobre estos puntos, al hablar de la evolución de los partidos de la Independencia.

rosas: contra el abigeato, al cual estaban habituados los llaneros, y contra los conspiradores, sin tomar en cuenta que el primer conspirador había sido Páez, alzándose contra el Gobierno de Colombia y que la misma República de Venezuela había sido el resultado de una conspiración contra el mismo Gobierno. (Advertimos que este concepto de *conspiración*, lo tomamos en el sentido puramente legal y abstracto, pues en el concepto histórico y sociológico la revolución del año 26 como la del 30, están perfectamente justificadas). Todas aquellas leyes cuya sanción era la pena capital, se cumplían rigurosamente, y con la mayor frecuencia, porque del año 30 al 47, que comprende el período mal llamado conservador, no hubo un solo día de paz en Venezuela. Partidas de bandidos infestaban los desiertos y asaltaban los hatos y las poblaciones del llano como en los tiempos coloniales; y en la *Gaceta de Venezuela* de aquellos años, pueden leerse las causas y las sentencias, que no sabemos cómo no han sido jamás mencionadas por los liberales ni como alegato en contra del partido *godo*. En ellas se ve que no sólo eran llaneros; mulatos ni zambos los que componían aquellas gavillas; muchos eran obreros, artesanos,

agricultores sin trabajo, a quienes acompañaban multitud de esclavos y de manumisos que huían del dominio de sus amos, al cual querían someterles jueces y autoridades que sobre todo en las Provincias llaneras violaban constantemente la ley de manumisión en favor de los propietarios. (1)

II

Obsérvese, además, que la justicia colonial no había sido ni pudo ser nunca rigurosa en Venezuela. No obstante la abundancia de delincuentes, fueron raras las ejecuciones a muerte, y en ninguna población hubo verdugo oficial. Desde los tiempos más remotos los hatos lejanos habían sido refugio seguro de cuantos huían de la justicia (2). El mismo Páez fué uno de estos fugitivos. Ahora, en medio de aquella anarquía que engendró la guerra y la impunidad que fatalmente debieron poner en práctica los patriotas para ganar prosélitos, la aplicación rigurosa de aquellas leyes tenía que ser

(1) Véase la «Colección completa de las leyes decretos y resoluciones sobre manumisión». Caracas 1840.

(2) V. Depons.—*Voyage a la partie orientale de la Terre-Firme, etc.*—Humboldt.—*Voyage*.—Archivo Nacional. *Reales Provisiones*.

considerada por el pueblo como una iniquidad, como una gran crueldad, como una espantosa injusticia. «Un delito generalizado — ha dicho Tarde — vuélvese pronto un derecho». Páez mismo había autorizado el abigeato, cuando facultó a los llaneros para que por su propia cuenta se hiciesen pago de sus haberes militares con los ganados pertenecientes a los realistas. Y ellos, naturalmente, declararon entonces realistas a «todos los que tenían algo que perder», como en tiempos de Boves y demás foragidos, habían declarado blancos y patriotas a todos los propietarios. La revolución de Farfán, como se ha visto y según la propia declaración del Gobierno, no tuvo otro origen que los azotes dados por un juez de la parroquia Urbana a un sobrino de aquel heroico soldado, en cumplimiento de la ley de hurtos. A una causa semejante obedeció el alzamiento de Rangel en 1846.

Repetimos que la impunidad de todos los delitos había tenido que ser la norma de la Revolución de la Independencia, pues no de otro modo pudo arrebatársele al realismo la popularidad de que gozó entre los llaneros hasta cuando el General Morillo quiso someterlos al a rigurosa disciplina del ejército expedicio-

nario. Porque no era sólo la vida, la que se garantizaba los venezolanos, «por más culpables que fuesen»—según el decreto de Trujillo que jamás ha sido interpretado en su elevado sentido político—sino que por los repetidos indultos posteriores prometidos y otorgados por el Libertador en favor de los más grandes desalmados que habían cometido todos los crímenes bajo las órdenes de Boves, Yañes, Rosete, etc., se les recibía en las filas independientes con los mismos grados que habían conquistado en los días más espantosos de la Guerra a Muerte. Ya hemos citado multitud de nombres que figuraron en las luchas civiles subsiguientes.

En un estado social semejante, con hombres habituados a todos los peligros, habiendo actuado en una larga guerra sembrada de heroísmos, conociendo ya el camino por donde Páez y tantos otros de sus connilitones habían llegado a la cumbre, y sin haber estado sometidos jamás a otra disciplina que a la del caudillo, cuando de pastores se convirtieron en guerreros, ¿qué respeto podían inspirarles aquellas leyes que iban contra lo que ellos creían sus derechos o *las adquisiciones de su lanza*, como dijo el Libertador? De allí se originó naturalmente la im-

popularidad del Gobierno *godo* y por consecuencia el prestigio de la oposición *liberal*: de allí el «odio y horror a la oligarquía», que fué el 46 el credo de Zamora, de Rangel, de Calvareño y de cuantos guerrilleros proclamaron al Partido Liberal, y en 1859 la Federación.

Ese debía ser y ese era necesariamente el criterio, la conciencia social de un pueblo semi-bárbaro y militarizado en que el nómade, el llanero, el beduino, preponderaba por el número y por la fuerza poderosa de su brazo. (1) Sólo la acción del Caudillo, el Gendarme Necesario, podía ser eficaz, para mantener el orden. Venezuela permanecía en aquella misma situación que Don Fernando de Peñalver describía al Libertador en 1826: «Es una verdad que nadie podría negar, que la tranquilidad de que ha disfrutado Venezuela desde que la

(1) «Examinando hoy las tribus de beduinos, que sin embargo están ya muy avanzadas podemos darnos cuenta de lo que eran las relaciones entre las primitivas. Un viajero francés, M. Gabriel Charne, escribía a este respecto en *La Revue de Deux Mondes*, de 15 de agosto de 1881: «Caer sobre las caravanas cuando éstas no son aliadas a su tribu; robarse los rebaños, apoderarse de los bienes, asesinar a los que pretendieren defenderlos, sobre todo si son habitantes de las ciudades, tales son las virtudes que el beduino ostenta en más alto grado. Nosotros mandaríamos a galeras como ladrones, como salteadores de caminos, a estos héroes poco nobles de las leyendas beduinas. *Voyage a Syrie*.—Cit. de Gumplowicz.—*Precis de Sociologie*, p. 186»

ocuparon nuestras armas, se ha debido exclusivamente al General Páez, y también lo es que si se alejase de su suelo, quedaría expuesto a que se hiciese la explosión, pues sólo falta para que suceda esta desgracia, que se apliquen las mechas a la mina». Pero la influencia y el poder del General Páez, conquistados en los campamentos por sus grandes facultades de guerrero y de caudillo, se había ido debilitando por el empeño que tuvieron siempre los letrados de la época, inspirados en doctrinas puramente especulativas entonces tan en boga, de poner cortapisas a un poder personal que no era sino la expresión concreta de los instintos políticos de nuestro pueblo. Empujados por esas mismas abstracciones y viendo en el ejército regular una base de despotismo, destruyeron y persiguieron aquellas legiones heroicas que habían hecho la independencia de América, jactándose de que *los habían mandado a trabajar*, y permitiendo que los tribunales de justicia, compuestos casi todos por antiguos realistas, les arrebatasen, en favor de sus primitivos dueños, las propiedades con que la Patria había premiado sus servicios. (1)

(1) Entre otros figuraba como Juez, el Doctor Fran-

Sobre Páez, Jefe del Gobierno, caía necesariamente toda la responsabilidad de aquellos hechos que le enagenaron por completo el prestigio y el respeto de antiguos con-militones.

La autoridad de Páez, como la de todos los caudillos de Hispano América, se fundaba sobre la *sugestión inconsciente* de la mayoría. El pueblo nuestro que puede considerarse como un grupo social *instable*, según la clasificación científica, porque entonces y aún en la actualidad se halla colocado en el período de transición de la solidaridad mecánica a la solidaridad orgánica, que es el grado en que se encuentran hoy las sociedades *legítimas y estables*, se agrupaba instintivamente alrededor del más fuerte, del más valiente, del más sagaz, en torno a cuya personalidad la imaginación popular había creado la leyenda, que es uno de los elementos psicológicos más poderosos del prestigio; y de quien esperaban la más absoluta protección, la impunidad más completa a que estaban habituados.

cisco Rodríguez Tosta, quien con los Doctores Juan de Rojas y Tomás José Hernández de Sanabria, habían compuesto el célebre Tribunal de Apelaciones, nombrado por Boves el año 14, para sustituir la Real Audiencia.

Es de advertir al mismo tiempo que todas las leyes políticas, de un radicalismo a ultranza, que tendían a alejarnos de las formas dictatoriales, sin tomar en cuenta el medio anárquico en que pretendían implantarlas, eran a la vez reaccionarias contra el partido boliviano, calificado de monarquista, de teocrático, de pretoriano, porque en medio de la anarquía que como un huracán se desataba por toda la América, amenazando destruir la obra de la Independencia, todavía sin arraigos profundos en la conciencia pública, tanto el Libertador como muchos de los más altos representantes de aquella causa, conscientes de sus responsabilidades ante la historia, solicitaban por todos los medios posibles el implantamiento del orden; y como en todos los casos de extrema gravedad, apelaron a remedios heroicos, que realmente atacaban el idealismo republicano, el espíritu democrático de la Revolución, y los principios políticos considerados entonces como generadores infalibles de la felicidad humana.

III

Lanzados en ese camino y cuando más se necesitaba de una mano de hierro capaz

de reprimir el bandolerismo e intimidar a los demagogos, quienes para ganar popularidad parafraseaban las doctrinas abstractas de los filósofos europeos de la política, mal aprendidas en lecturas fragmentarias y en pésimas traducciones; los hombres dirigentes imbuídos también en aquellas mismas ideas, llegaron al extremo de anular por completo la acción del Estado invocando la doctrina del *laisser faire*, del *laisser passer*, que fué el credo de Soubllette, no sólo en lo económico sino en lo político, sin comprender que esta doctrina «de la concurrencia ilimitada y sin ferno» tan funesta aun en las sociedades bien constituidas—como lo afirma Spencer—porque revivía bajo una forma nueva la vieja teoría de Hobbes, de la lucha de todos contra todos, no venía a producir otro efecto en nuestro medio sino el de otorgar la más absoluta sanción a la anarquía popular que tantos desastres iba a continuar produciendo.

No era que los *liberales* ganaran popularidad con sus *doctrinas disolventes*, eran los *godos* quienes inconscientemente, anulando la acción del Caudillo, «aplicaban las mechas a la mina» produciendo aquella explosión que temió Peñalver el año 26. Pretender sustituir

el prestigio personal del Caudillo, única institución posible en nuestro pueblo, único resorte poderoso de orden social, con el *prestigio impersonal de la Ley*, de leyes que no eran la expresión concreta de las necesidades ni del estado social; que no correspondían a condiciones de hecho, ni a las modalidades propias del ambiente, ni estaban en las costumbres nacionales, fué el colmo de la imprevisión y del empirismo.

La tendencia de todos los escritores y hombres políticos de la época era la de coartar, limitar o anular el poder del Caudillo (1). Los godos en el gobierno como los liberales en la oposición, buscaban

(1) Uno de los fundamentos más poderosos de la oposición liberal en 1840, era el poder ejercido por el General Páez durante veinticinco años, sin comprender que aquella influencia decisiva no era ni podía ser la obra exclusiva de la voluntad del Gran Caudillo, sino la expresión concreta de los instintos políticos del pueblo venezolano. Y es curioso observar que los argumentos de Antonio Leocadio Guzmán contra la autocracia de Páez, fueran los mismos que más tarde, godos y liberales sacaban a relucir en contra de la autocracia del General Guzmán Blanco, cegados también por el prejuicio de la alternalidad o fundándose en este principio *hasplantado* para encubrir ambiciones personalistas y sustituir a un autócrata con otro, tras el inevitable período de anarquía que precede siempre en casi todas las Repúblicas hispano-americanas al implantamiento del Gobernante efectivo, del «Gendarme Necesario» capaz por la superioridad de su carácter y por la fuerza de su brazo de imponer la paz y hacer progresar la sociedad. México, después de la caída de Porfirio Díaz, es el ejemplo más reciente y más elocuente de esta verdad.

por diversos caminos los medios de acabar con lo que ellos llamaban el personalismo. Pero ni los unos ni los otros llegaron a percibirse de que fomentando la anarquía, perpetuando el estado de guerra, hacían cada vez más imprescindible la necesidad del Gendarme y, como consecuencia el sometimiento absoluto y la ciega obediencia. Es curioso observar la ceguedad con que todos trabajaban en contra de los mismos fines que se proponían alcanzar. Ni siquiera sacaron de la caída del Doctor Vargas, destituido por una simple asonada, la experiencia que debió necesariamente aleccionarlos contra el dogmatismo constitucionalista. Creyeron sinceramente, quizás, que Páez al despojarse de la investidura presidencial se había despojado también del poder que emanaba de la constitución efectiva del país; y apenas sintieron la debilidad absoluta del régimen que habían pretendido implantar, corrieron a rodear al Caudillo implorando su apoyo y acabando de nuevo su autoridad.

Envaneciéndose de «haber sometido a Páez al imperio de la Constitución», no se daban cuenta de que el poder personal del Caudillo era la verdadera

constitución efectiva del país, (1) y que con leyes exóticas, pretendiendo establecer el orden sin contar con la acción directa y eficaz del «gendarme», no hacían otra cosa que aumentar la anarquía, sistematizar el desorden y abrir amplio campo a los agitadores, que invocando también los principios abstractos y pidiendo el cumplimiento de la Constitución para disfrazar sus resentimientos personales y sus ambiciones de poder, lanzarían al fin el país a otra guerra de exterminio, destruyendo las bases de una organización económica, social y administrativa, que pudo desarrollarse ampliamente bajo la autoridad indiscutida de un hombre de las excepcionales condiciones del General Páez.

Y no era que las ideas positivas del gobierno fuesen entonces absolutamente desconocidas. Ya hacía muchos años que el Libertador había recomendado a los constituyentes de Angostura, no olvidasen jamás «que la excelencia de un gobierno no consiste en su teoría, en su forma,

(1) Ayarragaray, dice, hablando de la República Argentina: «El caudillismo fué siempre nuestra constitución positiva; y en vano la impostura de los partidos, o la ingenuidad de las teorías, pretendieron cubrir con instituciones importadas las monstruosidades congénitas de nuestra constitución política. «LA ANARQUÍA ARGENTINA Y EL CAUDILLISMO».

ni en su mecanismo, sino en ser apropiado a la naturaleza y al carácter de la nación para quien se instituye. El sistema de gobierno más perfecto es aquel que produce mayor suma de seguridad social y mayor suma de estabilidad política».

IV

Los *godos* han echado sobre los *liberales* la responsabilidad exclusiva de aquellos acontecimientos, atribuyendo a sus prédicas demagógicas una influencia que no pudo ser sino muy limitada. Por más que hemos solicitado en muchos periódicos de la época esos artículos subversivos capaces de «corromper las masas populares» de «trastornar el criterio público» no los hemos encontrado.

El Venezolano de Guzmán, *El Patriota* de Larrazábal, *El Torrente* de Rendón, *El Republicano* de Bruzual, que fueron los órganos principales de la oposición liberal desde 1840, (1), por más

(1) Tal es la oscuridad que los pseudo-historiadores y los escritores políticos han hecho en torno a los orígenes de ambos partidos, que ya se hace necesario sustituir a las filiaciones vagas, encadenamientos históricos y determinaciones precisas. Por desconocimiento absoluto

subversivos que fuesen, estaban escritos en un estilo demasiado elevado para penetrar en la mentalidad rudimentaria de la reducida minoría que alcanzaba a leerlos. Cuántos ejemplares, además, podía editar cada uno de aquellos periódicos? En 1897 decía Novicow: «Hace cincuenta años que las prensas de manos tiraban apenas 600 ejemplares por hora» (1). La influencia de la prensa, según el mismo sociólogo, no depende hoy sino del vapor y de la fuerza eléctrica, que moviendo la prensa Marinoni puede imprimir sesenta mil ejemplares por hora y del bajo precio del papel, que ha hecho posible el periódico barato. Es por consiguiente un error atribuir a la prensa liberal del 46 la profunda conmoción de aquellos años. Basta a com-

de las leyes de la continuidad histórica, se considera que los viejos partidos datan de 1849 y en esto marchan de acuerdo casi todos los escritores de ambos bandos. «Cuatro fueron los órganos más característicos de la imprenta durante aquel interregno *genérico* de nuestra vida política—dice Marco-Antonio Saluzzo en sus *Esbozo y Versión*» (p. 96)—y estas cuatro hojas periódicas sembraron sobre las alas de los vientos del Cielo la semilla del Derecho y de la Libertad. Guzmán, el Brissot de Venezuela, escribía *El Venezolano*; Larrazábal, el ático Larrazábal, escribía *El Patriota*; Bruzual *El Republicano*; Rendón, *El Tormenta*» (p. 100). «Guzmán electrificaba; Larrazábal, encantaba; Bruzual explicaba; Rendón, predicaba».

(1) *Conscience et volonté sociales*, p. 76.

probarlo la consideración de que el 46 como el 59 se repitieron exactamente los mismos fenómenos de los años 13 y 14, en que no hubo ni tribunales, ni periódicos incendiarios que sublevaran las masas populares.

¿Cómo puede achacarse racionalmente, a la sola propaganda de «El Venezolano» la aparición de aquellas mismas hordas que victoreaban el Partido Liberal y la Federación con la misma inconsciencia con que habían victoreado primero a Fernando VII y a Boves y más tarde a Bolívar y a la Patria? Todos esos movimientos eran simplemente la continuación de la misma lucha iniciada desde 1810, la propagación del mismo incendio oculto a veces bajo las cenizas o elevando sus llamas hasta enrojecer el horizonte, pero siempre implacable en su obra de devastación y de nivelación. En 1846 como en 1859 se concentraron de nuevo las mismas montoneras de Boves y de Yáñez bajo el brazo vigoroso de otro gran caudillo de la misma fisonomía moral, de las mismas dotes de mando, del mismo empuje heroico, del mismo desprendimiento, de los mismos instintos eclocráticos y hasta pode-

mos decir que de la misma raza que el asturiano legendario. (1)

Prueba evidente de que en nuestra evolución igualitaria la influencia de las ideas no ha sido tan poderosa como se ha venido creyendo. Antonio Leocadio Guzmán fué siempre un esforzado defensor de la Constitución de 1830, con su régimen electoral oligárquico, y jamás pidió la abolición de la esclavitud, ni de la pena de muerte, ni de las penas infamantes; ni siquiera abogó en provecho propio por la derogación de la ley de conspiradores que llevaba su firma y en virtud de la cual estuvo a pique de que lo fusilaran sus enemigos. Felipe Larrazábal era un literato romántico, que imitaba y algunas veces plagiaba a Lamennais, y nunca manejó

(1) Extraño encontrarán este paralelo aquellos que aún se empeñan en desconocer las leyes de la continuidad histórica y se figuran que cada generación crea su estado social. Y conste que no vemos la figura de Ezequiel Zamora, al través de ningún prejuicio partidario. Pertenecemos a una familia de liberales federalistas y podemos decir con orgullo que nuestros antepasados dejaron bien puesto su nombre en los campos de batalla y en las luchas civiles. Por eso afirmamos con la más absoluta libertad de criterio que por su raza, pues Zamora era perfectamente blanco, por su gran pericia militar, por su desprendimiento, por su heroísmo, por la dureza de su carácter y por el influjo que tuvo en nuestras masas populares a nadie más que a Boves, puede comparársele, aunque siempre nos hayan parecido arbitrarios estos paralelos entre personajes colocados en ambientes políticos y circunstancias históricas distintas.

el estilo candente ni la sátira envenenada y soez que pudiera ser grata al grosero paladar de nuestras turbas urbanas. Etanislao Rendón fué siempre un retórico, oscuro en las ideas y más oscuro aún en la expresión, gustándole emplear los términos más extraños para designar las cosas más corrientes; de tal manera que es imposible, aún a los más familiarizados con el idioma, leer sus artículos o sus discursos sin apelar al diccionario; lo cual contribuyó sin embargo, a darle una gran reputación, ya que como dice Le Dantec «la magia de las palabras ha sido y lo será todavía por mucho tiempo un móvil poderoso de nuestras acciones y de nuestros juicios»; y Rendón, a falta de argumentos tenía exclamaciones, como cuando en la Convención de Valencia el 58, defendía el sistema federal diciendo: *La Federación es santa, celestial, divina!* Sólo Blas Bruzual tenía pluma y cerebro de combate; sólo él poseía la concepción clara y los sinceros ideales de su partido y de su credo. Fué tan honrado como Rendón, pero más en contacto con la realidad y con las necesidades del momento. Todavía vibran en las páginas de «El Republicano» las tremendas

diatribas, los conceptos vigorosos, y encendidos por una convicción y una fe absoluta en las excelencias de su credo. Bruzual era además liberal de pura cepa. Había sido siempre patriota, traía las pasiones de la cruenta lucha por la Independencia, en tanto que Guzmán, Larrazábal y Rendón eran hijos de realistas. Pero «El Republicano» no tuvo siquiera residencia fija y en más de siete años no publicó sino escaso número de ejemplares, como puede verse en la colección que se conserva en la Biblioteca Nacional.

Si la rigurosa exactitud de estas consideraciones salva a Guzmán y a los escritores liberales de las graves responsabilidades que sobre ellos han hecho pesar sus adversarios, también les arrebató, por falso o infundado, sobre todo al primero, el título de *Fundador del Partido Liberal*.

Las masas populares que habían sido realistas con Boves y patriotas con Páez durante la guerra de Independencia, fueron después liberales con Guzmán y Zamora el 46, y federales con el mismo Zamora, con Falcón y con Sotillo el 59.

Y en cuanto a las clases superiores, en lucha desde la Independencia, jamás, en ninguna época, han estado divididas por cuestiones de principios. En Venezuela se ha considerado como una deshonra llamarse conservador al punto que uno de los libros políticos más sensacionales, aparecido en la última década del siglo pasado: *Estudios histórico-políticos*, del señor Domingo Antonio Olavarría (*Luis Ruiz*), y que es un apasionado alegato en contra de *las conquistas del Partido Liberal*, comprueba hasta la saciedad que los *godos* fueron siempre más radicales y hasta más jacobinos que sus contrarios llamados *liberales*. (1)

Estudiar con otro criterio aquellos movimientos, atribuirlos a influencias doctrinarias exclusivamente, es desconocer las causas fundamentales de nuestra evolución histórica y permanecer en la errónea creencia de que en Venezuela hayan existido partidos doctrinarios, con opuestas tendencias, y que nuestras luchas

(1) El señor Olavarría era descendiente directo de don Domingo de Olavarría y Olave, notable realista, Comisario de Guerra del Ejército español de Morillo; y aunque por la línea materna era nieto del general Renato Beluche, francés, que como marino prestó grandes servicios a la Independencia, fué considerado como *godo* siendo, sin embargo, un hombre de ideas y de principios absolutamente radicales.

intestinas fueron ocasionadas por cuestiones constitucionales. «A la hora actual aun en las naciones sometidas al régimen parlamentario—dice René Worms—se distinguen por lo menos dos grandes partidos: los liberales y los conservadores. Pero éstos no son sino rótulos frecuentemente engañosos y que por lo regular designan cosas muy diferentes según los tiempos y los países, no sirviendo sino para encubrir con nombres pomposos, ambiciones y rivalidades personales». (1) No decimos por consecuencia nada nuevo, ni pretendemos que solamente en Venezuela haya sido una mentira la cuestión de los partidos doctrinarios. Un periodista de la vecina República decía hace poco tiempo, que en Colombia sólo habían existido dos partidos: el clerical y el anticlerical. Es una diferencia radical con Venezuela, donde el clero no ha tenido jamás influencias políticas.

¿Y cuál fué al fin el resultado de aquella lucha, en favor de las principios republicanos sancionados en la Constitución? La aparición inmediata del otro caudillo; la sustitución de Páez con Monagas; la alternabilidad del poder

(1) *Philosophie de Sciences Sociales*. I. p. 69.

personal, que los odios tradicionales hicieron violenta, en vez de la sucesión legal y pacífica escrita en el código fundamental. Si el poder absoluto de Páez comenzó a consolidarse con su rebelión del año 26, el de Monagas quedó consagrado con el hecho sangriento del 24 de enero de 1848, nacido de un movimiento popular.

V

No incurriremos nosotros en el error de afirmar que el pueblo de Venezuela fuese *democrático* en el sentido científico del vocablo y que las ideas y los principios democráticos—como erróneamente lo afirmó el argentino Sarmiento, hablando de su país—hubieran penetrado hasta las capas inferiores de la población. Las visiones de Rousseau descubriendo en las sociedades primitivas el «igualitarismo», la independencia individual, y todos los principios proclamados por las sociedades modernas, no caben hoy dentro de un criterio medianamente ilustrado; «la historia no es una serpiente que se muerde la cola». El comunismo arcaico, no es el colectivismo de nuestra edad presente; entre uno y otro sólo existe una

identidad aparente y superficial. Confundirlos equivale a establecer, por ejemplo, una semejanza absoluta entre la coexistencia de una mujer y de un hombre en los pueblos primitivos y el matrimonio monogámico de la Europa moderna. «En las pobladas errantes e inorgánicas, dice Post, un sabio preocupado con una teoría pudiera descubrir tanto la promiscuidad como la monogamia, la propiedad privada como la propiedad colectiva» y Bouglé agrega: «la desigualdad como la igualdad.»

El carácter típico de los pueblos pastores, así en Venezuela como en todos los países donde existen llanuras y ganados, es la *igualdad* de condiciones, la ausencia completa de gerarquización social: «Los pueblos pastores o venidos directamente de pastores, no tienen aristocracia». (1)

Pero es ese el ideal de la democracia moderna? «La fórmula de las exigencias lógicas de igualitarismo es «proporcionalidad» no «uniformidad»; igualdad no es identidad. Si la idea de *igualdad* excluye a nuestros ojos las de clase o

(1) Edmond Demoulin. *Les Grandes Routes des Peuples. Comment la route crée le type social.* t. II *passés*.

especie, implica desde luego las de individualidad y humanidad; o en otros términos, cuando se declara que todos los hombres son iguales, el sentimiento de que ellos son semejantes no excluye el sentimiento de que sean diferentes; reclamar, como lo quiere la democracia, la igualdad de las facultades jurídicas, no es proclamar la igualdad de las facultades reales. El verdadero concepto de la democracia es del concurso donde todas las posibilidades se igualan por el momento, pero es justamente para apreciar luego mejor los diferentes valores de las acciones individuales. «La igualdad de las posibilidades no está hecha para borrar, sino muy al contrario, para poner de relieve la desigualdad de las potencias.... cuando se quieren medir exactamente la diferencia de dos fuerzas se les hace partir del mismo nivel».

«Cuando la doctrina democrática reclama la igualdad civil y jurídica no niega de ningún modo las diferencias individuales, sino que quiere, al contrario, tener en cuenta los méritos y los deméritos personales. Declarar iguales a todos los ciudadanos ante la ley, no es pedir que ella asegure a sus actos, por más distintos que ellos sean, iguales

sanciones; sino al contrario, que ella proporcione a la desigualdad de las faltas cometidas o de los servicios prestados, las sanciones de que dispone. Lo mismo sucede cuando se decreta que todos los ciudadanos serán «igualmente admisibles a todas las dignidades y a todos los empleos públicos»; se destruye toda distinción, según la fórmula consagrada de la *Declaración de los Derechos del Hombre*, que no sea «las de sus virtudes y de sus talentos»; pero es precisamente con el único fin de poner de relieve esta distinción, como se borran todas las demás. El régimen democrático del concurso, proclamando la igualdad de derechos de los concurrentes, tiene justamente por objeto medir las diferencias de sus facultades». (1)

Cuando decimos que las doctrinas liberales importadas de Europa por los hombres de la Revolución, coincidieron en Venezuela con los instintos niveladores de nuestra población heterogénea y de las masas llaneras victoriosas, que dominaron el país después de la Independencia, no pretendemos de ningún modo afirmar que los venezolanos com-

(1) Bouglé, *Les Idées égalitaires*.

prendieran mejor y apreciaran las excelencias de la doctrina democrática, por un movimiento deliberado y consciente. Queremos simplemente comprobar que nuestro pueblo estaba más dispuesto que ningún otro de Hispano-América, para recibir y transformar en provecho de sus instintos niveladores, aquellas ideas que predicadas por las clases elevadas de ambos partidos, representaban la reacción contra el régimen social de la colonia. Las distinciones que hoy establecen los sociólogos, interpretando científicamente la doctrina democrática, siguiendo la evolución de las ideas igualitarias, no podían ser apreciadas entonces por los que predicaban sinceramente el dogma de la soberanía popular. De allí el gran número de idealistas arrepentidos, de jacobinos chasqueados, que escapaban de la vida pública para ir a llorar decepcionados las funestas consecuencias de sus prédicas, o desmentían en el poder, llenos de escepticismo, los mismos principios que habían sustentado en la oposición y en los campamentos revolucionarios.

Compárese la evolución de las ideas igualitarias en Venezuela y en Colombia,

por ejemplo, y se verá que es entre nosotros donde más rápida y profundamente han penetrado hasta las más bajas capas populares; y no obstante haber sido la vecina República, el país en que la *élite* liberal llevó su radicalismo a un extremo adonde no llegaron jamás los venezolanos ni aún en el período del 40 al 46, cuando nuestro jacobinismo alcanzó su grado máximo, el pueblo colombiano permanece todavía inmóvil, apegado a sus tradiciones, sumiso a la iglesia católica, respetuoso a las gerarquías sociales, sin que los sacudimientos revolucionarios, las guerras civiles, tan frecuentes como las nuestras, ni las prédicas disolventes de los radicales, entre quienes se encontraron siempre oradores y escritores eminentes y disponiendo además de una libertad absoluta en la prensa y en los congresos, que llega hasta la licencia, hayan podido despertar en el mestizo y mucho menos en el indio, los impulsos niveladores, trepadores y demolidores de las poblaciones llaneras y costeñas de Venezuela. En Colombia misma se observa una gran diferencia entre los instintos políticos de los montañeses, que constituyen la mayoría de su población, y los de los

pueblos costeños y llaneros que se asemejan más a los venezolanos.

La explicación más racional de nuestra rápida evolución igualitaria, no debemos buscarla de ninguna manera en la influencia exclusiva de las ideas importadas de Europa y profesadas indistintamente por todos los partidos, sino en la coincidencia necesaria y fatal de esas ideas con los instintos políticos de nuestro pueblo heterogéneo y conformado en su gran mayoría por la vida pastoral. «Para que una idea penetre en una sociedad, es necesario que exista entre la naturaleza de aquella y la estructura de ésta una especie de armonía preestablecida». (1)

Por esa razón hemos afirmado que de las dos faces de nuestra revolución de Independencia, la más interesante para el sociólogo no es la lucha contra España. Quédese para la historia militar el estudio de las grandes campañas y para la epopeya la exaltación de nuestros héroes en la redención política del continente. Otras son las conclusiones que el investigador debe desentrañar de aquella lucha en que «la mitad de la población combatió contra

(1) Bouglé, *Les Idées égalitaires* p. 84.

la otra mitad» durante catorce años, porque en esa guerra civil, más social y económica que política, se encuentra la clave de nuestra evolución nacional.

Cuando en otros países de Hispano-América la revolución de la Independencia se redujo casi a un cambio de autoridades y el gobierno supremo pasó sin hondas modificaciones de las manos de los agentes de España a las de la aristocracia criolla habituada a la supremacía social, municipal y económica, en Venezuela los primeros movimientos revolucionarios comienzan también encabezados por las clases elevadas; pero al cabo de catorce años de cruentísima lucha y por causas étnicas y mesológicas que particularizan nuestra evolución, diferenciándola de la de casi todos los otros pueblos del continente, se observa con absoluta claridad, que un profundo movimiento igualitario, que una verdadera revolución social, se había realizado en el organismo de la antigua Capitanía General. Basta comparar el rango y la mentalidad de los hombres del 19 de Abril y del 5 de Julio, con la mentalidad y el rango de los *Caudillos* que, por virtud de sus grandes hazañas vinieron a ocupar las más elevadas posiciones en la naciente República y eran en realidad los ge-

nuinos exponentes de la revolución, para comprender la enorme trascendencia social de aquella guerra. «La rebelión» que comienza «como un juego de niños» dirigida por las manos finamente enguantadas del Marqués del Toro, viene a terminar sobre una gran charca de sangre y un inmenso montón de ruinas, como un potro cerril bajo la mano áspera y brutal del llanero Páez. Desde entonces la pirámide quedó definitivamente invertida.

El encumbramiento de Páez que desde la humilde condición de peón de un hato había llegado a escalar el más alto puesto en la milicia y en la política, tenía que producir hondas repercusiones en el seno de nuestras masas llaneras, anárquicas, individualistas y semibárbaras. «El hombre que alcanza una alta posición, eleva con él la clase a la cual perteneció y sobre ella refleja los honores que se le tributan. Es por esta causa por lo que la imaginación popular se complace en atribuir a los grandes un origen humilde. A creer en las leyendas, más de un rey había sido pastor y conservaba en un lugar oculto de su espléndido palacio, los pobres instrumentos de su antiguo oficio (1). El hecho de que un

(1) Bouglé. Op. cit.

plebeyo, de que un humilde peón como Páez en un pueblo profundamente conmovido por catorce años de guerra y que profesa hasta el fanatismo el culto del valor personal, hubiera llegado a ser por la sola virtud de sus hazañas militares, no sólo el Jefe Supremo de la República sino el hombre más rico, más adulado, más aplaudido y más temido, debía necesariamente estimular en el espíritu de las clases populares el móvil psicológico de elevarse, de trepar, de asaltar todas las cumbres, rotas casi por completo las antiguas y fuertes vallas que el régimen colonial oponía a la ascensión democrática. Páez, Jefe Supremo de la Nación, ha significado mil veces más para la democracia venezolana que todas las prédicas de los jacobinos y todos los «sacrosantos» principios escritos en las Constituciones.

Y nuestras contiendas civiles posteriores a la de la Independencia, no han sido como las de otros países de Hispano-América, choques de dos oligarquías que se disputan el predominio político. Verdaderas revoluciones sociales, ellas han sido como las etapas de esta evolución que al cabo de un siglo ha dado como resultado el triunfo del igualitarismo, un tanto confuso todavía como engendrado por la vio-

lencia, pero comprobando con sus tipos representativos la recia complexión psicológica de este pueblo heterogéneo que desmiente hasta cierto punto, por su facilidad de adaptación, la teoría de la desigualdad mental de las razas.

Era el año de 1859. Acababa de estallar la Revolución Federal, y uno de aquellos guerrilleros que andaban merodeando por el Alto Llano llegó una tarde al puebio de Parapara. Tendió su gente a la puerta de una humilde casa se introdujo en ella, y colocando la espada sobre una mesa se echó en un chinchorro de moriche a descansar de su incesante correría. A poco llegó silvando alegremente, con una tinaja de agua en la cabeza, un muchacho como de catorce a quince años, en cuya piel blanca y cabellos lacios prevalecía el mestizo, pero que denunciaba la mezcla con la otra raza en el belfo, que siempre, a pesar de la espesa barba que llevó más tarde, fué uno de los rasgos salientes de su fisonomía. Colocó la tinaja en un rincón, y echando de ver la espada se fué rápidamente hacia ella; la contempló largo rato, y tomán-

dola en las manos, después de cerciorarse de que su dueño estaba dormido, la sacó de la vaina, blándiola como si estuviese mandando una guerrilla y embelesado estaba con ella como si fuese un precioso juguete, cuando el hombre, que se había despertado y le veía por entre los hilos del chinchorro le dijo con sorna:

—¿Como que te gusta la carrera militar?

—A mí sí, señor—le respondió el muchacho.

—Tú quieres irte conmigo?

—Yo sí. Pero eso depende de mi madre.

A poco llegó ésta, y al escuchar la proposición del guerrillero se opuso fuertemente. Aquel muchacho, que era el segundo de sus hijos, la ayudaba en las necesidades de la casa, porque el mayor estaba en la guerra y el padre, de oficio curandero y de gran reputación por aquellos contornos, se hallaba siempre ausente. Pero ante la observación muy cierta que le hizo el hombre, de que si no se lo llevaba él se lo llevarían reclutado *los godos*, quienes en cualquier momento entrarían en el pueblo, se resignó a verle partir a la grupa del caballo del guerrillero. ¿Pensaría el Ge-

neral Medrano, que aquel muchacho debía ser más tarde el General Joaquín Crespo, Gran Caudillo, político sagaz, y dos veces Presidente de la República?

Lo que caracteriza esencialmente la democracia, ha escrito Robert Michels, el eminente profesor de la Universidad de Turín, repitiendo una frase célebre, es que bajo su imperio, cada quien lleva en la mochila un bastón de mariscal (1) y hablando de Venezuela, un escritor colombiano, el doctor Ricardo Becerra parodió ese concepto diciendo, que desde la guerra de Independencia el bastón del magistrado andaba en la capotera del recluta.

El verdadero carácter de la democracia venezolana ha sido desde la Independencia el predominio individual teniendo su origen y su fundamento en la voluntad colectiva, en el querer de la gran mayoría popular tácita o explícitamente expresado. Nuestros instintos absolutamente igualitarios, nuestro individualismo todavía indisciplinado, aventurero, irreductible y herói-

(1) Robert Michels — *Les Partis Politiques. Essai sur les tendances oligarchiques des democracies.*

co, han hecho imposible el predominio de una casta, de una clase, de una oligarquía cualquiera que sea su origen; y es bien sabido que la misma Iglesia Católica, reducida a su misión puramente espiritual, sin influencia alguna en la vida política, se halla bajo el patronato del Jefe del Estado quien lo ejerce con mayor amplitud que el monarca español en la época colonial.

El César democrático, como lo observó en Francia un espíritu sagaz, Eduardo Laboulaye, es siempre el representante y el regulador de la soberanía popular. «El es la democracia personificada, la nación hecha hombre. En él se sintetizan estos dos conceptos al parecer antagónicos: democracia y autocracia», es decir: Cesarismo Democrático; la igualdad bajo un jefe; el poder individual surgido del pueblo por encima de una gran igualdad colectiva, reproduciendo en esta antigua colonia española, por raras coincidencias sociológicas, el mismo régimen de gobierno que un ilustre historiador lusitano considera como el ideal de la raza ibérica, cuando bajo la autoridad de uno solo se fundieron las nacionalidades peninsulares, la guerra fué una escuela de igualación social, el

pueblo conquistó las más altas prerrogativas, se eliminaron los privilegios, se abatieron los grandes y se estableció el más perfecto acuerdo «entre el espíritu nacional y las instituciones surgidas naturalmente de la evolución orgánica, que fueron por esa causa la genuina expresión del genio colectivo, dando a España la unidad y la fuerza necesarias para imponer al mundo su voluntad y su pensamiento.» (1)

El concepto organicista de que las naciones, como seres colectivos, siguen en todo un movimiento análogo al de los seres individuales, se halla ya definitivamente establecido. Ciencia de la vida, la biología abraza también la historia de las sociedades. Los órganos del cuerpo social aparecen primero como esbozos rudimentarios, poseyendo apenas en su conjunto un carácter de agregación. Sometidos estos diversos elementos a la acción y a la reacción de los unos sobre los otros, en esa lucha incesante que constituye la manifestación misma de la existencia, van entonces definiéndose, especializándose

(1) J. P. Oliveira Martins — *Hist. de la Civilización Ibérica*.

paulatinamente, hasta que surge el principio de coordinación común, que es el principio vital de la sociedad, como la primitiva agregación celular lo es del organismo individual. Y de igual manera que éste, una vez constituido encuentra dentro de si mismo todos los elementos necesarios para su desarrollo por el fortalecimiento de sus órganos, la sociedad genera también en si un pensamiento, un ideal, un interés que viene a ser a un tiempo mismo el norte que la dirige y la fuerza interior que la empuja en su desenvolvimiento y en la afirmación de su personalidad nacional, por etapas sucesivas que el sociólogo debe observar con la misma curiosidad y el mismo espíritu científico con que el biólogo estudia la evolución del organismo individual en las diversas fases de su desarrollo.

Creer que las nacionalidades actuales han salido hechas o constituidas de un todo de las manos de sus conquistadores, de sus libertadores o de sus legisladores, como el Universo de las manos omnipotentes del Creador, según la leyenda bíblica, es un concepto que no cabe hoy dentro de un criterio medianamente ilustrado. Organismos o su-

perorganismos, todas las nacionalidades ya perfectamente constituidas, son el resultado de un largo proceso, que ha llegado al momento culminante en el cual «todas las fuerzas se hallan equilibradas y todos los hombres compenetrados por un pensamiento al que puede y debe dársele el nombre de alma nacional, porque tiene el mismo carácter de aquello que en los individuos llamamos alma.» (1)

He allí expuesto el criterio que, de acuerdo con los maestros de la sociología, nos guió al escribir estos simples esbozos dentro de un marco de muy limitadas proporciones; y que ahora recogemos en la creencia de que entre ellos existe la hilación que puede dar una idea del proceso seguido por nuestra Patria hasta la afirmación de su individualidad. Un móvil poderoso ha precipitado en nuestro concepto esa

(1) Refundimos en estos párrafos los conceptos de los sociólogos llamados *organicistas*, aceptando las asimilaciones biológicas, sin caer en las exageraciones de la escuela spenceriana. El mismo Rene Worms ha modificado un tanto el criterio con que escribió su notable obra *Organisme et Société* en 1896, como puede verse en su *Philosophie des Sciences Sociales*, I, Ch. III. En nuestra humilde opinión es Oliveira Martins, en su citado libro, quien aplica con mayor claridad y en síntesis admirable, a la evolución social la doctrina organicista; por eso lo hemos preferido al hacer este resumen.

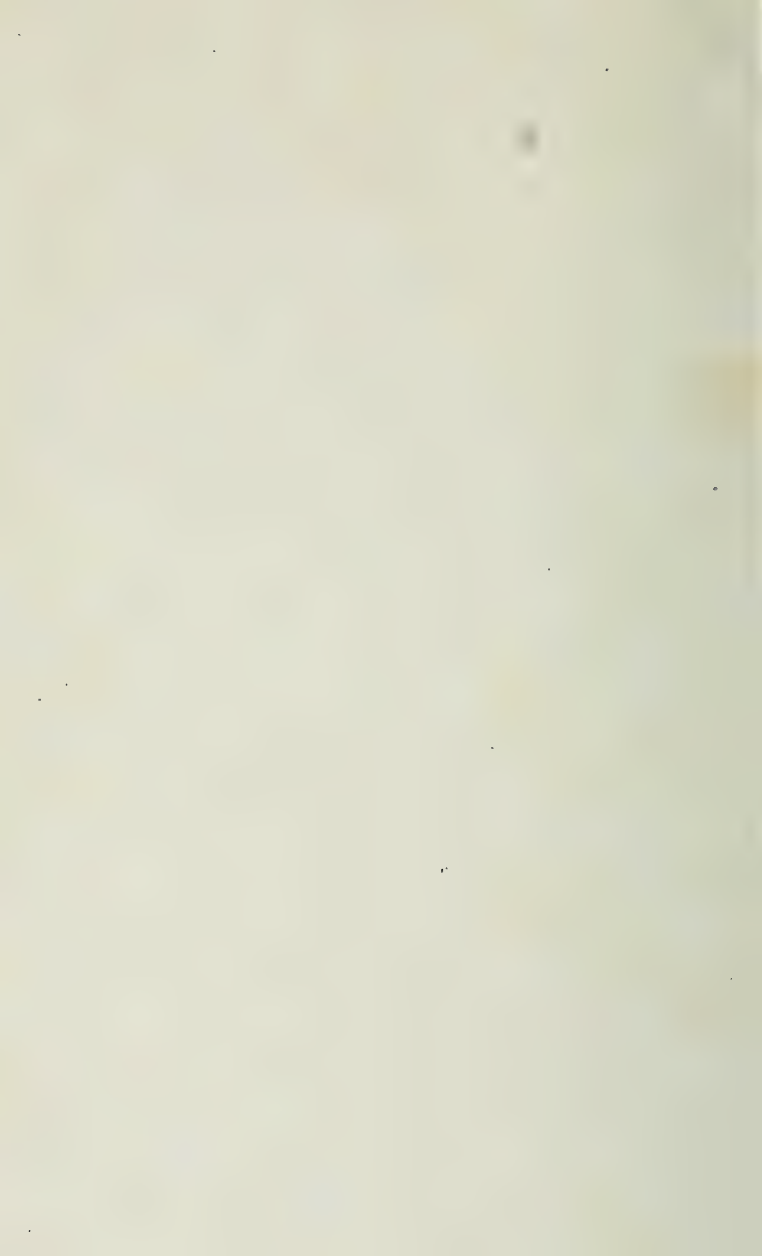
evolución, y es la Historia; nuestra grande historia, la más cruenta, la que encierra en América mayores sacrificios por la conquista de la Independencia, la que cuenta mayor número de héroes y de estadistas en la Emancipación del Continente, aquella en cuyo vértice resplandece la figura incomparable del LIBERTADOR, que si es para toda la América «el símbolo del ideal republicano», es también para los venezolanos el símbolo sagrado de la nacionalidad y de la Patria.



INDICE

Prólogo por el Dr. don Antonio Gómez Restrepo	I
La guerra de Independencia fué una guerra civil.....	I
Los Iniciadores de la Revolución.....	51
Los Prejuicios de Casta. Heterogeneidad y Democracia.....	93
La Insurrección popular.....	120
Psicología de la masa popular	151
El Gendarme Necesario.....	188
Los Principios Constitucionales del Liberta- dor.—La Ley Boliviana	223
Los Partidos Históricos.....	264

FIN







398847

Vallenilla Lanz, Laureano
Cesarismo democratico.

HSAm
V1843c

**University of Toronto
Library**

**DO NOT
REMOVE
THE
CARD
FROM
THIS
POCKET**

Acme Library Card Pocket
LOWE-MARTIN CO. LIMITED

